

**DIA DEL
MAESTRO**

**1º DE
DICIEMBRE**



MANUEL J. HURTADO
(1821 - 1887)



NICOLAS PACHECO
(1853 - 1924)



JOSE D. CRESPO
(1890 - 1958)



ISABEL HERRERA O.
(1881 - 1948)

LOTERIA

VOLUMEN III

4

Nº. 27

2da. EPOCA

DICIEMBRE 1958

Nuestra Portada:

"DIA DEL MAESTRO".—1o. de Diciembre

Fotografías de Manuel José Hurtado (1821-1887).—Nicolás Pacheco (1853-1924).—Isabel Herrera Obaldía (1881-1948).
José Daniel Crespo (1890-1958).

* * *

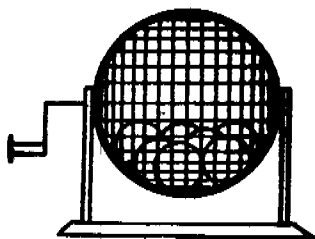
DIA DEL MAESTRO PANAMEÑO

(1o. de Diciembre)

Por JUAN ANTONIO SUSTO

Cuando en 1878 MANUEL JOSE HURTADO, abandonó los surcos fecundos, por donde espigó durante los más lozanos años de su vida, produjo gran consternación, y gran abatimiento llevó a los ánimos de los panameños, por esta pérdida para la causa de la educación popular. A principios del siguiente año, cuando Hurtado había cumplido sus 57 años, la Asamblea Legislativa del Estado Soberano de Panamá, expidió la Ley 2ª, de 9 de Enero de 1879, por la cual ordenaba que su retrato fuese colocado en todas las aulas de las escuelas, en prueba de gratitud por todo lo que esas mismas escuelas le debían. El Gobierno del Departamento de Panamá, lamentó su muerte el 8 de Febrero de 1887, por medio de un Decreto por el cual honró su memoria y consideró que sus desinteresados servicios lo hicieron acreedor a la gratitud pública.

LOTERIA



1 EPOCA • PANAMA, R. DE P., DICIEMBRE DE 1958 • No. 37

SUMARIO

	Páginas
Notas Editoriales:	
"Lotería" consagra sus páginas a la Navidad y al Magisterio.....	3
SIGNOS auspiciadores de una paz duradera.....	4
DON JOAQUIN García Monge ¡Ha muerto!.....	5
EL BANCO de Fomento Económico Interamericano.....	7
Homenaje:	
DIEZ Y SEIS panameños ilustres, en el aniversario de sus nacimientos, por Juan Antonio Susto.....	9
EN EL CENTENARIO del nacimiento de Víctor Dubarry (1858-1896). por Concha Peña.....	13
HORTENSIO Garrido Escobar, en el centenario de su nacimiento, por Elías Alain Acuña.....	22
Responso Lírico al Dr. José Daniel Crespo:	
DISCURSO del Profesor Rubén Darío Carles, Presidente de la Comisión Organizadora.....	25
DISCURSO del señor Ministro de Educación, Lic. Carlos Sucre Calvo.....	33
Versos de Navidad:	
...Y un niño ha nacido, por María Olimpia de Obaldía.....	36
MOTIVOS pascuales, por José Guillermo Baralla.....	37
Genealogía:	
COINCIDENCIA PRESIDENCIAL, por Mariano Soto.....	40
Cuento Nacional:	
LA VENGANZA del indio, por Leonidas Escobar.....	41
Crítica Literaria:	
VOLVIENDO A GASPAR Octavio, por Rodrigo Miró.....	51
CINCO FORTAS chiricanos del siglo pasado, por Víctor M. Franceschi.....	56
Historia Religiosa:	
EN EL CENTENARIO del Pontificio Colegio Pío Latino Americano (1858-1958), por Daniel E. Núñez, Ph.D.....	64
Historia:	
LA MOMIA del Emperador (Carlos V), por Ernesto J. Castellero R.....	69
Ensayos:	
PALABRAS sobre la "Decadencia de Occidente" de Splenger, por José Antonio Moncada Luna.....	73
EL SENTIMIENTO amoroso en "La Celestina", por Demetrio Fábrega.....	78
Pensamiento panameño:	
BREVES APUNTES para una historia del pensamiento panameño, por Alfredo A. Castellero C.....	81
Costumbres interioranas:	
EL SOPLÓ, por Moisés Teixeira.....	93
PORTADA: "El Día del Maestro" Retratos de Manuel José Hurtado.— Nicolás Pacheco.—Isabel Herrera y José Daniel Crespo.	
DÍA del Maestro panameño. 1º de Diciembre, por Juan Antonio Susto (Segunda y tercera páginas de la contraportada)	

ADMINISTRACION DE LA LOTERIA NACIONAL
DE BENEFICENCIA

DR. CARLOS E. MENDOZA

Gerente

LIC. AGUSTIN FERRARI

Sub-Gerente

Jefe de Contabilidad

HERACLIO CHANDECK

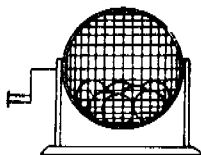
Tesorero

GILBERTO MEDINA

PABLO A. PINEL

Secretario

LOTERIA



ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Director
DR. CARLOS E. MENDOZA

Administrador
PABLO PINEL

Editores
Domingo H. Turner
Juan Antonio Susto

II EPOCA * PANAMA, R. DE P., DICIEMBRE DE 1958 * No. 37

Notas Editoriales:

“Lotería” Consagra sus Páginas a la Navidad y al Magisterio

CELEBRAMOS este mes a la par dos fechas inmortales o, más bien, una sola noble y grande, si se tiene en cuenta que los motivos inspiradores de las dos son reducibles a un solo, augusto menester: EL APOSTOLADO DE LA ENSEÑANZA.

Porque eso significa en esencia el Cristianismo y eso, igualmente, representa el arte y ciencia de fortalecer el corazón del niño e iluminar la mentalidad del mozo: la Pedagogía.

Y tanto es ello así, que, durante su tránsito terrenal, el Mártir del Calvario fue llamado indistintamente Jesús o El Maestro.

Así, LOTERIA consagra sus páginas de esta edición de Diciembre al Redentor espiritual y a los Conductores intelectuales del género humano, y en ellos —en el Cristo y en Hurtado y en Pacheco y en Crespo y en Isabelita Herrera— saluda con unción a estas efémerides de fin de año, universal la primera y panameña la segunda, que son hitos sublimes en el destino del Hombre y del Mundo.

Signos Auspiciadores de una Paz Duradera

A MEDIDA que se acercan los alegres días navideños se insinúan y adquieren mayor luminosidad en el firmamento universal unos signos políticos indicadores de que la guerra fría tocará a su fin y que los dirigentes mundiales echarán las bases de una paz de largo plazo con la fortificación del organismo a que los estadistas y políticos de la era atómica han dado la misión augusta de desterrar las guerras.

Los resultados de las últimas elecciones de los Estados Unidos norteamericanos y las más recientes declaraciones del Partido Laborista inglés señalan nuevos rumbos en el pensamiento político de los timoneles de los dos Estados anglosajones de mayor prepotencia en la actualidad y un camino propiciatorio de la inteligencia en tal sentido para abrir una era larga de trabajo y justicia y, por consiguiente, de convivencia humana.

Aunque en líneas generales tanto en Inglaterra como en los E.E. U.U. se auspicia una política exterior común a todos los partidos militantes, es indiscutible para los estudiosos de la materia que, en el primer país citado, el Partido Laborista representa la frontera izquierda de Occidente que más se acerca a la frontera derecha de Oriente, lo mismo que ocurre con el Partido Demócrata norteamericano de Truman y Stevenson, discípulos aprovechados del Gran Roosevelt.

Siendo esto así, nada de extraño tendría que, de advenir al Poder en las dos grandes Potencias mencionadas, esos partidos, lograran, previo planteamiento de la fórmula correspondiente, un terreno de entendimiento para poner a prueba, en honesta emulación constructiva, los dos sistemas económicos y sociales que se disputan el dominio del Planeta.

En una enunciación de la Política del Partido Laborista inglés, vemos, por ejemplo, el proyecto de gestionar que la Isla de Formosa sea colocada bajo la administración de las Naciones Unidas y que la China continental

sea admitida en el seno de la Organización Mundial. Esto es de una lógica política —aunque se dice que lo único carente de lógica es la política— incontestable; y, por sí solo, tal paso nos conduciría a la meta de una paz más o menos larga.

También se enuncia en el Programa del mismo partido británico el propósito de conseguir se suspendan de inmediato todas las pruebas nucleares sin cata de lo que al respecto decidan otras potencias, y que todos los vuelos de patrullas con armas nucleares sean suspendidos inmediatamente (aviones de los Estados Unidos patrullan actualmente los cielos de Gran Bretaña), así como que, por último, se establezca una zona neutral europea para eliminar la aguda tensión existente a lo largo del límite divisorio entre las potencias de la OTAN y los países comunistas de Europa oriental. Zona esta dentro de la cual se reducirían los armamentos, se prohibirían las armas nucleares y de las que serían retiradas las fuerzas extranjeras de uno y otro lado de las regiones en pugna.

Una inteligencia sobre el particular entre los partidos Laborista y Demócrata en el Poder, no sería de difícil alcance. Y los signos de los tiempos indican que nada los detendrá para que así resulte en un cercano futuro.

Hay fundamento pues, para sentirse optimistas.

Don Joaquín García Monge

¡Ha Muerto!

SALUDABLE de cuerpo y de espíritu el Gran viejo tico nos acaba de decir ¡adiós! desde nuestra hermana vecina del sur. La labor benedictina por lo que de paciencia representaba, y hasta cierto punto renacentista, por su contenido ideológico y literario, realizada durante las décadas últimas de la primera mitad de este siglo por el erudito don Joaquín García Monge, en su "Repertorio Americano", —que reflejaba la revista del mismo nombre publicada en Londres y patrocinada por don Andrés

Bello— es digna de un recordatorio emocionado y justo a la hora de su muerte.

Fue un soldado de la libertad y, por ende, un militante esforzado contra toda dictadura, desde las páginas de su hebdomadario, en que se recogían las producciones políticas y literarias de los más auténticos valores democráticos de América y Europa. Tuvo proclividades soviéticas por lo que el Comunismo encierra de liberador de una clase social, y no por lo que proclama como medio o táctica necesaria para imponer su credo: la destrucción de una clase por otra.

Por esto, precisamente, tenían acogida preferente y generosa en las páginas de su órgano periodístico los escritos y crónicas referentes a Haya de la Torre, Rómulo Bethancourt y Eduardo Santos, como dijo Luis Alberto Sánchez ha poco, añadiendo: "En las páginas de su revista hubo siempre un rincón para el desterrado de cualquier país de América. Mantenía celosa guardia a las puertas de la Democracia. Fue atalaya de la Reforma Universitaria y del Aprismo. Creyó en la posibilidad redentora de Acción Democrática y de la Revolución Mexicana. Practicó el arielismo a la jineta: combatiendo".

En lo literario, merced a la difusión de "El Repertorio" por todos los ámbitos latinoamericanos, y no obstante su antimperialismo yanqui reconocido, ensalzó siempre o les hizo justicia tanto a Witman como a Thoreau, a Franklin Roosevelt como a Wallace, a Emerson como a Melville, a Poe como a Pearl Buck, a Emily Dickinson como a Archibald Mc Leish. (Esta es cita de Sánchez igualmente).

"El Repertorio", portador continental de las ideas generosas de Libertad y de Justicia Social, murió primero que su editor y animador incansable, pero su repercusión saludable en los movimientos redentores que han tenido lugar en lo que va de esta centuria, se mantiene como lámpara votiva iluminando las mentes y los corazones de los prohombres de América y aun de los americanos que viven y luchan por lograr aquellas conquistas en otras partes del Mundo.

Paz a la tumba del Maestro y Gran Coordinador Político y Literario de nuestra América india.

El Banco de Fomento Económico Interamericano

CONTRA la oposición contumaz y la política de cabeza de avestruz enterrada en las inhóspitas arenas del desierto, de los Estados Unidos hacia la América India, desde estas páginas y en otros órganos periodísticos hemos abogado insistentemente por la constitución del Banco de Fomento Económico Interamericano. Al fin, parece que la Unión nortea se dispone a escuchar la demanda de la parte indoespañola de este Hemisferio a este respecto, aunque todavía no fija la cuota con que ha de participar para la capitalización del Nuevo Instituto.

Se decía que no tenía ello razón de ser alguna ya que, para sus preconizados fines, actualmente existían el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el EXIMP. He aquí, en palabras de José A. Mora, Secretario General de la OEA, todo lo que una institución del género indicado podría realizar:

I. La institución podría dar alta prioridad a los proyectos de carácter regional que contribuyan a la integración económica de los países latinoamericanos;

II. La institución podría ofrecer garantía para la colocación de préstamos de los países en los mercados privados de capital;

III. La institución podría otorgar préstamos no sólo para el contenido directo de gastos en moneda extranjera de los proyectos de inversión, sino también para atender a las necesidades de divisas que se derivan indirectamente de los programas de inversión;

IV. La institución podría desarrollar el campo de préstamo a la industria y agricultura privadas por medio de financiamiento globales, para estos propósitos, de los bancos nacionales de fomento;

V La institución podría prestar asistencia técnica de todo orden para el planeamiento de los programas de desarrollo, la formulación de los proyectos de inversión y el estudio y promoción de su financiamiento;

VI La institución podría trabajar en contacto directo con los organismos nacionales de fomento, dando especial atención a que el influjo de capital externo de préstamo sea regular y continuo y esté de acuerdo con los planes, las perspectivas y los requerimientos de largo plazo de los países.

CARLOS E. MENDOZA, M.D.

GERENTE DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA Y

DIRECTOR DE LA REVISTA "LOTERIA", *se complace en desear Felices Pascuas y Próspero Año Nuevo, a los favorecedores, a los empleados de la Institución que regenta, y a los lectores de la revista que dirige.*

Panamá, Diciembre de 1958.

Homenaje:

En el Centenario del Nacimiento de Víctor Dubarry (1858-1896)

Por Concha Peña

Este ocho de diciembre de mil novecientos cincuenta y ocho se cumplen los cien años del nacimiento de Víctor Dubarry, uno de los istmeños que más lucharon por las doctrinas liberales.

Nació en la ciudad de Panamá en el seno de una humilde pero noble familia de artistas, y artista fué él también.

Con su pluma, su palabra y su mágico violín, instrumento que aprendió a tocar desde sus diez años, trazó sinfonías aladas que marcaron rumbos luminosos de perenne gloria.

Mas, con haber llegado a ser figura señera en el Istmo y fuera de sus fronteras, su recuerdo entre nosotros está casi olvidado.

Ni historiadores ni críticos literarios se han ocupado debidamente de reseñar su vida y su obra. Más de la mitad de los treinta y ocho años de su azarosa existencia los pasó fuera del Istmo. Su vida terminó en un lugar de Colombia, en Santander de Quilichao, Departamento del Cauca, y allí reposan sus restos aguardando el día de ser trasladados a la tierra que le vió nacer. Víctor Dubarry fue un hombre sensible a todo movimiento reivindicador de la Patria. Los periódicos que en Bogotá se publicaban, aunque con mucho retraso, llegaban al Istmo y él los recibía y comentaba con la más noble pureza de intenciones.

A los lectores de la Biblioteca Popular, fundada por Don Manuel Losada Plisé y cuya dirección le habían confiado, además de orientarles en sus lecturas, departía con ellos sobre política y cuestiones sociales, y un día con Federico Escobar, aprendiz de carpinetro, muchacho muy despierto e inteligente, que con el tiempo llegó a ser poeta nacional entabló una vibrante polémica sobre la cuestión religiosa, problema que los periódicos

de Bogotá comentaban según la facción política que los auspiciaba. Luego de la discusión se dió a la tarea de ordenar sus pensamientos en un artículo que fué publicado días después en "La Estrella de Panamá" con título de *La Cuestión Religiosa* y dedicado "al eminente Patriota y distinguido escritor istmeño señor Manuel Losada Plisé", aparecido el 2 de Julio de 1878 y de cuyo texto publicamos lo siguiente:

"Desearía olvidar los hechos escandalosos de los que en épocas no muy remotas se revistieron de su propia ambición., atacaron las instituciones patrias juzgando que los buenos volarían sin inconvenientes, favorecidos por la oscuridad de la noche, desde las torres de Antioquia hasta el Capitolio de Bogotá: los buhos, símbolo del poder que por larguísimos años mantuvieron a una República vecina revolcándose en el asqueroso sieno de su podredumbre, que en más de una ocasión, con la hipocresía en el rostro y la perfidia en el corazón, imploraron, con voz de beatas, el protectorado humillante y vergonzoso de monarquías ultramarinas.

Yo no quisiera recordarlo, porque no abrigo la más ligera sombra de odios ni por los hombres ni por el partido que ha inundado en sangre los campos de la patria: después de la victoria, el desdén de los que poseen sentimientos purísimos de libertad, o la eterna maldición que cae sobre los profanadores del templo del progreso; pero no es posible el silencio cuando se trata del porvenir.

El Poder Ejecutivo Federal envió un mensaje al Cuerpo Legislativo de la República "sobre varios puntos relacionados con la cuestión religiosa". Pide que se deroguen algunas disposiciones vijentes sobre inspección civil en materia de cultos; que se le autorice para indultar a los prelados castigados por la lei 37 de 1877; que se derogue la lei y se declara cancelada la cuenta nominal perteneciente a Iglesias, cofradías, etc.

¿Cuál es la intención del Presidente i de este Ministerio? Asegurar la paz, impedir por medio de la CLEMENCIA, que nuevas lecciones se levanten tremolando el estandarte que Pedro condujo a Oriente?..

Los sacudimientos que sufren los países i que ponen en peligro su existencia, deben ser lecciones inolvidables. Los triunfos heroicos de los que luchan por las causas justas i adquieren la victoria en premio de sus esfuerzos, no son solamente adornos colocados en la historia para satisfacción del orgullo nacional, estrellas brillantes destinadas a hacer más grata la vista del cielo de la Patria, no! Son además prendas de seguridad que nos dá la esperiencia, madre de nuestras acciones futuras, la esperiencia, que enseña a los hombres con el acento de Sócrates i el espíritu de Jesús a buscar las vías de un porvenir de felicidad ..

Yo no concibo la Independencia de América, sin la experiencia que dejaron los crímenes cometidos por los dominadores de tres siglos. Yo no concibo el Liberalismo sin la experiencia que dejó la dominación de la ignorancia...

La experiencia debe ser la madre de nuestras acciones.

I ella ¿qué nos dice? Que a la sombra de la CLEMENCIA de los altos poderes, el partido conservador aliado al clero atacó al Gobierno, señalando con el plomo de sus balas una época de sangre.

¿Qué más? Que mientras no se adopten medidas enérgicas y no se sostengan, el progreso se puede recibir profundas heridas de sus constantes enemigos.

Por última vez: ¿qué más?... Que es una necedad muy grande que el Poder Ejecutivo Nacional pierda su tiempo en congraciarse con esos enemigos conservadores i clericales, incapaces hasta de agradecimiento".

La aparición de este artículo causó a Víctor Dubarry enojos muy grande.

Los liberales, sus copartidarios, no lo estimaron prudente. Sólo el general Buenaventura Correoso lo aplaudió públicamente, y su amigo el Doctor Carlos A. Mendoza lo instó a que continuara ocupándose de él, de manera y forma que el pueblo comprendiera mejor el problema religioso. Pero Don José Ricardo Casorla, que era el Encargado del Poder Ejecutivo del Estado Soberano de Panamá y muy vinculado con el Presidente de la República, General Julián Trujillo, le llamó a la Gobernación para persuadirle de "que no se ocupara de esos asuntos que podrían señalar a los istmeños como enemigos del clero".

Dubarry se sintió vejado por este llamado que a él le pareció *conminación* y, con la arrogancia que le caracterizaba, le preguntó al mandatario, de forma cortés, que si en el Istmo no había libertad de prensa.

Tal incidente fué muy comentado en la Plaza de Santa Ana, ya que los antiguos arrabaleros amparaban y protegían todas las publicaciones de Dubarry, muchas de las cuales fueron publicadas por ellos en famosas hojas volantes, y sobre este asunto apareció en los primeros días de Noviembre del mismo 78 una hoja con el título de "LOS LIBERALES NO SON ATEOS", donde se reproducía el artículo de Dubarry aparecido en "La Estrella", con un comentario muy hiriente para el Presidente Don José Ricardo Casorla", quien de maestro de escuela sin básica preparación había llegado a escalar el mando del Estado en calidad de Encargado. La actuación más brillante de Víctor Dubarry en el campo de la política quedó marcada en la Asamblea Legislativa, al ser elegido Diputado.

Leyendo los debates de las sesiones de la Cámara en el mes de Diciembre de 1882, nos damos cuenta de sus laboriosas y patrióticas gestiones.

El día 14 de ese mismo mes, fué propuesto para Presidente de la Alta Corporación.

Fué vencido por unos pocos votos por el señor J. M. Rodríguez, el que al asumir la representación dedicó a Víctor Dubarry frases de elogio muy sinceras, sosteniendo que "no siempre el talento triunfaba".

Abogó con entereza por la educación, por la economía, y "por la decencia del Poder Judicial". El que ya ostentaba los títulos de maestro y abogado, defendió desde los escaños de la Cámara "estas profesiones liberales", que deberían ser ejercidas por hombres y mujeres de espíritu recto".

Terminada su labor como Diputado, pasó a ocupar la Secretaría de Gobierno que le ofreciera su leal amigo, el Dr. Dámaso Cervera, y en esta posición brilló también su talento.

Pocos días después de ocupar temporalmente la Presidencia del Estado Don José María Vives León, se dictó el Decreto N° 62, del 2 de abril (1883), por el cual se nombraba a Don Manuel C. Cervera y a Don Víctor Dubarry, Comisionados del Estado Soberano de Panamá para que lo representasen en la capital de la República en la celebración del Centenario del Libertador Simón Bolívar.

Durante la Administración del General Aycardi, Víctor Dubarry fué perseguido veladamente. Se hicieron registros en su casa en diferentes ocasiones.

Se le llamó varias veces a la Gobernación para que explicara por qué tenía tanto empeño en pronunciarse contra las altas personalidades que ocupaban puestos de relieve y se le advirtió que si sus discursos y pláticas en la Plaza de Santa Ana continuaban, se vería el jefe de policía obligado a encerrarle en la prisión.

El notable orador y periodista no hizo ningún caso de la advertencia de los esbirros de Don Juan V. Aycardi y una noche habló en términos enérgicos contra los monopolios reinantes, beneficios económicos que iban a parar a las bolsas de los privilegiados desatendiendo al pueblo que sufría una situación muy precaria.

El motín o charla tuvo lugar en la Plaza santanera y varios amigos del orador vieron que cerca de la Iglesia había un grupo de soldados, dispuestos al parecer a encerrar en prisión al tribuno.

Para ayudarle a que escapara se armó un alboroto *mayúsculo* y mientras la guardia intervenía para aplacar a los revoltosos, Dubarry pudo escapar con varios obreros que le obligaron a retirarse y en altas horas de la noche fué visitado por varios copartidarios para aconsejarle se marchara de Panamá hasta que pasara aquella crisis. Convencido de que su actitud perjudicaba en mucho a varios de sus amigos emprendió viaje a Centro América.

Estuvo primero en El Salvador, pasó después a Honduras y al fin se estableció en Nicaragua.

En esta República tuvo una cordialísima acogida. Bien pronto su prestigio de periodista se difundió por todo el país y los periódicos liberales le pidieron su colaboración. Con entusiasmo comenzó a trabajar. Se dió a la tarea de divulgar los pensamientos más fundamentales de las doctrinas democráticas y de hacer la reseña de las grandes figuras liberales del Continente descubierto por Colón. En sus escritos había siempre huellas de su afanoso interés libertador, y como fuera alabado por hombres que militaban en el campo opuesto al conservatismo inmisericorde, los poderes constituídos le señalaron como persona indeseada y se decretó su deportación.

Por el mes de junio de 1891, Victor Dubarry recibió un paquete de periódicos que un amigo y copartidario le envió de Colombia. En una de tales hojas apareció un artículo contra el General Benjamín Ruiz y Pedro Prestán. La publicación estaba dirigida por un alto jerarca del Gobierno, conservador de pura cepa. Nuestro periodista, liberal de altura, no pudo pasar inadvertida tan enojosas alusiones y se aprestó enseguida a replicar el artículo. No teniendo por entonces puesto de redactor en ningún periódico de Panamá, se dirigió a su amigo Don Samuel N. Ramos, para que la carta, que envió al Director del semanario *Calí*, la publicase "El Aspirante" y con fecha 4 de Julio, el "periódico republicano" traía en sus páginas lo siguiente:

"Muy señor mío:

Anuncia Ud. en su periódico que el General Benjamín Ruiz y *otros compañeros de Pedro Prestán el incendiario*, son los que principalmente favorecen en el Istmo la candidatura del Doctor Marcelino Vélez.

Aunque separado del movimiento político actual y entregado tan solo a mis ocupaciones profesionales, recibo noticias de la Costa, trasmitidas por amigos que aprecio y por adversarios que respeto.

Según esas noticias, el partido liberal a que Ud. alude, y al que califica severa e injustamente, no ha prestado ni presta apoyo alguno a las

candidaturas conservadoras que por fórmula se presentan y que por fórmula se discuten. Partido que cayó envuelto en su bandera, y que durante el infortunio más le ha hecho brillar; partido serio, decoroso y de alma, no se expondrá a representar papel en la comedia que se prepara. Acaso esté condenado a penetrar en los infiernos; pero nunca irá disfrazado como Aristófanes presenta a Baco en su famosa obra "Las Ranas".

Que el General Benjamín Ruiz fué compañero de Prestán en el año 1885, y que Pedro Prestán fué incendiario.

Respecto a lo primero lo niego absolutamente.

En cuanto a lo segundo, nada hay todavía que lo pruebe.

Si algún día se rompe el negro velo que hoy está tendido o la enorme sotana que nos oculta el sol, rayos de luz disiparán sombras; y a favor de esos rayos el historiador sereno estudiará y terminado su estudio con profunda convicción pediría que se quite de la tumba del mártir el lodo acumulado, y que allí mismo se coloquen siempre vivas.

El odio sea espontáneo, sea interesado, cederá lugar al juicioso análisis de los hechos, y quizás entonces sobre el recuerdo de las venganzas se alce el ángel del arrepentimiento.

El odio es columna falsa que no se admite como apoyo en el santo templo del honor.

Muere por mano del verdugo, un reo político: es que a veces la conveniencia irreflexiva y ardiente procede como Hécate, y envía espectros peores que el de Empusa, para que sean el terror activo de los Hombres".

Por aquella época su estada en Panamá fué corta y agitada.

Asqueado de la política reinante marchó primero a Bogotá y después se trasladó a Palmira.

En aquellas tierras entró en relación con un notable jurista, decepcionado también de las intrigas de la política reinante en Bogotá, donde había trabajado en la Corte Superior, y puestos de acuerdo, decidieron establecer un Consultorio.

Este hecho de la vida de Víctor Dubarry está comprobado en un suelto que apareció en "El Aspirante", el día 5 de abril de 1891, en que decía que "Don Víctor Dubarry y Don Agustín Rodríguez notificaban haber establecido una Agencia Judicial en Cali y Palmira, que se encarga de asuntos de carácter civil y criminal.

Estos abogados se harán cargo de asuntos relacionados con la profesión que ejercen.

"Ofrecían trasladarse a Popayán y a Buga, especialmente cuando se tratase de asuntos de segunda instancia en pleitos ante el Tribunal o defensas ante el Jurado.

Se especializaron en tramitar expedientes relacionados con la Ley que concedía pensiones por muerte o invalidez en las guerras habidas hasta el año 1885, comprarían el derecho a trabajar con actividad en la creación de las diligencias para solicitar esas pensiones.

Y en la misma información, anunciaban que publicarían muy pronto un periódico, órgano de la Sociedad que habían establecido, periódico en el cual se procuraría además prestar servicios a los verdaderos intereses nacionales".

Algunas personas en Panamá acusaron a Víctor Dubarry de ser ateo; otras de escribir artículos contra la religión; las más, admiraban al escritor fundamental cuya pluma había sido ardorosa en las contiendas políticas y era el istmeño que más producciones había dado a la prensa del Continente, ya que sus escritos redactados en Panamá, Colombia o Guatemala se habían reproducido en la prensa de El Ecuador, Perú, Chile, Argentina y hasta en México.

Cuando ya sus asuntos económicos iban teniendo compensación a sus esfuerzos, una terrible enfermedad segó su vida.

La noticia llegó a Panamá el 13 de Noviembre de 1896.

"El Aspirante" reseñaba su desaparición en la página editorial, de esta forma: "VICTOR DUBARRY".-- ha muerto joven como Federico Soullé, ese otro obrero de la inteligencia que formó parte de la hermosa generación que tanto enalteció el honor literario de Francia.

En presencia de este duelo que reviste forma nacional, debemos decir con Víctor Hugo: la muerte tiene sus misteriosas preferencias y no espera a que una cabeza blanquee para escogerla.

Sus conocimientos fueron exactos, como los puntos de una línea recta. Diríase que la mano de Dios tocó esa frente y la hizo brillar con claridades de sol en el cielo de la Patria.

Literatura, ciencia, política, los esfuerzos de todas las actividades al través del tiempo y de la Historia, todo lo resumió en su cerebro, el que luego les daba orden lógico, en el periódico, en el libro, en la cátedra y en la tribuna inculcando en el corazón de las multitudes, desde allá muy alto en donde no le es dable subir a todo mortal, el espíritu mismo de la libertad.

Su vida política fué corta pero bella, pues, cuando ascendía en la es-

cala de los merecimientos y de los honores, un *vendaval* lo sorprendió en el camino, llevándose con fuerza irresistible, progresos conquistados, esperanzas que hubieran contribuído a la obra del porvenir y dejando a la Patria en lloro a las "orillas del mar de las desgracias".

Su prosa revestía todos los estilos y su crítica severa penetraba en su contendor como estilete invisible, que según la complexión moral del polemista, o presentaba la espada como vencido, o en retirada prudente abandonaba el campo.

Filósofo y cristiano a la vez, comprendió que en el fondo del alma es mentira que estos dos términos se excluyan, porque la filosofía no es sino el cristianismo escrito en el lenguaje moderno.

¡Basta! Que mientras nosotros esperamos el gran día y proscritos estamos para la luz, él vive libre en la tumba".

Edmundo Botello, el maravilloso cantor de "LA NEGRA VIEJA", el fundador de aquel periódico satírico y burlesco "El Duende", que azotó sin piedad todas las lacras de una sociedad en decadencia, dedicó también al que había sido su amigo y compañero otro bellissimo artículo, que el ponderable historiador nacional Don Juan Antonio Susto reprodujo en la *Revista Lotería*, en abril de de 1944, donde decía entre otras cosas:

"Víctor Dubarry, pasó por nuestra escena como un meteoro y se fué a derramar la luz poderosa de su genio privilegiado a otras regiones.

No fué apreciado por nosotros como lo merecía, ni tampoco comprendido, porque no pertenecía al número de los anónimos, porque no era de los dúctiles; porque no era ni de los indolentes ni de los abyectos; porque era de los sanos, de los nobles de alma; en una palabra: ¡Era un ser superior a la mayoría de sus contemporáneos!

Alma templada tanto para las rudas luchas de la vida como para los formidables combates de la Idea; alma abroquelada, alma diamantina encerrada en un cuerpo endeble, que le servía como de coraza; alma que brilló con majestad de astro soberano en el cielo de la tierra que le vió nacer.

Ese era *Víctor Dubarry*.

Y sin embargo

Fué de los sabios: fué de los verdaderos pensadores; sus atavíos y sus arreos eran como los que portaban los hombres de Plutarco, y él no le hubiera negado —al haber nacido en su época— un puesto en su galería de hombres inmortales.

Fue por lo que al pasar por la escena de nuestra vida en esta tierra ingrata, tierra que tan pronto sumerge en el océano de la indiferencia a los dignos como encumbra a los abyectos, no fué casi advertida por los fallos de visual; por los egoístas, por los de alma pequeña y mucho más por los que ven desgarradas sus entrañas —cual nuevos Prometeos— por el bultre de la envidia.

Hoy todos recuerdan a los hombres que la historia no debe olvidar nunca: hoy todos baten palmas a los que de un modo u otro han contribuido a darnos Patria independiente, pero también la mayoría del pueblo panameño olvida la memoria de un hombre humilde, en mitad de su grandeza como pensador, hombre que honró con desprendimiento y alteza de alma esta tierra en todo el Continente Americano.

Brilló *Víctor Dubarry* como orador y como polemista, y no perdió jamás pisada a los Santiago y Felipe Pérez y a los Montalvo. Como crítico nada tuvo que envidiar ni a Tayne ni a Clarín; como literato fué de los atildados, de hoy impecables; y, como político si dejó algo que desear en ciertas etapas de su vida pública, fué debido más a su temperamento revolucionario que a su suspicacia política maquiavélica.

Vagó por toda la América como el eterno peregrino, llevando como fardo sus dolores y como cayado su genio prodigioso; y doquiera posó su planta cansada y ensangrentada, pobló de armonías tanto el sendero, como el sitio en el cual reclinaba su cabeza pensadora.

Un día, feliz para él, el vendaval de su suerte le arrojó a un rincón humilde de la tierra colombiana: Santander de Quilichao, en el Departamento del Cauca. Allí, en la paz de ese clima dulce y bellissimo, su alma enferma y de sufrir cansada encontró bálsamo para esas sus heridas hondas.

El Cauca!

Cuántos recuerdos vienen por de pronto a nuestra memoria! ¡qué miriadas de imágenes bellas pasan ante nuestra vista!....

Allí en ese pueblecito pequeño y hospitalario duerme su último sueño, arrullado por la perfumada brisa de las mostañas del majestuoso Cauca, el hombre que tantos días de gloria ha dado a esta tierra, en espera de que la gratitud nacional le traiga a su tierra para continuar el sueño eterno.

¡Que conserve su patria nativa sus cenizas esclarecidas!..."

Esta petición que Edmundo Botello hiciera en 1896, la hago mía, al cumplirse en este 1958, el primer centenario de nacimiento del preclaro ciudadano, Víctor Dubarry, gloria auténtica de Panamá.

Los restos del inmortal periodista y escritor deben reposar en las tierras ardorosas del Istmo, al que amó con la inmensa ternura de hijo desventurado, y el traslado de sus cenizas del humilde y florido cementerio pueblerino de Santander de Quilichao paisaje de la Gran Colombia, a la capital de la República panameña, debe ser acto de gran solemnidad, que anteceda a la labradura del bronce de la eternidad a que tiene derecho.

Y... que los representantes de la voluntad del Pueblo Soberano, no desoigan nuestra súplica.

Panamá, 3 de Diciembre de 1958.

Hortensio Garrido Escobar, en el Centenario de su Nacimiento

Por ELIAS ALAIN

(1858 - - 1958)

El 3 de Noviembre próximo pasado, día de la independencia, se cumplió el centenario de un honorable y distinguido ciudadano. Nos referimos al que fue un caballero y muy apreciado compatriota, don HORTENSIO GARRIDO ESCOBAR, nacido hace un siglo precisamente, en el glorioso día de nuestra fiesta nacional.

Fueron sus padres, los señores Manuel María Garrido y Amalia Escobar, que vieron desde temprano en este niño a una promesa halagadora, como en efecto lo probó en el curso de su vida. Siendo muy joven todavía contrajo matrimonio con una bella dama que fue su digna y honorable compañera, doña Isabel Alemán de Garrido, con quien formó un hogar honrado y respetable, llegando a tener hasta 13 hijos de esa unión, que con solícito amor vió crecer y educó para que fueran útiles y dignos servidores de la Patria como lo fue él durante su existencia.

Uno de los rasgos más salientes de este compatriota fue la honradez y probidad acrisoladas. En la íntima amistad que nos unía, como empleados ambos del Registro Público durante la Administración del Dr. Porras, nos contó don Chenchó, como lo llamábamos, que siendo empleado de responsabilidad en la oficina del Canal Francés, donde ejercía el cargo de correísta y pagador de los trabajadores al servicio de dicho canal, todos los sábados muy temprano lo enviaban sus jefes con la bolsa de dinero (miles de pesos) a efectuar el pago a los obreros por toda la línea del ferrocarril, y jamás a este caballero que manejaba tanta plata, se le ocurrió ni en el

pensamiento, robarse o apropiarse un solo centavo de esa compañía, en más de 20 años que estuvo manejando dinero. Contrasta esa integridad de Chencho con la actitud de los avivatos de estos tiempos. Ni para qué establecer parangón, eso sería iluso.

Una anécdota de su vida interesante. Encontrándose don Hortensio Garrido y su hermano Manuel María en la ciudad de Boston, Estados Unidos de América, cursando estudios en un Colegio de ese lugar, el General José Antonio Páez, que se hallaba a la sazón en Nueva York, el desterrado de su Patria, Venezuela, por el Presidente Dictador, Guzmán Blanco, los mandó a llamar por conducto de su acudiente y se encontraron en una sala del Hotel Astor en Nueva York.

Nos cuenta don Chencho que al verlos el Catire Páez, el León de Apure de las pampas venezolanas, como lo llamaban sus contemporáneos, con lágrimas de alegría abrazó a sus dos nietos y les narró muchas de sus aventuras en la guerra de la independencia, cuando él y el Libertador Simón Bolívar se enfrentaron con arrojo y salvaje intrepidez a las fuerzas bien equipadas de los españoles, que intentaban continuar subyugando a los valientes hijos de los pueblos de América.

Fue entonces, en uno de esos sublimes arranque de su espíritu genial, cuando el General Páez sacando de su cinturón su invicta espada, con la que había cortado tantas cabezas de audaces hispanos, se la regaló a Chencho, su nieto querido, como un recuerdo. De regreso a Panamá, ya terminados sus estudios y después de casado y formando su hogar, se consagró al trabajo para el sostén y educación de sus hijos. Por doctrina era conservador, y un gran amigo del General Carlos Albán, quien, como todos saben, fue un militar valiente y leal a su Partido Conservador, a quien el Gobierno de Colombia había nombrado Jefe Civil y Militar del entonces Departamento de Panamá.

Un notable episodio que pinta los rasgos valientes de Hortensio Garrido, es el de haberse asociado al General José Clemente de Obaldía y otros seguidores de este inquieto político conservador, con quien marchó al Cauca y regresó con ellos en la "Boyacá", enrolado en un pequeño ejército de caucanos para combatir al General Rafael Aizpuru, el que con las tropas liberales se había tomado la Plaza y encabezaba el Gobierno en Panamá. Lucharon contra él, dominándolo, hasta derrocarlo y se hicieron dueños de nuevo de la situación en la capital.

Por esos tiempos, liberales y conservadores se desangraban en las campañas de la guerra de los mil días, y el General Albán, escaso de navíos, creyendo encontrar su tabla de salvación, en una peregrina aventura.

ra se apropió de "El Lautaro", un barco chileno que se encontraba en la bahía de Panamá, para enfrentarse al "Padilla" al mando de los liberales y se estableció entre ellos un combate mortal, siendo alcanzado "El Lautaro" por una bala fatídica de "El Padilla" que lo fulminó, bala que hizo de muerte al General Albán.

Yo recuerdo que siendo muy niño presencié con otros párvulos, desde las murallas del Barrio de San José, el duelo marino y ví cuando "El Lautaro", envuelto en llamas cabeceando se hundía en las aguas del Pacífico, a poca distancia de la bahía de Panamá.

Hemos hecho esta breve narración, como un episodio de la guerra de los mil días, que nos tocó presenciar en nuestra niñez, y que todavía conservamos fresco en la memoria.

Fueron muchos los cargos de responsabilidad que desempeñó don Hortensio Garrido Escobar y muchas sus nobles acciones. Uno de sus rasgos gallardos, fue que un 28 de noviembre, cumpleaños del Dr. Porras, entonces Presidente de Panamá, queriendo testimoniarle su admiración y amistad, le obsequió como cuelga, la simbólica espada que años antes le había regalado su abuelo, el General Páez, en la ciudad de Nueva York.

Estos son los rasgos más hermosos y salientes que conocemos de la vida de don Hortensio Garrido Escobar, cuyo centenario de haber venido al mundo, que se cumplió el 3 de noviembre, lo recordamos los que fuimos sus amigos íntimos, y enviamos por medio de estas líneas, un respetuoso saludo a los miembros de su honorable familia, en tan augusta fecha, como un fiel homenaje de nuestra AMISTAD.

Panamá, 3 de noviembre de 1958.

RESPONSO LIRICO AL DR. JOSE DANIEL CRESPO

—Teatro Nacional — 1º de Diciembre de 1958—

**DISCURSO DEL PROFESOR RUBEN DARIO CARLES,
PRESIDENTE DE LA COMISION ORGANIZADORA DEL
"RESPONSO LIRICO" EN MEMORIA DEL INSIGNE
EDUCADOR, DOCTOR JOSE DANIEL CRESPO,
EFECTUADO EN EL TEATRO NACIONAL, EL 1º DE
DICIEMBRE DE 1958.**

La circunstancia de que un grupo de amigos del Dr. José Daniel Crespo me escogiera para integrar la Comisión encargada de preparar este homenaje en su honor, me ha permitido ser el vocero del grupo y es para mí de la mayor satisfacción declarar que tal encargo es grato a mi corazón, pues pocos de sus amigos — como el que habla —, están tan comprometidos con él por deudas de gratitud.

Conocí al Dr. Crespo cuando a invitación del Lic. Jephtha B. Duncan, entonces Secretario de Instrucción Pública, pasó a colaborar con él, encargándose de la Inspección General de Enseñanza. Para esa época — 1928 — ya el Dr. Crespo había desempeñado por años la Cátedra de Pedagogía en el Instituto Nacional y podían contarse por decenas las graduaciones de maestros que habían sido sus discípulos.

El prestigio de su cátedra se extendía por todos los círculos profesionales y fuimos muchos los del gremio de maestros en servicio que sin haber sido sus alumnos comenzamos a interesarnos en los nuevos principios que él divulgaba en su empeño por hacer más científico el proceso de la enseñanza.

Fue entonces cuando nos enteramos de los Fundamentos de la Nueva Educación que él divulgaba y sobre los que se trazó luego la pauta de la nueva enseñanza. Lo primero que yo leí de sus sabios postulados fue la breve anotación, de profundo alcance democrático, que sirve de Introducción al capítulo en que se resume y resalta el valor de la Escuela Primaria en el desenvolvimiento material y espiritual de una nación.

Así decía el Dr. Crespo refiriéndose a la Escuela Primaria:

"De lo que nuestras escuelas primarias son hoy día depende lo que será mañana nuestra patria. Si son rutinarias, estrechas, sectarias, despóticas, librescas y divorciadas de la vida social que bulle en su alrededor, no debemos sorprendernos de que seamos mañana un pueblo muerto para las iniciativas, retrógrado, egoísta, servil y teórico, sentado a la vera del camino del progreso. Pero si, por el contrario, hacemos hoy de nuestras escuelas primarias verdaderos centros de vida y de trabajo manual y mental, donde el alma de las futuras generaciones pueda crecer libremente en toda su plenitud, sin las trabas del odio sectario y de la rutina, mañana habremos de ser, no hay duda alguna, un pueblo grande dentro de nuestra pequeñez territorial. Nuestras escuelas, en particular nuestras escuelas primarias, son nuestra fuerza; son nuestro ejército y marina; son nuestro comercio futuro; nuestra futura industria; en una palabra, nuestra vida, nuestro porvenir. Fijemos en ellas nuestros ojos, y hagamos de ellas el objeto de nuestros constantes afanes y desvelos. Multipliquemos su número, sin cesar, para que su influencia bienhechora abrace a toda nuestra juventud. Observemos cuidadosamente su diaria labor para consolidar sus virtudes, rectificar sus errores y ponerlas constantemente a tono con los progresos de la ciencia, aprovechando las experiencias de los demás pueblos y adaptándolas a las modalidades de nuestro ambiente particular".

En esta forma, pensaba el Dr. Crespo, quien haciendo suyas las palabras de James Madison afirmaba que "un gobierno popular sin educación popular o los medios de obtenerla no es sino el prologo a una farsa o a una tragedia o quizá a ambas cosas... El mayor servicio que puede prestársele a un país después de darla la libertad, es difundir el progreso mental, igualmente esencial a la conservación y goce de esta bendición".

Pero para que este pensamiento tomara formas concretas y lograra constituirse en patrimonio de la masa del pueblo parameño era necesario impulsar y prestigiar la escuela primaria pública de la que el Dr. Crespo se expresaba así:

"La escuela pública es, pues, la única que responde a los modernos ideales democráticos. Ella constituye la base fundamental de las modernas sociedades. Sin la Escuela Pública las democracias no podrían subsistir... La tendencia educativa moderna que cada día gana terreno es la de proporcionarle a todo ciudadano las mismas oportunidades educativas independientemente de su posición social o económica, raza o religión, de modo que no haya en las comunidades otra jerarquía que la del talento y la virtud".

Hasta aquí hemos tratado de poner de manifiesto la honda sensibilidad humana del Dr. Crespo al reconocer el derecho de los ciudadanos panameños a reclamar al Estado el mejor tipo de escuelas para los niños panameños. Le correspondía al señor Crespo, quien acababa de regresar al país, después de largos años de estudios universitarios, iniciar las reformas para rejuvenecer nuestro sistema educativo, compensando así la distinción del gobierno nacional, que le había otorgado una beca para que continuara sus estudios de perfeccionamiento en el exterior. Crespo regresó al país bien informado. Había leído las obras de prestigiosos educadores y filósofos antiguos como Rosseau, Lock y Pestalozzi y con ellos ganó la idea de que "nada debe ser tan interesante para el educador como el estudio del niño; y, por otra parte, nada tan importante. Del mismo modo que el carpintero y el agricultor deben conocer la madera y la tierra con que van a trabajar respectivamente, pues de otra suerte sus resultados corren los peligros del azar, el maestro debe conocer también el material que se le ha encomendado a su generoso cuidado: el niño".

Fue así como Crespo orientó su labor profesional en el principio de que el más amplio conocimiento de la vida del niño debe ser el centro del proceso educativo. En desarrollo de esta verdad se empenó en informar a sus alumnos normalistas sobre las leyes que regulan el crecimiento físico y mental de los niños, cómo se estimulan las tendencias intelectuales y efectivas, cómo se frenan los impulsos y se corrigen los defectos y aberraciones.

Traía un entendimiento claro de las nuevas teorías que preconizaba la escuela norteamericana y llegó a Panamá en el momento oportuno para iniciar una renovación en las ideas que los educadores alemanes habían generalizado en las escuelas panameñas debido al ascendiente de los profesores y directores de colegios venidos de Europa y Chile.

Muchos de los que asistimos al arribo de estas nuevas corrientes pedagógicas temíamos que surgiera un choque al enfrentarse las nuevas doctrinas a los viejos postulados; pero nada de lo que temíamos ocurrió y pudimos anotar con regocijo una conjunción de propósitos: de ideas directrices, de métodos y procedimientos que si no eran semejantes se complementaban y dieron una fisonomía propia y bien definida a la escuela panameña que funcionó entre los años 1916 a 1946.

El señor Crespo no intentó deshacer la obra realizada por el Profesor Richard Newman, pues no podía dejar de reconocer el valor didáctico de las gradas formales y mucho menos podía menospreciar este recurso metodológico que a decir verdad, era aplicado uniformemente en las escuelas del país por miles de maestros graduados y el que estaba rindiendo resul

tados satisfactorios para empeñarse obstinadamente en implantar — aún a costa de los éxitos logrados otros recursos y prácticas metodológicos.

Sin lugar a dudas, el Profesor Crespo ha sido uno de los educadores que mayor influencia han ejercido en el amplio campo de la educación. Dotado, como hemos dicho, de una gran sensibilidad humana que ambicionaba para el más humilde escolar panameño lo que el mejor padre de familia desea para su hijo; equipado con los más modernos recursos didácticos para hacer fácil el aprendizaje le cupo en suerte, por añadidura, regentar —una por una— todas las altas posiciones desde donde se podía influenciar y dar rumbo seguro a la educación nacional.

En sus primeros años de labor docente 1916 a 1924 fue Profesor de Pedagogía en el Instituto Nacional y por su cátedra desfilaron las nuevas graduaciones de maestros; en 1926 a 1930 fue Inspector General de Enseñanza y así el campo de su influencia se extendió tanto a las Escuelas Secundarias como a las Primarias del país. Es de recordar que la dirección que Crespo dió a las escuelas fue efectiva y creadora. No se conformó con vegetar, sentado en cómoda butaca en su despacho, situado en los altos de las Oficinas de Correos y Telégrafos, viendo correr las manecillas del reloj y oyendo los comentarios de los sucesos de la última inquietud estudiantil, sino que lo vieron los maestros, alumnos y padres familia, recorrer las carreteras y caminos de herradura, a lo largo y ancho del Istmo, para conocer y darse cuenta cabal del funcionamiento de las escuelas. De regreso a su oficina su capacidad profesional le permitía enfocar con maestría y acierto las dificultades y errores que había observado en su visita de Inspección, las que eran resueltas luego por medio de circulares que llegaban hasta las aulas de clase del más apartado caserío del país.

Es del caso recordar que el profesor Crespo influyó decididamente en la reforma de los Planes de Estudio y Programas de Enseñanza. No podríamos precisar la participación que cada uno de los miembros de la Comisión tuvo en su elaboración; pero es indudable que en las Palabras de Introducción de los Nuevos Programas se advierte el pensamiento renovador del profesor Crespo cuando deja establecido que “la habilidad adquirida con el ejercicio de una función mental no se transporta íntegra ni siquiera a funciones mentales semejantes, mucho menos a la mente en general; y eso, su afán, porque el niño aplique sus propias experiencias y que los temas de enseñanza correspondan a problemas de importancia vital para los alumnos.

La labor de profesor y dirigente de la educación nacional la completó el Dr. Crespo preparando y dando a la publicidad, una colección de libros de lectura y su “Geografía de Panamá”.

El libro "El Lector Panamericano" escrito en asocio del Profesor Guillermo Méndez Pereira tenía como fundamento el reconocimiento de las palabras normales y la descomposición de éstas en sílabas y sonidos. Era un sistema de aprendizaje analítico-sintético, de resultados inmediatos y efectivos.

La Geografía de Panamá, preparada y publicada por el Profesor Crespo, es un libro de hondo sentido humano en el que Crespo da a conocer a los escolares el aspecto de nuestro país, sus recursos naturales, sus costumbres y medios de vida através de la conversación de la familia Martínez, grupo campesino que vive de su trabajo en un campo situado en las entrañas mismas de la sierra panameña.

La labor realizada por el Profesor Crespo en los quince años comprendidos entre 1916 y 1931, hubiera excedido con creces al programa de acción del más esforzado de sus colegas en el campo de la educación; pero Crespo tenía aspiraciones y se dió cuenta de que no avanzaría en sus propósitos de superación si no se aventuraba por los predios de la política que es el campo en donde se forman aquí, en Panamá, los leaders, los que pretenden guiar los destinos de la República.

Sólo así se concibe la obra realizada por el Dr. Octavio Méndez Pereira y las reformas logradas por el Dr. José Daniel Crespo, que han sido los dos grandes educadores panameños que han logrado poner en acción los resortes de la política para impulsar sus proyectos de mejoras en el ramo de la educación.

Sin embargo, la política fue veleidosa con nuestro amigo el Dr. Crespo y hubo momentos en que su temperamento altivo le creó situaciones difíciles que lo obligaron a alejarse del país en éxodo involuntario. Distante del terruño y obligado a ganarse el sustento, Crespo regresó a las aulas y ejerció nuevamente el profesorado en México y Centro América. Años después, por cambios en la política, el Dr. Crespo regresa al país aquilatada la mente y fortalecido el espíritu con las experiencias adquiridas en tierra extraña, deseoso de contribuir con sus luces al mejoramiento de la patria.

Meses después los electores de la Provincia de Panamá le dieron sus votos y le hicieron Diputado a la Asamblea Nacional. Fue esta la gran oportunidad del Dr. Crespo para destacarse entre los sostenedores de la nueva administración que presidía don Enrique A. Jiménez, quien lo hizo su Ministro de Educación.

En el Ministerio de Educación Crespo planea en grande. Con clara visión logró enfocar el panorama de la educación en nuestro país, en

donde los intereses de la escuela estaban superados por los intereses partidistas; se dió cuenta de que había un ambiente propicio para las reformas en pro de la estabilidad del maestro y consciente de su misión se esforzó por llevar a feliz realización los proyectos que fueron anheladas aspiraciones durante los años comprendidos entre 1920 y 1928, cuando ocupaba posiciones subalternas en el engranaje de la educación nacional.

Para la realización de esta su tercera y más destacada cruzada en pro de la educación, Crespo cuenta con su indiscutible preparación académica, sus experiencias docentes ganadas cuando ejerció el cargo de Profesor e Inspector General de Enseñanza y más que todo con esos recursos propios de su personalidad los cuales le han dado la estatura, que ahora comienza a crecer y que será difícil de superar.

Así, son creaciones suyas de permanente valor para la educación: la reorganización del Ministro de Educación sobre bases técnicas; la Estabilidad y Jubilación del Magisterio y Profesorado; el Escalafón del Magisterio Panameño; el aumento del sueldo al Profesorado y Magisterio; el establecimiento del sueldo mensual al Profesorado en sustitución del pago por horas de clase; la reforma de los Programas de Segunda Enseñanza; la selección y nombramiento de maestros y profesores mediante concurso de credenciales y antecedentes, reformas que culminaron con la aprobación de la Ley 47 de 1946.

No pocos amigos y simpatizadores del Dr. Crespo han comentado desfavorablemente su distanciamiento de las filas activas del magisterio para irse a formar parte de los grupos beligerantes en los partidos políticos, sin comprender que ya Crespo había superado el período de las prácticas docentes, es decir, había dejado de ser el laborioso maestro de escuela que tiene la responsabilidad de enseñar a leer y escribir para escalar las funciones cimeras de la administración escolar y desde allí, decirle al país cuáles eran las aspiraciones de los maestros y que debía hacerse en pro de la educación nacional.

Tenía el Dr. Crespo todas las condiciones para ser un dirigente político, de esos que construyen sobre ideas y para la eternidad. Temperamentalmente ejecutivo, ponía en acción lo que había meditado serenamente y con anticipación en su mesa de estudio; le agradaba llevar al campo de la discusión doctrinal sus ideas, seguro de que lograría imponerlas por las fuerzas de sus argumentos. Para ello contaba con una dialéctica convincente y era orador brillante cuando las circunstancias le movían a despertar la emoción en las masas. Sobre todo era constante, tesonero en sus propósitos y llegaba hasta el apasionamiento cuando arremetía con-

tra sus oponentes para defender la causa de los derechos que él consideraba en peligro.

Así se explica como un hombre joven con atributos tan sobresalientes estuviera obligado a llevar sus enseñanzas fuera del aula de clases y extender su influencia por campos más amplios y prometedores.

Yo estimo que la labor del Dr. Crespo al presentar sus leyes de educación quedó inconclusa y que muchas de sus ideas quedaron imprecisas y sin cumplimiento porque no se dictaron las leyes complementarias o faltaron los decretos que debían reglamentar la manera de actuar para lograr así un plan de trabajo, un equilibrio y compensación entre los derechos adquiridos por los profesionales de la enseñanza y sus deberes y compromisos con la nación. Esta será labor para otros dirigentes en el devenir de los años y a medida que se ganen nuevas experiencias.

Empeñado en conocer a fondo y en toda su extensión la obra del Dr. Crespo le he seguido en la brillante exposición que hace en su obra: "La Moneda panameña y el Nuevo Tratado del Canal" y a decir verdad, me he censurado que por falta de curiosidad no hubiera leído antes este libro que todo panameño debe conocer y estudiar porque en esta obra el Dr. Crespo se detiene a hacer historia de como entró en circulación nuestra moneda y pone en alerta a la ciudadanía cuando expone: "que no hay razón alguna que justifique que el Estado panameño se prive del derecho de derivar todas las ventajas económicas y sobre todo fiscales, que se desprenden de un sistema monetario propio; y usufructuar, por lo tanto de su propio crédito, en la forma de suministrar el medio circulante al país, que desde tiempo inmemorial constituye uno de los principales arbitrios rentísticos de los Estados. Proceder de otra suerte, adoptando un sistema monetario de otro país, por más amigo y protector nuestro que él sea, es renunciar, no sólo a una de las características exteriores de la soberanía, sino perder una renta enorme, que puesta al servicio de los mejores intereses patrios, puede ser causa de grandes beneficios".

Sin embargo, a pesar de la contribución variada y multiforme que Crespo aportó a la cultura en general, tenemos que reconocer que su permanente actuación y su desvelo máximo fueron motivados en su afán de cimentar y acrecentar las conquistas logradas por la escuela panameña.

Crespo tenía fe en la labor niveladora de la escuela y por ello en la Mesa Redonda celebrada en la Universidad, sobre los problemas de la enseñanza, en Marzo último se expresaba así: "pero una escuela democrática, que reconoce la fraternidad de la familia humana, que reconoce todos los derechos ciudadanos; que reconoce que todos somos iguales ante la ley, que todos debemos tener igual oportunidad de cultivarnos y que

solo discrimina el talento y la virtud, esa escuela no puede inspirar ningún temor a ningún ciudadano sino que debe recibir el beneplácito de todos los ciudadanos y la colaboración del Estado”.

Tal era su credo: pero en muchas ocasiones el Maestro se sintió perplejo, confundido, entre los conflictos y contradicciones que surgían en el campo educativo en una sociedad todavía convulsa por la última guerra que azotó el mundo. Oigámosle lo que nos dice sobre el particular en su discurso de Chitré, en Noviembre de 1948, en momentos de colocar la primera piedra del edificio para el primer ciclo de esa ciudad. De pie, frente a la multitud que llenaba la plaza pública y como escudriñando el horizonte, el Dr. Crespo se hacía estas preguntas sibilinas que tienen en estos días valor de actualidad y honda significación:

“Qué clase de educación reclaman nuestros tiempos? Queremos una educación que perfeccione nuestras instituciones y nuestro orden social; o queremos una educación que las destruya? Queremos acaso una educación que acabe con las virtudes sociales: que acabe con el honor, la dignidad; el patriotismo, el respeto a los padres y a los mayores, a los próceres y a los hombres que se han sacrificado por la patria y por la humanidad; que destruyan el carácter, la honradez, la autoridad, la convivencia social y todas las demás virtudes a las cuales debe la humanidad su ascenso, de las formas más elementales de la vida al estado de civilización en que hoy se encuentra o queremos una educación que sublime y vitalice estas virtudes? Y si optamos por lo primero, yo me pregunto con que vamos a reemplazar tales virtudes?

No nos expondremos, en nuestra insana locura, a devorarnos como feroces hambrientos los unos a los otros”.

Por eso, en estos momentos en que celebramos un homenaje a su memoria les invito a ustedes para que meditemos es estas severas y admonitivas reflexiones que fueron un interrogante para el espíritu clarividente y luchador del Profesor Dr. José Daniel Crespo.

Esta ha sido a grandes rasgos la trayectoria de la vida pública del Dr. Crespo, un periodo largo de intenso laborar por el progreso de la educación del pueblo, seguido de una constante actitud de espera hasta alcanzar la reivindicación social y económica del Magisterio. Este propósito se ha cumplido y es realidad, razón por la que estamos hoy, aquí, maestros y profesores, en acto de reconocimiento a su labor y en homenaje a su memoria.

**DISCURSO DEL SR. MINISTRO DE EDUCACION, LICEN-
DO CARLOS SUCRE CALVO, EN EL "RESPONSO LIRICO",
EN MEMORIA DEL INSIGNE EDUCADOR DR. JOSE DA-
NIEL CRESPO, EFECTUADO EN EL TEATRO NACIONAL.
EL 1º DE DICIEMBRE DE 1958.**

Doña Elida Campodónico de Crespo, incansable compañera de luchas de
nuestro Gran Educador; Maestros Panameños; Damas y Caballeros:

El Gobierno acaba de restablecer la saludable tradición nacional que dedica el primero de Diciembre a revivir y afirmar los sentimientos de gratitud y de admiración que la República debe a quienes consagraron, consagran y consagrarán sus mejores esfuerzos a la Educación Nacional. Siempre será noble venero de inspiraciones la exaltación honesta de los grandes valores de la Escuela Panameña. El Doctor Manuel José Hurtado, don Melchor Lasso de la Vega, la señorita Isabel Herrera Obaldía, don Justo Facio, el Rydo, Hermano Venero Carlos, el Dr. Octavio Méndez Pereira; don Federico A. Libby, el Doctor José Dolores Moscote, don Richard Newman, don Abelardo Herrera, el Dr. Manuel Patiño, y centenares de otros inolvidables maestros continuarán siendo faros luminosos del desenvolvimiento cultural del país; pero entre ellos se destaca como primero en cuanto a su idoneidad profesional de técnico en Pedagogía y de amor al estudio y al trabajo el doctor José Daniel Crespo.

La escuela, como organización social, no puede escapar a la ley fundamental de la evolución, el cambio, el progreso. Los objetivos y los métodos de la educación están constantemente sometidos a un proceso de evaluación y de transformación porque no se pretende formar al niño para que sea elemento pasivo de un régimen social estático, sino para que se convierta a su tiempo en factor activo del progreso social. Generalmente se reconoce que los sacrificios de un buen maestro no pueden ser recompensados en forma justa con premios materiales, sino con recompensas de orden moral como la que fervorosamente nos reúne esta noche. En todos los tiempos y en todos los países la educación ha respondido y debe responder a los grandes imperativos sociales. Los ideales de los pueblos se reflejan necesariamente en la escuela que persiguió en la Edad Antigua la belleza física y espiritual o la formación del soldado espartano; el ser superticioso en la Edad de Las Tinieblas; el ideal de la libertad religiosa, intelectual y política en la Edad Moderna; la solidaridad humana, la justicia social, la elevación del nivel de vida en los tiempos contemporáneos.

Todo cambio fundamental en las aspiraciones de la comunidad impone cambios en los derroteros de la Escuela; pero esta transformación ineludible no debe significar el desconocimiento ni de los méritos ni de la obra de los que fueron los mejores intérpretes de cada nuevo ideal educativo. Son pocos los que saben impulsar la evolución y mantener vivos los sentimientos de gratitud y de reverencia hacia los forjadores del ayer, sin el cual no existiría el presente. Entre estos pocos sobresalen los inspiradores organizadores del actual homenaje nacional al Doctor José Daniel Crespo, posiblemente al primer panameño que dedica su vida a dar fundamentos científicos a los métodos y propósitos de la Educación Nacional.

Permítaseme en homenaje a la fecha limitar mis palabras a revivir mis recuerdos de alumno del Doctor Crespo en el querido Instituto Nacional. En esta forma deseo rendir un tributo de reconocimiento al maestro ejemplar y recordar a todos los actuales educadores que su obra será seriamente enjuiciada algún día por sus alumnos no por el fácil y efímero aplauso que se gana apelando a las debilidades de los jóvenes, sino por el mérito imponderable de esa tarea difícil que es la educación como proceso necesario para descubrir, estimular y desarrollar lo mejor de cada estudiante. El mismo Doctor Crespo nos dice en los "FUNDAMENTOS DE LA NUEVA EDUCACION" (pág. 323):

"Pero respetar la personalidad, dar oportunidad a su libre expresión, favorecer sus impulsos de creación, no significan de ninguna manera hacer del niño el árbitro absoluto de sus destinos y único dirimente en los problemas de su propia educación..."

Los que conmigo se graduaron de Maestros de Escuela Primaria en 1920 sabrán apreciar el profundo placer que me embarga al rememorar el prodigioso impacto de ese cabal maestro que fué José Daniel Crespo, sobre nuestros jóvenes espíritus. Porque, para todos nosotros, nadie llenaba tan cabalmente como él las cualidades que él mismo fijaba esenciales para el ejercicio del magisterio: CARACTER, TACTO y ERUDICION.

CARACTER para hacer y para exigir las pequeñas y las grandes cosas que imponían su enseñar y nuestro aprender; TACTO para encauzar, más que representar, para inspirarnos confianza en él, en nosotros mismos, para despertar en cada cual el deseo de superación, por gracia, casi siempre, de su certero hallazgo de buenas cualidades ocultas en cada uno de nosotros. ERUDICION, tanto porque siempre estaba sediento de cultura, por la cultura misma, como porque tenía un deseo profundo de mejorar cada día más su propia capacidad para la docencia.

Cordial, aunque exigente; pulcro aunque modesto en el vestir; alegre de humor, sin que las cortas y oportunas disgresiones lo desviarán del tema por tratar; exhaustivo en la presentación del pro y el contra de cada teoría, pero ameno porque era de fácil dicción y porque dominaba ple-

namente la materia. Nuestro Profesor de Pedagogía Teórica y práctica para convertirnos en maestros, es decir, en modelos, se hacía modelo él mismo educando tanto con el ejemplo como con la palabra.

José Daniel Crespo enseñaba una nueva Pedagogía que había estudiado seriamente y no tan sólo para conquistar créditos. Esa nueva Pedagogía hacía del niño el centro de todo el proceso educativo, había de descubrir la psicología personal del estudiante, dar estímulo a sus aspiraciones, orientar sus intereses, satisfacer sus necesidades, corregir sus deficiencias, resolver sus problemas, desarrollar sus capacidades. Profundamente democrata creía que sólo así educamos para el progreso social.

Como José Daniel Crespo con el ejemplo, sus clases eran siempre a manera de una conversación amena en que campeaba la simpatía, la franqueza, la cordialidad de una estimación y un respeto mutuos.

Yo diría que no hubo uno solo entre sus discípulos de aquella época, que evoco con tanta fruición, que no hubiese aprendido por él a estimarse más a sí mismo, a esperar más de sí mismo, a empeñarse más en el propio mejoramiento y a confiar más en sus individuales aptitudes.

Yo pensaría también que sin exageración, cada uno de nosotros, por sí mismos, sentía un profundo y cordial agradecimiento y una grande simpatía por quien nos hizo centro y objetivo de su cátedra, se convirtió en afanoso buscador de todo lo bueno que hubiera en cada uno de nosotros, y procedió, con ejemplar consagración o orientarnos hacia la vida adulta, haciéndonos simultáneamente actores críticos en el drama de la iniciación docente, drama en el cual apenas si dejaba entrever que era el director de escena y no un actor como cualquiera de nosotros.

Para el Doctor José Daniel Crespo tenía más importancia el proceso del aprendizaje que el aprendizaje mismo, la capacidad de expresión más que los conocimientos. Conocedor profundo de las leyes del progreso social creía más en las ideas que en la fuerza, en la evolución que en la revolución, en lo constructivo que en lo demoleedor. En aquella lejana época posiblemente ya el Doctor Crespo tenía decepciones, pero sus enseñanzas reflejaban siempre optimismo, entusiasmo y fuerza creadora porque jamás el aula fué para él tribuna de amarguras ni de odios.

En esta fecha, consagrada al educador, deseo rendir personal homenaje de gratitud a quien fué mi mejor maestro y, al mismo tiempo, en honrosa representación del Excmo. Señor Presidente de la República y en mi propio nombre, saludar con afecto a todos los que en la actualidad están consagrados a la noble tarea de mejorar nuestra escuela que tanto debe al Doctor Crespo por la inestimable labor que desarrolló desde el aula y la tribuna, desde el periódico y desde el libro.

Diciembre 1º de 1958.

VERSOS DE NAVIDAD:

....y un Niño ha Nacido

Por MARIA OLIMPIA DE OBALDIA

La noche está en calma
Los claros luceros
se asoman cual niños
por miles ventanas:
contemplan la tierra
que plácida duerme.
El viento en las ramas
apenas se mueve.

Dormidas las flores
no ven los reflejos
que riegan los astros
dorando sus túnicas.
Dormidos los hombres
soñando grandezas
no ven que a su vera
florece el milagro.

Mas valen los ángeles.
También los pastores,
igual que los sabios
que auscultan el cielo.
y es limpio el mensaje:
Jesús ha nacido
pequeño y desnudo . . .
y el mundo dormido!

La estrella magnífica
se empina entre todas
y alumbra el pesebre
con luz de alborada:
y llegan pastores
con tímida ofrenda.
y llegan los reyes
a ver el milagro

Y pasan los hombres,
y pasan centurias,
y un niño ha nacido
por todos los siglos!!

El niño mantiene
su luz de sonrisa.
su pura mirada
en todos los hijos
del Hombre que busca
su recto camino
La noche está en calma
y un niño ha nacido!

1958.

Motivos Pascuales

Por: JOSE GUILLERMO BATALLA

Noche de la Pascua. Vieja Nochebuena
con que aguarda el niño, con el alma llena
de dulce ansiedad.

La llegada pronta del amplio carruaje
donde viene el viejo del vistoso traje
de carmín, trayendo su rico bagaje
de felicidad.

Para qué has venido si ya no te espero;
si bajo la intensa quietud de mi alero
nadie se entusiasma con tu aparición?
Pasa, pasa, pasa, noche de alegría
que el eco dichoso de tu algarabía
hace más aguda la melancolía
que se ha vuelto cáncer en mi corazón.

Niño milagroso que viniste al mundo
a darnos ejemplos de benignidad,
a enseñar el credo del amor fecundo
y el noble ejercicio de la caridad.

Que gran desencanto! Qué dolor profundo
debe producirte la malignidad
que se está volviendo cáncer nauseabundo
en el organismo de la humanidad.

Si en la fecha magna de tu nacimiento
la Tierra es un vasto piélago sangriento
donde el odio tiene furias de aquilón,
por qué no descienes nuevamente a ella
o haces que nos guíe la luz de otra estrella
al ansiado puerto de la salvación?

Nos enseñan las Santas Escrituras,
Señor! que en este día
de paz y de bonanza
viniste al mundo desde las alturas
a proscribir el odio y la asechanza
y a fundar el amor y la armonía.
Por eso debe ser tu navidad
motivo de alegría
para la humanidad.

Señor! Tu siempre fuiste
la esperanza del sér infortunado
y el consuelo del triste.
todo, todo te diste
en aras de tu noble apostolado.

Tu vida toda entera
fue una hermosa y constante priavera
de justicia y amor.
Fue tu misericordia tan intensa.
tu piedad tan inmensa
que hasta en la tosca y humillante cruz,
al sentir el rigor
y los fieros enojos
de los torpes soldados y sayones,
brillaron con más luz
de ternura tus ojos,
y hubo en esos momentos
entre tus labios mustios y sedientos
como un leve rumor de bendiciones.

A turbar la quietud de mi aposento
y a sacudir mi espíritu agobiado
por las evocaciones del pasado,
llega en alas del viento
la infantil y entusiasta algarabía
que anuncia el nacimiento
del Hijo de María.

Con qué marcada vibración resuena
en la angustia serena
de mi reino interior, la voz lejana
de la vieja campana!
Hay en cada tañido
algo como un latido
de esa etapa feliz de la existencia
que embalsamó de aromas la inocencia.

Oh, Señor! Quien pudiera
retroceder hasta la edad primera
y, de nuevo, gozar en esta noche
de místico derroche
las castas impresiones de alegría
que en aquel tiempo siempre recordado
el corazón sentía!
Oh, quien pudiera desandar lo andado!

Coincidencia Presidencial

Por MARIANO SOTO

Doña RAMONA ANTONIA DEL CARMEN ARZE casó allá por el año de 1828 en el pueblo de Piura, Perú, con don Antonio Escobar, persona de significación en su país natal. Este don Antonio fue uno de los firmantes del Acta de Independencia del Istmo en 1821; su nombre aparece en el famoso documento de emancipación.

De este matrimonio nacieron los siguientes hijos:

Manuela Escobar de Arze, casada con don José Francisco de la Ossa, Magistrado del Tribunal Superior son padres de doña Emilia Ossa de Lefevre, casada con don Henry del mismo apellido. De este matrimonio nacieron Edwin, Enrique, Joe, ERNESTO TIDEL, Ramona Emilia y Elena.

Doña Luisa Escobar de Arze, casada en esta capital con don José Ramón, son padres de don Alejandro Remón Escobar, y de doña Elisa Remón de Espinosa. Don Alejandro casó con doña Mariquita Cantera y de este matrimonio nacieron los siguientes hijos: JOSE ANTONIO REMON CANTERA, Alejandro, María Luisa, Julieta, Carmen Hortensia y Graciela.

Doña Eloísa Remón Escobar casó con don Manuel Espinosa Batista y de este matrimonio nacieron, doña Carmen, don Manuel, doña Isabel, don Raúl y doña Cecilia.

Doña Carmen Espinosa Remón casó en esta ciudad con don Francisco Arias Paredes, padres de: Doña Carmen Inés, don RICARDO MANUEL ARIAS ESPINOSA, don Manuel, don Alberto y doña Mitzi.

Doña Enriqueta Remón Escobar, hija también de doña Ramona Antonia del Carmen de Arze de Escobar, es madre de don Ernesto de la Guardia, casado con doña Isabel Navarro Díaz, padres estos de Don ERNESTO DE LA GUARDIA, JR., actual Presidente de la República.

Vemos, pues, que del árbol formado por el matrimonio de doña Ramona Antonia de Arze y de don Antonio Escobar, un nieto y tres biznietos, han sido mandatarios del Estado panameño en el siguiente orden:

Ernesto Tidel Lefevre, del 30 de Enero al 30 de Septiembre de 1920, en su carácter de Tercer Designado.

José Antonio Remón Cantera, Presidente electo. Gobernó desde Octubre 1º de 1952 a Enero 2 de 1955.

Ricardo Manuel Arias Espinosa, como Segundo Designado, desde el 14 de Enero de 1955 al 30 de Septiembre de 1956, y

Ernesto de la Guardia, Jr., Décimo Tercer Presidente por elección popular. Gobierna desde el 1º de Octubre de 1956 y su período termina el 30 de Septiembre de 1960.

No es esto una rara coincidencia?

Cuento Nacional:

La Venganza del Indio

-- Por Leonidas Escobar --

... I —

Al finalizar el último lustro del siglo XIX el caserío de Santa Fé, en la Sierra de Veraguas, era casi el mismo que contemplamos hoy. Después del terrible asalto que le dieron al pueblo los indios Mosquitos, en época más remota, la aldea quedó gozando de fama siniestra y la tradición la elevó al nivel de las cosas temerarias. Porque se necesitaba valor para vivir allí, en la cima de la empinada sierra, cabe a la selva impenetrable en donde el indio cerrero tenía sus dominios plenos. Sin embargo, el caserío iba de nuevo hacia el futuro, bajo el puño de hombres fuertes y arrojados que se metieron allí a buscar fortuna y vida, haciéndole al peligro un gesto de desprecio.

Familias luchadoras que llevaban en las venas el ancestro de los patriarcas y sabían que con el machete y la oración la selva se dejaba romper, caminar y sembrar. Allí estaban ya las sementeras y los potreros, las trochas de penetración, los aserrios improvisados y, en algunas partes, comenzaban a florecer los cafetos. También a las orillas de los arroyos que bajaban de la Cordillera hacia el río Santa María, se mantenían montadas las bateas para lavar las arenas, en busca de aluviones preciosos.

El indio parecía haber quemado sus rencores y sus flechas en las hogueras del olvido, y había tranquilidad, trabajo y pan.

Cuando ya el siglo se descolgaba del almanaque, hubo allí un lapso singularmente propicio para todos. Nunca el invierno y el verano fueron tan oportunos en la llegada y en la duración.

Las cosechas vinieron abundantes y colmaron las trojes. La tierra estaba preñada de ansias de ser útil. Y hasta el agua de los arroyos en fuga dejó en las orillas sus aluviones más ricos. Todo indicaba que el Cielo estaba contento con los que luchaban en aquel oculto rincón de la tierra!

Por este motivo se sintió mayor dolor en Santa Fé, con la muerte de doña Cristina de la Rosa, viuda de un español llamado D. Jerónimo de la Rosa que había vivido y muerto allí. Doña Cristina había heredado de su esposo potreros y sementeras, algunas cabezas de ganado y dos casas en el pueblo, y era una de las personas que más contenta se hallaba por las bendiciones que había traído el fin del siglo. Pero Dios, que es inescrutable en sus designios, no quiso que ella gozara de aquella gracia, y una mañana falleció repentinamente, causando el estupor general.

Con su muerte quedó sola en el mundo su hija única una bella chiquilla de catorce años, llamada Marta, quien casi enloquece bajo tan terrible pena. Sin embargo, la Providencia le dió resignación y ánimo para seguir viviendo.

Los principales vecinos del lugar se reunieron para ayudarla, y una buena señora llamada doña Antonia de Amaya la recogió en su casa. Aquel era un hogar honorable y cristiano, y la niña fué recibida como una hija.

Desde aquel momento don Federico Amaya, el jefe de la casa, esmerose en ser para ella un padre cariñoso y bueno, procurando que la muchacha enterrase su dolor al amparo de nuevos afectos. Lo mismo hacía doña Antonia, y en cosa de seis meses la pequeña Marta renació para la alegría.

Había que verla, entonces, trajinando la selva, acompañando a los Amaya en la caza del tigre; o a caballo, jinete de carrera veloz, por los empinados potreros; o pasando a nado la caudalosa corriente del Santa María; o disparando la escopeta asesina de palomas, entre los matorrales; o animando a los buscadores de oro en los lechos de las vertientes.

Muchos decían al verla: Esta muchacha va a ser una diosa! Y no decían mentira, porque ya una diosa se vislumbraba en la mañana de sus formas en pubertad.

Muchas veces el viejo don Federico Amaya se quedaba mirándola con atención, y murmuraba para su calete:

—Opa compadre! Aquí sí mostró Dios que es capaz de hacer cosas bonitas! Quien fuera muchacho...

Y fué en una apacible tarde del mes de abril cuando, en la casa de

los Amayas, dictó la superstición un presagio sorpresivo para la vida de Marta: Había venido aquel día al pueblo la vieja Claudia García, misteriosa anciana que vivía en las montañas del Cocuyo y que tenía fama de saber adivinar el porvenir por medio de las cartas, ciencia que aprendió cuando era moza y estaba al servicio de una familia catalana que hubo en Santiago de Veraguas. A petición de los Amayas, en una alcoba de la casa, la vieja extendió ante todos la magia de sus cartas omnipotentes y, primero a don Federico, luego a doña Antonia y después a un hermano de don Federico, que llamaba Julián, la vieja leyó los secretos que a cada uno reservaba el destino.

Bien se veía que casi todo aquello era patraña y que la anciana muy poco o nada sabía de cartomancia, pero la voz pausada y solemne y la mímica con que la mujer acompañaba sus pronósticos, dábales cierta seriedad o ropaje de verdad, aunque en el fondo fuesen pura farsa.

Tocole al fin el turno a la bellísima Marta, quien nerviosa pero sonreída cortó la baraja en tres partes, como la vieja se lo indicaba, y santiguándose enseguida, se dispuso a oír lo que le reservaba la suerte.

Claudia García rezó entre dientes una oración, de la cual no se oyó sino el murmullo; echóse encima tres bendiciones precipitadas; elevó los ojos al cielo en actitud de súplica, y con mano ágil y marullera dió vuelta a una carta que, como era de naípe español, resultó ser un as de copas.

Hubo general silencio y la vieja sonriendo exclamó: —Buena suerte, miya, buena suerte. Opa! si es buena la cosa! Tenía que ser así! Para una belleza déstas, esto tenía que resultar. Opa, miya! Un hombre blanco y con plata. Vendrá de a caballo en mula prieta. Veo mucha plata. Lágrimas también. Si! Lágrimas. Y cate!! Casamiento! Tenía que ser así. La pelada se lo merece!! Y oigan: Esto sí que es bueno. Veo cuatro palabras. Sí, cuatro. Un momento. Voy a ver si las leo...ujú... ujú... Ya está! Es muy buena la cosa. El hombre dirá al ver a la niña: “Oh qué Palomita esta”. Esas son las cuatro palabras. Je, je, je, je, je, je, je. Qué suerte, miya. Qué suerte!! Je, je, je, je, je...

Y la vieja se echó a reír como si le hiciesen cosquillas. Don Federico, don Julián y doña Antonia también soltaron la risa, pero cambiaban miradas de asombro e inteligencia. Sería verdad tan singular presagio?

Pero todos dejaron de reír, cuando Marta se puso de pie y opinó:

No. Yo no creo...eso me dá risa. Yo... yo no sé.

Y echó a correr hacia afuera gritando:

- Compañero!, compañero! vamos a jugar.

(Compañero era el perro de la casa).

La vieja la siguió con la mirada y exclamó:

—Si, si. Esta chiquilla será muy feliz. Virgen Santísima, que la cosa es buena!!

— II —

Don Jerónimo de la Rosa, el finado padre de Marta, había recogido en su casa, veinte años atrás a un indiecito de dos años que encontró abandonado en uno de los caminos de la sierra. El "cholito", como todos le llamaban, fué bautizado con el nombre de Libardo y adoptado como hijo por don Jerónimo y doña Cristina, pues por aquellos tiempos todavía no había nacido Marta.

Cuando ésta vino al mundo, el cholito Libardo ya tenía siete años, dando muestras de ser muy despierto e inteligente, y desde entonces fueron sus brazos los que llevaron por todas partes a la criatura, la cual era blanca como la nieve

Los ojos de la niña se acostumbraron, así, a mirar diariamente el rostro moreno de Libardo, de frente pequeña, nariz corta, pómulos salientes, labios gruesos y mentón recogido, cuyos perfiles y gestos hablaban de una raza montaraz e indómita.

Cuando Marta llegó a los ocho años y el cholito a los quince, no hubo muchachos más traviesos que ellos en el caserío. Juntos recorrían los caminos aledaños cazando mariposas; juntos andaban por los potreros montándose en los terneros pequeños; juntos trepaban a los árboles frutales, en donde permanecían largas horas; juntos se iban a la selva, en busca de plantas silvestres que se llevaban para el jardín familiar, y juntos iban hasta las playas del Santa María a pescar sardinas y camarones.

Doña Cristina regañaba con frecuencia a Libardo, por exponer a la niña a tales peligros, pero don Jerónimo se mostraba complacido y se reía con las travesuras de los muchachos.

Pero cuando ya Marta tenía doce años y Libardo diecinueve, acaeció la muerte de don Jerónimo, infausto acontecimiento que cambió totalmente las cosas. Habiendo faltado los músculos vigorosos que protegían el hogar, correspondía a Libardo llevar tal responsabilidad. El lo comprendió así, y desde entonces se portó como todo un hombre llenando, casi por completo, el vacío que dejó don Jerónimo. Jamás faltaron en la casa alimentos, vestidos, medicinas, herramientas, etc... y doña Cristina halló que su joven hijo adoptivo sabía expresar muy bien el idioma de la gratitud.

Marta estaba acostumbrada a mirar a Libardo como a un hermano, pero desde entonces le miró también como a un padre, porque no había capricho suyo que el indio no complaciera y hasta le llevó de Santiago una vieja maestra de escuela para que le enseñara las materias elementales.

Sin embargo, la súbita muerte de doña Cristina y la ida de Marta para la casa de los Amayas, volvieron a cambiar plenamente las cosas, porque Libardo quedó huérfano y solitario, sin el calor de los afectos, y comenzó a sentir en su corazón ingenuo la ponzoña de la maldad humana.

En efecto, alguna comadre chismosa del pueblo informó a Marta que Libardo no era su hermano, sino un indio abandonado en los caminos de la sierra y recogido y criado por don Jerónimo, y que muerta doña Cristina, la muchacha debía tomar sus precauciones para que el cholo no le fuese a faltar el respeto.

Y con aquellas advertencias, la jovencita cambió mucho con Libardo.

Casi no se dejaba ver de él, pero cuando se lo encontraba casualmente procuraba no dirigirle la palabra. Parecía avergonzarse de su pasado y que Libardo se hubiera convertido para ella en un monstruo amenazador.

El indio comprendió cabalmente el cambio que se operaba en la muchacha, más no le hizo reclamo alguno y, por el contrario, disimuló y se tragó su pena, en espera de que el tiempo aclarase mejor las cosas. Siguió trabajando con el mismo afán de siempre y se volvió estoico y misántropo como si la amargura interna le hubiese petrificado el alma.

Salía por la mañana de la solitaria casa de los que fueron sus padres y todo el día se pasaba en los potreros y en las sementeras, casi sin probar alimento. Por la tarde regresaba al pueblo y se encerraba en la casa, hosco, cejijunto, malhumorado y silencioso. La tormenta interior que lo ahogaba seguía creciendo, minuto a minuto, desarticulando las reservas morales de su espíritu.

Transcurrieron así seis meses y, una tarde, habiéndose encontrado don Federico Amaya con el indio, en uno de los potreros de Marta, entre ellos se desarrolló el siguiente diálogo:

— Buenas tarde, Libardo.

— Muy buenas las tenga usted, señor.

— Cómo van las cosas, hombre.

— Muy bien, señor. Todo va bien.

— Yo deseaba hablar contigo, muchacho —dijo don Federico muy cordial—, sobre estas fincas. Muertos los viejos ya sabes que Marta es la única propietaria de estas tierras....

— Así es, señor.

—Pues, bien. Pensamos mandar la chiquilla a Panamá para que haga algunos estudios y, como no hay dinero, es preciso echar mano de algo para conseguirlo. Entiendes?

—Sí, señor.

—Mi hermano Julián quiere comprar estas propiedades, pero como Marta es menor de edad no se puede negociar con ella legalmente. Yo pienso hacerte nombrar curador o tutor de la niña y, en tal carácter, podrías hacer el negocio, naturalmente con los consejos de un abogado hábil. Con ese dinero, enviaremos la niña a un colegio de la capital y todo quedará arreglado. Qué opinas tú de eso?

—Digo que eso no puede ser, señor Amaya —respondió el indio—. Esto no se venderá sino cuando la niña esté grande y si ella quiere. Yo no puedo vender lo que no es mío.

—Pero... es que no comprendes?

—Yo sí comprendo. Si la niña quiere irse a estudiar, que se vaya que plata hay. Yo tengo un guardadito que es de ella también. Yo seguiré trabajando aquí para que ella estudie allá. Y no más.

Al oír aquello don Federico montó en cólera.

—Nada de eso! dijo. Las tierras se venderán de todos modos y también el ganado. Si tu quieres o si no también. Y el guardadito que dices tener, debes cogerlo para que te largues para los infiernos. Esto se acabó...

Y al terminar de decir estas palabras, don Federico se alejó al galope, en dirección al pueblo.

Libardo se quedó mirándole con visible indignación hasta verlo desaparecer en la primera curva del camino. Y monologó:

—Mentira! Mentira! Quieren quitarle todo a la muchacha estos malditos blancos. Y ya verán... y verán.

Cuando el señor Amaya llegó a su casa, reunió a doña Antonia, a don Julián y a Marta, en una habitación, para contarles:

—No saben ustedes? Aquel indio animal casi me mata. Le hablé en el potrero dos palabras y casi me atraviesa con la daga. Dice que las fincas son de él, y que la niña no tiene nada. Que ni el diablo lo saca a él de esas tierras. Yo creo que debemos apelar a la autoridad. Es el único remedio para salvar la fortuna de esta pobre muchacha. Hay que ser severos porque...

Interrumpiéndose aquí don Federico por haber escuchado, frente a la casa, algo como pasos de un caballo, y creyendo fuese Libardo que lo había seguido, dijo a Marta:

—Asómate, chiquilla, a ver quien llega.

Corrió la muchacha hacia afuera y, a poco, se oyó una voz varonil que gritó en la calle:

Oh! qué palomita está!!

Corrieron todos para mirar al forastero, y vieron que se trataba de un hombre joven, blanco y distinguido, jinete en una mula prieta. Y el asombro los llenó de estupor. Estaba cumplida la primera parte del mágico presagio de Claudia García!!

— III —

Los primeros seis meses del nuevo siglo ya habían pasado y transcurría el segundo semestre con su cauda de invierno, cubriendo de nieblas las montañas santafereñas.

Y tan fiel había sido el presagio de la cartomancia sobre la vida de Marta de la Rosa, que ya también era grande el amor que se había encendido entre ella y Bernardo Santa Cruz. Este era un joven de veinticuatro años, perteneciente a una adinerada familia de la capital, que había sido enviado a Santa Fè por prescripción médica, por estar convaleciente de grave enfermedad.

Como las gentes de más nombradía en el pueblo eran los Amayas, los padres de Bernardo dieron a éste una carta para don Federico, en la cual suplicábanle atendiese lo mejor posible al muchacho, que todo le sería recompensado a manos llenas. Y de esta manera, como anillo al dedo vino a caer el joven Santa Cruz en el mismo sitio y circunstancias donde el mágico presagio de Claudia García lo había colocado, atando por medios invisibles los hilos dispersos del destino.

Aquello había sido pronosticado y tenía que cumplirse. La misma autosugestión de los que conocían el presagio, ayudaba unanimemente a convertirlo en realidad. Y Marta y Bernardo penetraron al paraíso de su pasión romántica, sin obstáculo alguno, a plena luz del sol, como si su amor fuese, en verdad, un plan preconcebido por Dios.

Un corazón de quince años ama con el platonismo impoluto del ser que desconoce el cálculo y por esto Marta dejó que aquel amor llenara plenamente su vida, hasta lo sublime, no teniendo ojos ni sonrisas ni voluntad sino para el amado.

Bernardo, por su parte, amaba también a Marta con sinceridad, pero su pasión era apenas una chispa si se comparaba con el incendio que ardía en el pecho de la muchacha. Sin embargo, una tarde, él le propuso matrimonio:

Estaban sentados en una burda banca, bajo una palmera, en el pequeño jardín de la casa. El sol iba en fuga hacia el ocaso, y sus últimos rayos eran amortajados por la nieve sobre el espinazo de la sierra. Bandadas de pericos cruzaban bulliciosas sobre el caserío. A lo lejos se oía la saloma de algún labriego que regresaba a su rancho. Y la noche comenzó a levantar sus banderas desde la cabeza de los cerros.

—Quiero decirte algo importante —dijo Bernardo, mientras sus pupilas se clavaban en el paisaje.

—Qué será? —preguntó ella, sonriente.

—Que nos casemos!! — contestó el con voz ronca por la emoción.

Y ella no dijo, nada, porque no halló palabras ni pensamientos ni voz. Se quedó muda. Mirándole como hipnotizada, y por primera vez se abrazaron y se besaron casi sin darse cuenta, como si aquello fuese una consecuencia natural de las palabras por él dichas.

Después, él se puso en pie, respiró con ansia el aire fresco del anochecer y exclamó:

—Qué lindo es todo esto!!! Me parece que es un sueño y que tú eres una hada de esas que pintan en los cuentos.

Un grito venido de la calle interrumpió el idilio. Y luego muchos otros gritos llenos de angustia. Qué había ocurrido?

Marta y Bernardo corrieron hacia la calle para averiguar lo que pasaba, y pronto la respuesta vino ruda:

El indio Libardo había asesinado en uno de los caminos de la sierra, a don Federico Amaya!!!

—IV—

Aquellos fueron quince días de consternación y de lágrimas. Doña Antonia, inconsolable, no hacía más que lamentar a su finado esposo y de lanzar maldiciones contra el indio que lo asesinó vilmente. Bernardo y Marta, afligidos también miraban con profundo respeto el dolor de la viuda y ayudábanla a elevar oraciones por el eterno descanso del alma del finado. Don Julián Amaya, el hermano de la víctima, habíase tornado mediatibundo y sombrío.

Libardo había desaparecido. Por todas partes, comisiones armadas le buscaron sin descanso, pero todo fue inútil. La opinión general era que el indio habíase ocultado en algún antro inaccesible de la sierra.

En estas circunstancias, era un verdadero peligro para Marta y Bernardo continuar allí. Quizá, desde la montaña, el indio los estaba espionando. Mejor sería que se fuesen a Santiago, se casasen allí y luego siguie-

sen para Panamá. Don Julián Amaya quedaría encargado, mientras tanto, de los bienes de Marta.

Todo esto se lo aconsejaron las gentes a los jóvenes, y ellos, temerosos, rápidamente dispusieron hacerlo así.

Al iniciarse la noche de un Sábado, de manera furtiva salió la caravana de Santa Fe. Iban Marta, Bernardo, don Julián y cinco hombres más. A pesar del invierno la noche estaba estrellada y en el límite de la cordillera con el cielo había un retazo de la luna en menguante. El camino era estrecho y pedregoso, y a cada instante tropezaban las mulas amenazando derribar los jinetes.

Nadie hablaba, según órdenes de don Julián, pero el ruido de las bestias en marcha era suficiente para profanar el silencio. También de los pantanos y lagunas venía la orquesta de las ranas.

Y todo marchó muy bien hasta la hondonada de "Los Hoyos." Allí estaba tendida la celada de Libardo, y los rastros vomitaron indios como el cielo estrellas.

Libardo había sabido todos los planes de aquel viaje y había convidado a sus hermanos de la sierra para que le ayudasen en su venganza.

Los viajeros quedaron rodeados en cuestión de segundos, siendo imposible la resistencia. Sin embargo, don Julián y sus hombres echaron mano de sus dagas para vender caras sus vidas. Bernardo, en el colmo del asombro, empuñó la pistola que llevaba al cinto, mientras que Marta, presa de terrible angustia, balbucía oraciones.

Rompiendo la masa compacta de los indios, apareció Libardo diciendo:

—Con que se nos va la niña?

Tembló la muchacha como una espiga al viento pero no vaciló en la respuesta:

Sí. Me voy. Y usted qué desea?

—Yo? Nada. Únicamente despedirme.

Y soltó una carcajada grotesca que fue coreada por sus compañeros.

Déjenos seguir —suplicó Marta. Fíjese, Libardo, lo que está haciendo. No sabe que hay autoridad? Pues sepa que han de castigarlo. Déjenos pasar.

—Guarde usted eso! —dijo el indio a Bernardo, mirándole la pistola—. Eso pa qué? Pa nada.

Y volviéndose hacia Marta, agregó:

—Con que se nos va la niña? Y la finca? Con quién queda la finca?

—Déjenos seguir, por favor— fue la respuesta de Marta. Recuerde que usted es mi hermano.

—Hermano? Ja, ja, ja, ja, ja.

Y la ancha risa del indio vibró amenazadora.

—Y usted, señor Amaya —preguntó de repente, dirigiéndose a don Julián. Pa onde se va uste? Se va también a casar?

—Es usted un bandido! —rugió iracundo don Julián—. Pero sepa que esto le pesará.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja. —Volvió a reír el indio e hizo a sus hombres una seña significativa.

Aquella era la consigna!!! Mientras unos apoderábanse de Marta, lanzando estridentes gritos, y huían con ella hacia los matorrales, los otros rodearon a cada uno de los viajeros y los sujetaron con fuerza.

Por espacio de cinco minutos sólo se oyó entre la noche gritos, protestas, amenazas, carreras, maldiciones y corcoveos de bestias. Pero luego vino el silencio y con él la voz de Libardo que gritaba desde el rastrojo:

—Bueno, señor Amaya, yo me llevo la niña. Róbese usted la finca y el ganado. Y no me eche en olvido. Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Como por encanto desaparecieron los indios entre los matorrales, y sólo quedaron en el camino los hombres de la caravana vencida, con las armas en las manos, la protesta en los labios y la rabia en el alma. Quiso Bernardo seguirlos “para siquiera matar uno”, pero don Julián lo contuvo diciéndole:

—No, señor. Cálmese usted. Sería inútil. Usted no conoce esa gente. Sigamos adelante. Vamos a San Francisco y a Santiago a pedir auxilio, y que uno de nosotros se devuelva para dar aviso en el pueblo.

Y así se hizo!

Pero la astucia del indio se burló de todos. Por más de dos meses, comisiones armadas hasta los dientes, recorrieron la sierra y la selva en busca de Libardo y de Marta. Pero todo fue en vano...

Bernardo, abatido y decepcionado, regresó a la capital.

Las propiedades de Marta fueron depositadas por las autoridades en manos de don Julián Amaya.

Y nunca, como en aquel tiempo, quedó tan desacreditada la mágica cartomancia de Claudia García.

—V—

Veinte años después, un famoso antropólogo norteamericano que recorrió varios parajes de Panamá, en misión de estudio, informó en los periódicos: “En la Sierra de Veraguas existen indios blancos”.

Volviendo a Gaspar Octavio

Por RODRIGO MIRO

Acaban de cumplirse cuarenta años de la muerte de Gaspar Octavio Hernández —muchos más que los vividos por él— y puede interesar la revisión de su caso. Considerado desde el momento de morir una de las figuras sobresalientes de las letras panameñas, conviene indagar acerca de los fundamentos de aquella opinión. ¿Ocurrirá con Hernández lo que con doña Amelia Denis, cuyo prestigio se apoya en un único poema? Sin que pueda afirmarse de manera rotunda, Gaspar Octavio es, para la mayoría, el poeta de “Ego Sum” y “Canto a la Bandera”. Al resto de su obra se ha aproximado, muy de tarde en tarde, escasos espontáneos o forzados del deber. Por lo demás, es esa realidad común a todos nuestros escritores de mérito, motivada por las circunstancias que dificultan el conocimiento de su obra, razón a su vez de la ausencia de crítica.

A raíz de su muerte Lola Collante, Víctor A. De León, Benuzzi, Eliet, Turner, Korsi, etc., nos dijeron su visión del poeta, visión empañada por el aliento cordial. Proclamaron su admiración por el escritor y amigo, pero soslayaron el estudio crítico de su creación. Diez años más tarde Diógenes de la Rosa le dedicó unas reflexiones interesado en presentar a Hernández como ejemplo de rebeldía social. Punto de vista que negó, acaso sin saberlo, Roque Javier Laurenza cuando su examen célebre de “los poetas de la generación republicana”, en Enero de 1933. Laurenza lo encuentra inauténtico, correcto pero verboso, dominado por un complejo que nacía de su color. Posteriormente, al cumplirse el cuarto de siglo de su deceso, algunos intentos exegéticos se ensayaron. Ahora sin tésis previa que demostrar. Alfredo Cantón publicó en “Mundo Gráfico” un estudio. Por mi parte traté de enfrentarme objetivamente a la obra de Hernández, empezando por seguir las peripecias de su vida y leerle en su integridad. Concluí entonces, con de la Rosa —“lo que dió no rompía todavía el capullo de la promesa”—, en que la muerte de Gaspar Octavio impidió la realización de algo grande, afirmando que a pesar de ello su legado se cuenta entre las cosas más estimables de nuestra literatura. Des-

pués han trabajado sobre Hernández dos estudiantes de la Universidad y se ha escrito su biografía. (1) Comenzamos a estar en condiciones de estudiarlo en serio, y alguien debe aceptar el compromiso. Entre tanto, veamos cómo se nos presenta Hernández hoy, cuya significación, parece, empieza a cambiar, si bien no desde un punto de vista estrictamente literario. Y no por obra de una crítica que hemos visto no existió, sino por la fuerza de los hechos. El discurrir de la vida, al enriquecernos o cambiarnos, modifica el panorama en torno. Y las cosas no siempre conservan el lugar o la prominencia que tuvieron. Trataré de explicarme.

He dicho que Hernández es uno de nuestros prestigios literarios. Acerca de ello existe general acuerdo. Sin embargo, ese prestigio no se nutre exclusivamente de razones literarias. Su condición de negro, de humilde vecino de Santa Ana coadyuvaron a conformar el complejo, agregándole significados políticos-sociales que hacían más plausible su caso. Hernández encarnó así al héroe artístico e intelectual del pueblo. En tal virtud, fue, por décadas, indiscutido líder intelectual de Santa Ana, cuya tradición se alimenta de beligerancia política y ejecutorias literarias. En nuestros días han venido a compartir con él esa significación —en rigor a suplantarlo— Demetrio Korsi y Demetrio Herrera Sevillano. Para mí es obvio que con esos contenidos los entienden los jóvenes poetas agrupados al amparo de sus nombres.

Ahora bien: ¿hasta dónde esas atribuciones son legítimas? ¿En el caso particular de Hernández, sometido a la crítica qué saldos arrojan su personalidad y su obra? Porque debemos separar lo que corresponde al escritor de lo que es atribuible sólo al hombre político.

Políticamente hablando Hernández fue liberal. Hasta aquí, todo normal, como dicen que decía, oyendo cuentos atroces, un joven diplomático del Brasil. Porque el panameño es, abrumadoramente, liberal. La postura le resulta propia, dadas las peculiaridades de nuestra historia. El mestizaje y el cosmopolitismo que caracterizan la vida panameña se resuelven en un clima de tolerancia que es la esencia del liberalismo. Sobre la base de esa realidad última se ha desenvuelto nuestra peripecia política, permitiendo enfrentarse, en los azares de las contiendas cívicas, a hombres y grupos ideológicamente acordes. En efecto, muchos llamados libe-

(1) Referencias sobre Hernández encontrará el interesado en la nota que precede la muestra que de sus poesías ofrece *Cien Años de Poesía en Panamá* (1953). La biografía de Hernández es obra de la doctora Concha Peña, y apareció en 1953. Los trabajos de estudiantes de la Universidad son debidos a Raquel Ortega —“Sobre Gaspar Octavio Hernández”, 234 páginas, 1949— y a Eneida V. de Olivares: “Gaspar Octavio Hernández como Cuentista”, 88 páginas, 1954.

rales apoyaron la candidatura de Obaldía en 1908; muchos de los llamados conservadores se encontraron en el bando opositor. Así ocurrió siempre en las luchas posteriores. Puede afirmarse que luego de la primera elección presidencial el conservatismo desaparece como fuerza concurrente. Las pugnas electorales se librarán en lo sucesivo entre opuestos sectores del liberalismo. Desde este punto de vista, la nitidez del panorama en que discurre la querrela política comienza a enturbiarse sólo a partir de 1931. Y todavía, durante algunos años, todos los grupos militantes se proclamarán liberales. De manera que esa filiación poco dice como precisa definición político social. Gaspar Octavio Hernández nunca superó esa modalidad de nuestro liberalismo. Fue liberal de Santa Ana, al modo local. Nada más. No un rebelde, sino un luchador. De ahí que estén condenados al fracaso todos los intentos destinados a presentarlo políticamente diferente. Y fuera de lo político, en su cotidiano vivir, en su obra literaria, fue un cumplido aristócrata.

Korsi, amigo y compañero de sus últimos años, nos ha dejado —testimonio nada sospechoso— un curioso retrato. En el "Elogio" que sirve de prólogo a *La Copa de Amatista*, obra póstuma publicada en 1923, nos cuenta: "Era el Poeta, como tal vez recuerdan no pocos, sombríamente moreno, aunque de tipo delicado y fino. Su nariz era de intachable corte europeo, como él mismo solía afirmar orgulosamente, aunque sus labios denunciaban la ardiente raza del desierto. En sus ojos había una melancolía extraña y sugestiva, inquietante y fatal. Aristocráticamente vestido siempre, usaba en días extraordinarios alguno de sus diversos y raros chalecos que le particularizaban. Así como Oscar Wilde en París se hacía notar por su corbata, o como Alejandro Sawa llamaba la atención pública de Madrid por su pipa turca, Gaspar Octavio Hernández se empeñaba en estremecer su barrio con su inverosímiles chalecos. Hasta para beber vino acostumbraba asombrar a sus contertulios, derramando en su copa pétalos de rosas, y trasegando después, nerviosa y lentamente, el licor embriagante.

"Amaba singularmente la mujer, con delecto amor de fino poeta. Señalaba con los harenes orientales. Por eso es que todas sus poesías están saturadas de evocaciones de carne de nieve, de cueros alabastrinos, de senos pequeños y puros como lidos frescos. Le atraían como imanes de potencia sobrenatural las hembras de cabelleras rubias, las blondas de Escandinavia, las de azules ojos de estirpe germánica, o las espirituales hijas de nuestro bien amado París. Una idealización de blancura, muy de verdadero lírico, estremecía las cuerdas de su arpa, llena de cisnes chérneos, de princesas de piel de nácar, de azahares inmaculados como algodones en rama y de marfiles perfectos...

"Hijo de tierra solar, era impetuoso en sus juicios, ardoroso en sus poesías, noble y valiente en sus expresiones, con un profundo rencor hacia todo cuanto estuviere en pugna con el Arte".

Los párrafos citados no tienen desperdicio: constituyen un precioso documento en relación con Hernández y también en lo que a Korsi toca. Sin desconocer lo que tienen de exageración dictada por el entusiasmo juvenil, no hay duda de que captan rasgos esenciales de la personalidad de Hernández y de que ofrecen la confesión de lo que para ambos significaba el arte literario, la literatura. Su contenido elude al hombre cotidiano, no es cosa de este mundo. Es construcción ideal, superior. Se trata de los famosos paraísos artificiales de la poesía finisecular, entonces superada. Su postura es, en el fondo, anacrónica. Pero en ellos absolutamente sincera. Hernández murió presa todavía del embrujo de esas peligrasas sirenas. La vida le dió tiempo a Demetrio Korsi para realizar el viaje de retorno y asentarse sobre su íntima verdad. Ahora bien: ese escapismo esteticista, triunfo y fracaso de la poesía de Hernández, carece de significación político social o la tiene negativa.

Los valores de Hernández están en otra parte, donde siempre estuvieron, ubicados en zona alguno de cuyos flancos el tiempo tiende a desvalorizar. Lo que en rigor importa en Gaspar Octavio Hernández es su ambición artística, su destreza de artífice. Pero más sus propósitos de artista que los aciertos formales a ratos alcanzados en su empeñosa búsqueda de perfección. Y su entereza de panameño frente a los problemas que le interesaron: la suerte de la nacionalidad, el fomento de la cultura artística e intelectual.

Dotado de extraordinario talento, hombre supersensible, realiza en breves años una obra que supone una hazaña dadas las condiciones que rodearon su vida. (2) Autodidacto en la más lata acepción del vocablo, se hizo como pudo de una cultura y logró dominar los instrumentos de su arte. Algunos de sus poemas son intachables —"Melodía", "Ego Sum", "Cristo y la Mujer de Sichar"—, textos de antología. Y su prosa, que Korsi recuerda en su "Elogio", ofrece calidades y aciertos que la hacen perdurable. Pero Hernández se prodigó en artificios a los que falta sustancia terrenal. Sólo en sus poemas patrióticos sentimos vivir al hombre de verdad. De ahí el eco, la resonancia que lograron. Porque Her-

-
- (2) Subrayo la pobreza y humilde condición familiar de Hernández para destacar el esfuerzo de autodidacto que tuvo que hacer. Nunca he creído que el poeta fuera víctima de una especial persecución, como a veces se ha querido insinuar. La verdad es que en el terreno donde podía exigirlo, en el de la literatura, Hernández fué respetado y estimado.

nández fue ciudadano ejemplar, desvelado militante de una nación comprometida. En ese sentido sus escritos destinados a glosar temas y figuras de la actualidad literaria tienen una importancia que no ha sido destacada en toda su validez. Hernández fue el único poeta de su generación interesado en la obra de sus compañeros y antecesores. Esa actitud denuncia ánimo generoso y una conciencia cultural que no se advierten en los demás.

Víctima del destino, Gaspar Octavio Hernández no pudo desarrollar con plenitud su personalidad. Sólo su obra postrera muestra indicios de que empezaba a superar sus ensueños esteticistas y de que su arte iba camino de acompañarse a su íntimo latir. En sus "Cantares de Castilla de Oro" viven la tradición hispánica y el tema popular. Han quedado lejos las "blondas de Escandinavia", las "evocaciones de carne de nieve, de cuerpos alabastrinos". El poeta que odió todo lo que pugnaba con el Arte —en mayúsculas—, se reconcilia con el mundo en torno:

¡Morenita, morenita
de pollera *colorá*,
cuando sales, huele a rosa
y a jazmín, el arrabal!

Era ese el camino de su recuperación. Hernández tenía talento e integridad suficientes para ser el gran poeta popular panameño que esos cantares anunciaban. Los hados decidieron que no. Tal significado honra y enaltece hoy la obra poética de Demetrio Korsi y de Demetrio Herrera Sevillano, continuadores de Hernández en esa tradición literaria de Santa Ana que dió ayer abnegados voceros al periodismo y a la poesía el nombre alto y limpio de Federico Escobar. Sin embargo de ello, Gaspar Hernández sigue siendo una de las más importantes figuras de las letras panameñas. Y, como hombre de nuestro pueblo, testimonio siempre vivo de una firme voluntad de belleza.

Noviembre de 1958.

Cinco Poetas Chiricanos del Siglo Pasado

Por VICTOR M. FRANCESCHI

No pierdo la ocasión de pregonar, cada vez que escribo sobre estas cosas de la cultura nacional, que precisa hacer un rescate de nuestros legítimos valores en el arte, el pensamiento, la política y la moral. Que esto se hace una más creciente necesidad, cada vez que la nación adquiere mayores y acentuados perfiles de civilización.

Es absurdo y fantasioso, pedante y dañino el que un individuo se preocupe por vestir con las mejores modas, obtener para su hogar los últimos adelantos que la ciencia crea y disfrutar de todas las comodidades que la metrópoli pone a su alcance, si paralelo a todo ello no hace un cultivo de su inteligencia a través del estudio y el buen uso de la experiencia.

Igualmente ocurre con los países que, como Panamá, sólo se preocupan del ropaje de la civilización, pero soslayan su riqueza cultural. Y es bueno traer a colación unas interesantes palabras del ilustre maestro y guía de la juventud panameña, Dr. José Dolores Moscote, en relación a este problema. Dice: "Los gobiernos previsores, los dirigidos por hombres de voluntad ilustrada y de inteligencia penetrante, no descuidan jamás, los imperiosos requerimientos de la cultura bien entendida." Más adelante Moscote se refiere a nuestro medio, Panamá, para hacernos entender que la actual civilización que pretendemos *no lo es*, porque "Si fuéramos un pueblo de alta cultura en donde la competencia, el pensamiento reflexivo y las virtudes superiores del hombre educado contasen para algo, esta civilización podría ser propia y en ella se notaría el sello inconfundible que las nacionalidades vigorosas ponen en las instituciones del progreso al adoptirlas, al hacerlas suyas".

Y es que realmente andamos a grandes pasos en materia civilizadora, más no así en lo cultural, porque la ansiedad de hacernos una estampa extraña a nuestra verdadera idiosincracia, ajena a nuestra historia y divorciada de nuestros ancestros, nos hace pasar como bólico sobre los verdaderos factores que a todo pueblo dan el perfil de nación en el concierto de repúblicas independientes.

En lo que respecta a la literatura, uno de los aspectos en que se halla encerrada la riqueza cultural de cualquier pueblo, *no es que nada se haya hecho* sino que lo que se ha logrado permanece oculto en la sombra del olvido, malográndose por la negligencia de los falsos intelectuales, historiadores y gobernantes. El libro, que constituye la única fuente a la que se debe acudir en busca de datos para rehacer nuestro pasado, tiene las líneas mutiladas por el egoísmo personalista, y deformado en su esencia por el trueque de los grandes intereses. Las obras que hasta hoy se han escrito no conllevan la responsabilidad que cabe a sus autores, en materia de historia, ensayo y crítica literaria. Se hacen libros con pretensión de ANTOLOGIA, pero es el caso que su antologista excluye, ya no el poema sin calidad, sino a los poetas cual si los fulminase. Y es que el real valor de una antología no está precisamente en la fácil presentación de un poeta con su biografía y algunos poemas selectos, sino en el enjuiciamiento metódico de sus obras, para ponerlo en el sitio que le corresponde. Solo así se logra higienizar el estrado literario de los elementos impostores y se forma el público y la historia un juicio imparcial de sus verdaderos valores.

Obsérvese si no es acaso el fenómeno apuntado, que ya en 1916 apuntaba el Dr. Octavio Méndez Pereira en su "Parnaso Panameño": "Hay quienes, cerrando los ojos a toda nuestra historia literaria, desconocen el pasado, escarnecen el presente y niegan el porvenir". Y como para acentuar el valor intrínseco que tiene la labor de estudio y análisis del valor de ayer y de hoy, apunta más adelante el tutor de nuestra primera casa de estudios: "...Yo veo en el ayer los gérmenes fecundos de lo que hoy tenemos y en lo que hoy tenemos la base brillante de un futuro glorioso".

Cuánta verdad encerrada en unas palabras tal vez desconocidas en toda su esencia por los pretensiosos "críticos" y antologistas.

La brega en los campos del arte es tarea de gran delicadeza por la responsabilidad que ella entraña para quien la ejecuta. Y ningún autor se honra cuando, anteponiendo su capricho y gusto exclusivista, parcializa el juicio que emite para la posteridad. Por ello es hora de que en Panamá se propongan a la tarea seria, honrada y analítica de nuestros legítimos valores literarios, porque es necesario que la juventud de hoy sepa cuánto tiene abonado del pasado, para su marcha segura hacia el futuro.

Cuando abrimos ciertos libros, nos encontramos sorprendidos del material que contienen, dada su enorme riqueza. Pero igualmente sorprende el hecho notario de que hay un indicativo inequívoco de que en Panamá no se ha efectuado una tarea coordinada y continuada en el rescate de los valores, encontrándose éstos dispersos en revistas, folletos, periódicos y otras publicaciones, pero jamás todos juntos en una obra especializada y a la que podemos acudir en la seguridad de satisfacer los apetitos del

saber. Por qué sucede tal fenómeno? No hay a quién señalar como responsables de dicho desastre? La bibliografía panameña no es la más pobre, pero en cambio es la más desordenada en su compilación, dando así la sensación de palidez que a la vista salta.

En 1916, el incansable maestro Dr. Octavio Méndez Pereira publicó una obra bajo la rúbrica de "Parnaso Panameño", o sea que de ello hace 42 años; casi medio siglo. Cuántas veces ha habido siquiera la pretensión de reeditar ese libro? Sin embargo esa obra hoy más que nunca adquiere una notoriedad de insospechable valor. Razones? Pues que en ese entonces se formaba una generación literaria que, incluso, ya terminó su gesta. Igualmente nos presenta otra parte de una generación cuya labor había concluido. Se desprende de todo ello que dicha obra es digna de enjundioso análisis crítico para sopesar en su justo valor a quienes se lanzaron a la brega literaria, ansiosos de hacer resplandecer su gloria. Pero ese juicio crítico nos interesa para saber quiénes alcanzaron sus propósitos y legaron riqueza al parnaso y a las letras nacionales.

En la obra referida se halla el caso, por ejemplo, de Demetrio Korsi, quien es mencionado apenas con palabras de estímulo, porque en ese entonces era "un buen alumno y amigo de los libros". Pero es el caso de que en 1957 Demetrio Korsi cumple una ejemplar jornada de éxitos que le valen renombre continental. Cuántos poetas más estarán en su mismo caso? Pero en esa misma obra, "Parnaso Panameño", se nos menciona a casi treinta poetas que por el año 16 se iniciaba. Qué fué de todos ellos? Nada sabemos en concreto.

Tengo la seguridad de que la actual generación panameña, que tanto gusta de pregonar sus valores cuando los encuentra, desconoce que en la Provincia de Chiriquí hubo a mediados del siglo pasado poetas de inmenso valor para las letras del "Valle de la Luna" y de la República. Y no es culpa de la juventud, sino de quienes tienen el deber de mostrarle los valores.

* * *

Entre esos poetas está *Francisco María Calancha*, quien pulsó su lira en la harmónica entonación de los grandes líricos españoles. Son sus producciones de templanza épica y constituyen el producto de un acervo cultural unido a una profunda sensibilidad poética. Sólo hay que leer estos alejandrinos de su poema "LA LIBERTAD DE AMERICA", para formarse una idea de su gran calidad:

"El trueno pavoroso bramando te anunciaba
y el rayo fulgurante su resplandor te dió
radiante el firmamento tu frente coronaba
y el Dios de las alturas hosanna te cantó".

“Tu aliento pavoroso dió muerte a los tiranos
que a América enlutaron cual fúnebre ataúd;
te hiciste de vasallos altivos ciudadanos
que hundieron para siempre el nombre *esclavitud*”.

Con igual maestría nos da un soneto en que condena la Pena de Muerte, allá por esos tiempos en vigor. Dice el poeta:

“Implacable enemiga de la vida
amiga la más cruenta de la muerte;
pena irreparable que convierte
la venganza en justicia fementida,

Al crimen busca que en el mar se anida
y cree matarlo en el que sangre vierte,
ella es el crimen cuando torna inerte
la vida que no da. Ley Homicida:
justicia que extermina, la condena
de la viudez y la orfandad, el grito
que en la muerte conciencia no resuena;

y se alza, del Calvario al infinito,
la Imagen redentora, cuya escena
llora la humanidad en su delito”.

* * *

Igualmente era hermano de Francisco María, *José Leonardo Calancha*. De ambos poetas —y por ese descuido que al principio se nota— no se tienen más que algunas producciones, siendo tan vasta la obra de los dos ruisenñores chiricanos, que bien se harían dos volúmenes por cada uno. Veamos los versos que José Leonardo dedica “A LA MEMORIA” de la malograda señorita Delmira Agnew. Dice en dos de las estrofas del extenso poema:

“Virgen de los sueños de mi alma,
que rinde la existencia, cual la palma
herida por el rayo —estando en flor—
la sola hurí de mi perdido oriente . . .
si yo imprimiera en su marchita frente
el fuego que contiene mi dolor.

Tu infausta muerte el corazón oprime,
el alma toda desolada gime,
el hombre quiere hasta dudar de Dios,
cuando postrada por feroz destino
perdían tus ojos su mirar divino,
tu faz, la vida, y expiró tu voz”.

Y si Francisco María Calancha se ocupó de la pena de muerte, combatiéndola en sus versos, José Leonardo ponía sus ojos en la juventud de su época, incitándola con sentida emoción a las fragorosas batallas que la tierra istmeña desataba por aquel entonces para lograr sus caras aspiraciones de libertad. Embebido de tal patriotismo, el poeta dedica a la juventud chiricana su "CANCION PATRIOTICA" que se inicia con estelares versos y concluye con arrebató de espartano:

"Marchemos al combate decididos.
quién por ser libre no sabrá vencer?
que al regresar a nuestro hogar querido
a la que amamos tocará laurel.
Truena el cañón que de ardimento inflama
del ciudadano el noble corazón;
volemós sí, la libertad nos llama,
triunfos y gloria del valiente son.
En el turbión de la sangrienta lucha,
que Cielo y Tierra llena de orfandad,
triunfar sabremos: la bravura es mucha
de los que lidian por la libertad.
En los instantes de furor y muerte
jinete, infante, todo cederá
de nuestros sables al mandoble fuerte
sólo al vencido compasión tendrá.
Mas si el destino con airado ceño
le niega a nuestras huestes su favor,
que sea el sepulcro del soldado istmeño
lagos de sangre del falaz traidor."

* * *

Siete años después, esto, es en 1857, nace el poeta *José Lorenzo Gallegos*. Además de cantar a las musas, este hombre ocupó lugar prominente como actor de gran distinción, siendo alumno del connotado actor nacional don Carlos J. Cucalón. José Lorenzo Gallegos adquirió experiencias a través de los frecuentes y largos viajes que hizo fuera del terruño. Por ello, muchos de sus versos se hallan saturados de amarga nostalgia. Aún las bibliotecas del país no cuentan con el rico manojó de versos titulados "Flores del Monte" y es muy posible que nada se pueda saber sobre el destino que ha tomado la obra en mención, como patente señal de la negligencia existente por todas estas cosas que entrañan lo más puro en el espíritu del hombre. Alguien ha dicho que el poeta es como un pequeño Dios y tal afirmación está muy cerca a la verdad, porque Dios siempre ha visto más allá de todos los siglos. Fijáos cómo el poeta Lo-

renzo Gallegos presentía lo que iba a pasar en el futuro con sus *flores del monte*, cuando dice en dos elocuentes cuartetos endecasílabos:

“Por eso con temor al mundo envío
las florecillas que me dió el vergel,
lejos de mí se morirán de frío
si llega el mundo a despreciarlas cruel.

Dadles cariño a mis campestres flores
que buscan de ternura la expresión,
no las tratéis con bárbaros rigores
porque en ellas matáis mi corazón.”

Y ciertamente que la indiferencia ha tratado con rigor el cuaderno de poemas, por lo que por el momento se ha matado, tal cual lo presentió el autor, su corazón. Tenemos, pues, una gran deuda con él.

* * *

El día 12 de Abril de 1881, ve la luz de la vida *Isaías Jurado Quintero*, digno hijo de Chiriquí, quien más tarde iría a pelear en las trincheras de la revolución al mando del Dr. Belisario Porras. Obtuvo el grado de maestro en la Escuela Normal de Cartagena en 1899 y fue educador en la hermana República de Costa Rica. Fue Inspector de Instrucción Pública en la Provincia de Chiriquí, Juez de Circuito, Diputado a la Asamblea Nacional y ejerció el periodismo, habiendo fundado los órganos de prensa “El Debate Liberal” y “La Voz de Chiriquí”. Un claro ejemplo de la fina inspiración y el alto espíritu creador de ese poeta es su poema “ANACREONTICA”. Dice:

“En un peñón distante de la costa,
por la mano del tiempo ennegrecida,
hay una torre de vetustas formas
donde una multitud de aves anida.
Y es de verlas, cuando asoma el alba
en su túnica de ópalo ceñida,
tender al viento sus flexibles alas
y remontarse a la extensión vacía.
Y, presurosas, en su raudó vuelo,
“Teniendo abajo el mar, el cielo arriba”,
en curvas mil hender el firmamento
hasta llegar a la remota orilla...
Y después, cuando el sol tras de la sierra,
en brazos de la tarde, regio expira,
todas retornan a las mismas grietas
que abandonaron al nacer el día.

Si alguna vez los últimos celajes
contemplas del crepúsculo, abstraída,
y ves, como una sombra de la tarde,
un grupo de errabundas golondrinas,
acuérdate de mí... Es mi cerebro
castillo en los embates de la vida
y son aves viajeros los recuerdos
que en sus múltiples cárceles habitan".

* * *

Apenas transcurría la mitad del año de 1916, cuando vió la luz un libro de poemas bajo el nombre de "Horas Aticas". La firma estampada en aquel manojó era la de *Benigno Palma*, que nació en David el 5 de Febrero de 1882. Palma se agitó desde muy joven en la política e hizo versos de carácter político, al decir de Octavio Méndez Pereira "fuera de lugar y un tanto prosaicos y pobres". Sin embargo, dentro de la producción se salvaban algunos poemas en que resaltaba el vigor de las frases y el brío de una fuerza combativa. Todo parece indicar que Benigno Palma abandonó la tierra nativa muy temprano para radicarse en la ciudad de Colón. Allí fue Presidente del Honorable Concejo Municipal, Secretario de la Gobernación y Administrador de Tierras Baldías. Entre sus producciones hemos escogido la que sigue, dedicada "A DAVID". Dice:

Lejos del mar, en la región dichosa
que Mayo enflora y reverdece Abril,
ufana se alza mi ciudad hermosa,
casta y risueña entre bellezas mil.
Preciosas aves de variados trinos
tiernas le cantan cuando nace el sol;
y le ofrendan sus tonos zafirinos
las montañas, las nubes su arrebol.
Sus frescas aguas puras, cristalinas,
ríos primorosos, cuya linfa al mar
arrebatan las plácidas Ondinas,
fecundando sus ribas al pasar.
La verde yedra, trepadora, crece
entre sus muros, que de armiño son,
y en sus alas el céfiro la mece
"arrulladas por música de amor"...
Con llanos de esmeralda por alfombra,
donde crece el nardo y el jazmín,
las palmeras le brindan grata sombra
en sus ramos trinando el colorín.
En las noches, tranquilas y calladas,
cuando brilla la luna en el zenit,

tierno le envía sus églogas sagradas
 manso corriendo el límpido *David*.
 En su seno de amor todo es delicias
 y se aspira en sus auras la salud;
 sus campiñas les brindan sus primicias;
 es su atalaya el frígido Barú.
 Cuna de la lealtad y la nobleza
 do se albergan la dicha y la virtud,
 guarda encantos soberbios de belleza,
 maravillas de regia excelsitud.
 Cómo anhelo la dicha que convida
 a gozar la existencia en ese Edén.
 Vírgenes tiene de virtud lucida,
 que a Amor inclinan la marmórea sien.
 Ah! si pudiera con sonora lira
 sus atractivos mágicos cantar
 y el dulce acento que su amor me inspira
 en un himno magnífico entonar!
 Mas ya que sólo en lánguidos acentos
 puedo triste ofrecerle mi canción,
 como un suspiro en alas de los vientos
 se la envío, y también mi corazón".

* * *

He presentado cinco poetas de la Provincia de Chiriquí, pertenecientes al siglo pasado, algunos de los cuales pudo traspasar las fronteras del tiempo para morir en la cuna del siglo de las luces. No ha sido mi tarea —no podía ser— la de hundir el escalpelo analítico en la poesía de ellos. No es esa mi especialidad, pues buenas y autorizadas plumas de exquisito vuelo y minuciosa observación existen en nuestra tierra; para ellas dejó esa tarea, nada grata —desde luego—, pero necesaria y espontánea en los espíritus capaces, tesoneros, cuyas miras pasan sobre el cielo de los incapaces, si no con la altivez del águila aguerrida, por lo menos con el tímido trinar del ruiseñor sobre la rosa.

Creí oportuno entresacar de los escombros del olvido a quienes la humanidad debe el caudal de conocimientos, de belleza artística y, sobre todo, los LIBROS: a los poetas e intelectuales en general. Sin su discernimiento, su filosofar, sin su emoción y su espíritu investigador no existirían los libros, fuentes de legítima riqueza universal.

Si por lo severo en mis palabras hay un rostro que se torna necio y despectivo, diré con el Dr. Octavio Méndez Pereira: ...“Allá ellos con su flaca tarea de pesimistas e iconoclastas. Mi labor es de sinceridad, de amor y de respeto”...

Panamá, Noviembre de 1958.

En el Centenario del Pontificio Colegio Pío Latino Americano

1858-1958

Por: Daniel E. Núñez, Pbro.

CIENCIA Y SANTIDAD EN EL SACERDOTE

“El sacerdote ante todo y sobre todo está constituido como maestro, médico y pastor de las almas y como guía hacia un fin que no se encierra en los términos de la vida presente.

Ahora bien; no podrá el sacerdote corresponder plenamente a tan nobles oficios, si no está, cuanto es necesario, versado en la CIENCIA de las cosas divinas, si no está enriquecido con aquella PIEDAD que lo transforme en hombre de Dios; si no pone todo su cuidado en avalorar todas sus enseñanzas con la eficacia del buen ejemplo...”

Con estas palabras expresa magníficamente León XIII la necesidad de una CIENCIA Y SANTIDAD excelentes en el sacerdote para poder cumplir su misión de maestro de la fé.

VARONES PRECIAROS URGEN ESA DOBLE NECESIDAD DE CIENCIA Y SANTIDAD

Las razones que obligan al sacerdote a adquirir un sólido conocimiento de las verdades que debe enseñar a la vez que una sólida virtud las encontramos sintetizadas en varones preclaros de la Iglesia.

San Isidro escribe: “al sacerdote le son necesarias dos cosas: *la piedad y la doctrina*. Sin la piedad, la doctrina hace arrogante al sacerdote; sin la doctrina, la piedad lo hace inútil”. (Libro Tercero de las Sentencias).

León XIII. a más de las palabras anteriormente citadas escribe: "Verdaderamente, en medio de la guerra sin cuartel que hacen a la Iglesia sus enemigos, es necesario que los sacerdotes acudan también a la lucha adornados de dos cosas de absoluta necesidad: de una ciencia no vulgar y de un ánimo esforzado dispuesto a **trabajar** y a sufrir por el bien de las almas". (Alocución a los alumnos de los Colegios de Roma).

En su Encíclica "Del Padre Eterno" nos dice el mismo León XIII: "En nuestros días, en que se suele combatir la **fé** en nombre de una falsa sabiduría, es necesario que los que se preparan para el sacerdocio estén adornados de una ciencia robusta y copiosa para defender con valentía y con sabiduría los dogmas de la religión, preparados siempre para dar razón de las cosas que creemos y esperamos y para confundir a los adversarios".

Pío XI en su discurso a los alumnos del Pontificio Seminario Romano, decía: "La preparación es doble: preparación de la inteligencia y preparación de la voluntad, que quiere decir: preparación de ciencia y de virtud, preparación de saber y de santidad; lo uno y lo otro inseparables, indivisibles, bajo pena terrible, de nulidad de trabajo, de nulidad de preparación y de resultado. La ciencia es necesaria, especialmente la sagrada, es como se ha dicho, *el octavo sacramento*. Es necesaria la ciencia con *necesidad esencial* en la obra de preparación para el sacerdocio".

Pero nadie ha podido decir nunca, en recomendación de la ciencia sacerdotal, una palabra más grave que aquella que pronunció un día la misma Sabiduría por boca del profeta Oseas: "Porque tú has rechazado la CIENCIA, yo te rechazaré para que no cumplas mi sacerdocio".

En una palabra, el sacerdote, está llamado a ser luz del mundo y sol de la tierra como lo proclamara el mismo Jesucristo. Luz para iluminar las inteligencias e inflamar los corazones en el amor a Cristo. Sol para defender con su buen ejemplo la integridad moral de la vida.

* * *

RESPUESTA DEL EPISCOPADO LATINO AMERICANO

Convencido precisamente de la necesidad de ciencia y santidad en el sacerdote, fiel a las enseñanzas de los Romanos Pontífices y solícito a acoger sus sugerencias; el Episcopado Latino Americano sintió la necesidad de fundar en el mismo corazón de la Cristiandad, en la Ciudad de Roma, un Colegio de Estudios Superiores para los futuros Ministros del Altar, en donde hermanada la ciencia con la santidad pudiesen llegar a ser verdaderamente "luz del mundo y sol de la tierra".

Roma era el lugar más apropiado, por múltiples razones. Primeramente, por seguir el ejemplo de otras naciones, que ya tenían allí sus magníficos Colegios. Entre otros funcionaban ya el Germanicum-Hungaricum, para los seminaristas alemanes y húngaros; el Inglés para los ingleses, etc. . .

Las grandes facilidades al contar con los mejores cerebros de la enseñanza filosófica, dogmática y canónica, ya que todos los alumnos de los diversos Colegios Nacionales — que suman varios millares — acuden a la Pontificia Universidad Gregoriana, centro este que cuenta con un magnífico cuerpo de profesores, escogidos de los diferentes centros de formación que tiene la Compañía de Jesús en el mundo entero.

Por ser Roma el centro vital del Catolicismo, en donde a diario se palpa su universalidad, su amplitud de miras, su influjo definitivo en todos los problemas que afronta la humanidad. Allí reside el Vicario de Cristo, es decir su representante Visible. Allí está la Curia Romana, en donde se ventilan los problemas más diversos, y a varios de sus Ministerios, por ejemplo a la “Rota Romana”, Cuerpo Jurídico para las Causas Matrimoniales, tienen libre acceso los estudiantes de Derecho Canónico, conociendo de esta manera prácticamente la Legislación Eclesiástica, ya que se trata de casos reales y no de simples hipótesis. Además, los alumnos que expresamente lo desearan, pueden acudir a otros centros de Estudios existentes en Roma, como por ejemplo al “Angelicum” (Angélico), dirigido por los Reverendos Padres Dominicos y que, en lo que respecta a la “Teología Dogmática” puede ser superior a la misma Gregoriana; al “Antonianum” (Antoniano) de los Reverendos Padres Franciscanos; al “Apolinar”, la más acreditada facultad de Derecho, etc. . .

La Filosofía, la Teología Dogmática y Moral, el Derecho Canónico y Civil, La Historia, la Sagrada Escritura, la Arqueología la Música, la Pedagogía y la misma Pintura cuentan en Roma con magníficos centros en donde la juventud estudiosa sacerdotal de todo el mundo beben las aguas refrescantes del saber y de la virtud.

* * *

EL FUNDADOR DEL COLEGIO

Los movimientos triunfan cuando existen hombres capaces de morir por las ideas que animan esos movimientos. También para realizar en pleno esta obra del Colegio Pío Latino fué necesario la voluntad tesonera de un hombre verdaderamente providencial. Ese hombre, cuya figura

adornará siempre las galerías del Colegio, fue un esclarecido sacerdote chileno, Monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre, fallecido en 1875, quien fundara el 21 de Noviembre de 1858 este centro de formación sacerdotal.

El Papa Pío IX concedió a petición de superiores y alumnos, que en su honor se le llamase Pío, ya que al principio se le conocía solamente con el nombre de Colegio Latino Americano.

* * *

LOS DIRECTORES DEL COLEGIO

La dirección del Colegio fue encomendada a los Padres Jesuitas y fue San Pío X quien en Marzo de 1905 les otorgó el Colegio a perpetuidad.

Actualmente el Rector del Centro es el joven Padre Jesuita Pablo López de Lara, de México, quien une a su dinamismo una paternal e inteligente tutela del nutrido grupo de seminaristas que cursan allí sus estudios.

Un Rector, un Procurador, un Espiritual, varios Repetidores (pueden ser 4 ó 5 según las necesidades), el oficio de estos últimos es facilitar a los alumnos una mejor inteligencia de las asignaturas explicadas, ya que en la Universidad es imposible entrevistar al Profesor Regular por el excesivo número de alumnos, constituyen el cuerpo director del Colegio.

* * *

DIVERSIONES DEL COLEGIO

La primera sede fue San Andrea della Valle, pasando a fines de 1861 a Santa María Sobra Minerva donde estuvo hasta 1867, para pasar más tarde a San Andrés del Quirinal, un moviciado de la Compañía de Jesús.

En 1886 el Colegio se trasladó a la sede que actualmente ocupa, edificada exprofeso, en la Calle Gioacchino Belli.

El año pasado se efectuó entre nosotros la llamada "Campaña del Balboa", campaña que se realizó en todos los países de la América Latina, con el propósito de levantar fondos para hacer un nuevo edificio más amplio y moderno capaz de alojar cómodamente al número cada vez mayor de aspirantes al sacerdocio que cursan allí sus estudios.

* * *

PARTICIPANTES EN LAS FIESTAS CENTENARIAS

El Centenario del centro fué aprovechado por el Vaticano para celebrar en Roma la Tercera Reunión del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), clausurado el Domingo 16 de Noviembre.

De los nueve miembros que en el Sacro Colegio representan a Latino América, cinco permanecieron para asistir al Centenario. Son estos los Cardenales: Santiago Copello y Antonio Caggiano, de Argentina; Crisanto Luque, de Bogotá, Jaime de Barros Camera, de Río de Janeiro, y Carlos María de la Torre, de Quito.

Pero no sólo estos Purpurados Arzobispos y Obispos participaron en los Actos. El mismo alumnado se ha unido jovialmente a los mismos.

Estos alumnos incluyen: cien mexicanos; catorce argentinos; tres brasileños; dos ecuatorianos; trece colombianos; un boliviano; cuatro chilenos; cinco dominicanos; ocho uruguayos; cuatro paraguayos; dos peruanos; cinco filipinos; diez salvadoreños; doce venezolanos; y uno de Haití, Cuba y Honduras. Notemos, aunque sea de paso, la ausencia de un representante panameño, no por falta de elementos sino por falta de recursos económicos para sufragar los gastos. Es esta la mejor ocasión para que nuestro gobierno vuelva a sostener, como en años pasados, unas tres becas para estudiantes panameños, ó que trabajen en bien de la iglesia panameña.

* * *

MISION CUMPLIDA

El Colegio Pío Latino Americano ha cumplido plenamente su misión de impartir una esmerada formación eclesiástica a jóvenes latinoamericanos aspirantes al Sacerdocio.

Más de dos mil sacerdotes se han formado en sus aulas, en el siglo que lleva de existencia. Muchos de ellos son en la actualidad Obispos, Arzobispos y algunos ostentan gloriosamente la birretta cardenalicia: Copello de la Argentina y de la Torre del Ecuador.

Todos ellos han sabido explotar esa oportunidad que les brindara la Providencia para enriquecerse de sabiduría y santidad y luego luchar por la extensión del reino de Jesucristo en sus respectivas patrias, trabajando en Parroquias, en Escuelas, en Colegios, en Cárceles, en Seminarios, en Universidades, usando para ellos todos los medios modernos de prensa, radio e incluso televisión. Ciencia y santidad al servicio del Reino de Cristo.

En este aniversario glorioso, elevamos nuestras súplicas a Dios para que siga protegiendo de una manera especial a los miembros todos de tan noble institución.

Panamá, 24 de Noviembre de 1958.

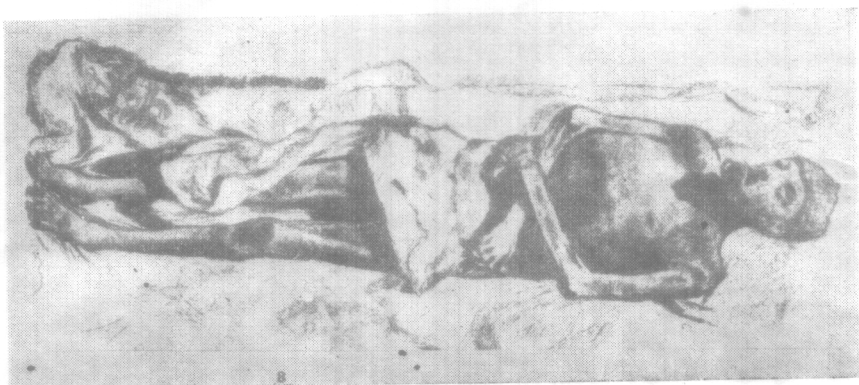
Historia:

La Momia del Emperador

Ernesto J. Castillero R.

El 21 de septiembre de 1558 expiró en *Yuste*, una plácida aldea española de Extremadura, el Emperador Carlos V de Alemania y I de España, agobiado por el cansancio que le produjo su largo y agitado gobierno (1516-1556) tan intranquilizado por las muchas guerras, con alternativas de derrotas y triunfos, que hubo de sostener en Europa. Su deceso ocurrió en el severo Monasterio que los Padres Jerónimos mantenían en aquella plácida región extremeña donde se disfruta de un clima benigno, propio para tonificar el estado de abatimiento y cansancio del César hispano.

Carlos V. después de cuarenta años de gobierno encontrábase deprimido por el peso del vasto Imperio que le tocó regir, y ello le indujo a buscar, antes de morir, el descanso corporal y la paz del espíritu en la soledad del retiro monacal de la severa mansión que hiciera construir anexa al Convento de Yuste. Sus últimos dos años los pasó en la meditación mística, el recuerdo imborrable de su brillante reinado y la práctica de la relojería como entretenimiento favorito. Había estructurado uno de los Imperios más dilatados y poderosos de la historia. Por un lado España y el Nuevo Mundo que comprendía todo un continente — descubierto en el reinado de sus abuelos los Reyes Católicos—, los Países Bajos formados por Bélgica y Holanda, el Franco Condado y los Estados italianos de Milán y Nápoles, cuyo gobierno declinó en favor de su hijo Felipe II; y de otro, los dominios alemanes de los Hapsburgos — herencia de su abuelo Maximiliano I.— que traspasó a su hermano Fernando, igualmente Emperador germano a partir de 1558.



**Momía del Emperador Carlos V.—Dibujo al lápiz de
Vicente Palmaroli en 1870.**

La atención de tan extensos dominios fue un trabajo agobiador, aún para una naturaleza vigorosa como la suya. “Nueve veces, dijo en su discurso de abdicación ante los Estados Generales de Bruselas, fui a Alemania la Alta; seis he pasado en España; siete en Italia; diez he venido aquí a Flandes, cuatro, en tiempos de paz y de guerra, he entrado en Francia; dos en Inglaterra; otros dos fui contra el Africa, las cuales todas son cuarenta, sin otros caminos de menor cuenta que por visitar mis dominios tengo hechos”.

Con una vida tan azarosa para dominar el curso de la historia europea, no es de extrañar, pues, que la cansada y enferma naturaleza del Emperador de Occidente exigiese un reposo.

En Yuste encontró el Monarca la paz que anhelaba. En aquel refugio solitario, dedicado a ejercicios de devoción y santidad estuvo asistido espiritualmente por el Cardenal Carranza, su confesor Padre Juan Regla, su predicador Padre Francisco Villalba y el Prior del Convento Padre Francisco de Angulo; y en cuanto al cuidado de su persona, lo hizo con abnegada devoción su fiel Mayordomo Don Luis Méndez Quijada, y entreteníalo una pequeña Corte de nobles que se prestaron a acompañarlo en su soledad voluntaria.

En la madrugada del 21 de Septiembre 1558, el excelso Monarca se rindió a la muerte en ese ambiente de piedad cristiana, portando en su mano diestra un cirio bendito del Monasterio de Monserrat.

Extinguida la existencia del Emperador, el cadáver sin embalsamar fué sepultado, de acuerdo con su voluntad, después de los solemnes funerales según correspondía a su alta jerarquía, en una cripta debajo del

Altar Mayor del Monasterio de Yuste, amortajado con tafetanes y rodeado de ramas de romero y tomillo de los montes vecinos, encerrado en un ataúd de plomo dentro de otro de madera de castaño que se forró con terciopelo negro. La cabeza y el pecho quedaron sobresaliendo del altar para que los sacerdotes que celebraran la misa en él lo hiciesen sobre esa parte del glorioso difunto. Allí estuvo durante dieciséis años, hasta que realizada la obra del Escorial por Felipe II, su hijo, en memoria de su triunfo en San Quintín, dispuso éste que el cuerpo del Emperador fuese trasladado al regio sitio que reservara en el Monasterio agustino para enterramiento de los Reyes de España.

En 1576 fué exhumado en Yuste el cadáver a fin de efectuar el traslado. En el acta de reconocimiento que se levantó se dejó constancia, según testimonio de un testigo ocular, de que el Emperador, por un proceso misterioso de la naturaleza, sin que interviniera acción artificial, encontrábase momificado. "El rostro estaba tan formado —dice el testigo— que por la fisonomía se podía conocer el alto juicio de que le dotó el cielo: ancha la frente, capaz de tantos laureles; enteros los ojos; poblada la barba que hizo temblar tantas veces a los enemigos de la Iglesia; fuerte y extendido el pecho en denotación de un valor invencible y corazón valiente; inflexible los brazos como poderosos que fueron en la defensa de la verdad católica, todo los demás miembros tan libres de la corrupción, que hasta las uñas de las manos y de los pies tenían intacta su naturaleza; sólo la nariz le faltaba un poco".

Así lo vió su biznieto Felipe IV cuando ordenó la colocación de los restos en el Panteón definitivo de los Monarcas que fué construído debajo del altar Mayor del Monasterio; y después el enfermizo Carlos II, que quiso contemplar igualmente la momia de su imperial antepasado.

Casi un siglo ha, en 1876, un funcionario de la primera República española —dice José Rico de Estasen— dispuso darse el macabro placer de contemplar la momia del Emperador e hizo extraerla de su urna funeraria, interrumpiendo irreverentemente el reposo de la muerte. El novelista Pedro Antonio de Alarcón, citado por Rico de Estasen, que por esa época tuvo también oportunidad de ver la momia, dejó una descripción de la misma en los siguientes términos: "A través del cristal vimos la corpulenta y recia momia del nieto de los Reyes Católicos de la cabeza a los pies completamente desnuda, perfectamente conservada, un poco enjuta, pero acusando todas las formas, de tal manera que, aún sin saber que eran los despojos mortales de Carlos V. hubiéramos reconocido cualquiera que hubiese visto los retratos que de él hiciera Tiziano y Pantoja. Su cráneo característico, su ángulo facial típico de la casa de Austria, la depresión de la boca, la prominencia de la barba por el descompasado avan-

ce de la mandíbula; todo se apreciaba exactamente, y no en esqueleto, sino vestido de carne y cubierto de una piel cenicienta en que aún se mantenían algunos ralos pelos de pestañas, barbas y cejas y del siempre atusado cabello".

Reinstalado el cadáver en su nicho después de ser objeto durante un tiempo de tantas profanas contemplaciones inspiradas por la poco reverente curiosidad, no ha sido hasta la última centuria que logró el definitivo descanso que tanto deseó el Emperador en su Monasterio de Yuste. Hoy reposa en el Panteón de los Reyes de España, debajo del altar Mayor de la imponente basílica del Escorial que Felipe II ordenara erigir en las estribaciones de la sierra del Guadarrama para conmemorar uno de los más sonados hechos de armas del pueblo español. Su sarcófago, el primero de la serie de Reyes que allí duermen el sueño de la muerte, se distingue por la siguiente leyenda: *CAROLUS IMP. ET REX* (Carlos Emperador y Rey) que se le inscribió para memoria del Monarca que rigiera el último más vasto Imperio de Occidente.

Por siglos el Santuario de Yuste, glorificado con la presencia de Carlos V que lo escogió para postrer refugio de su grandeza, ha estado abandonado y en ruinas. Hoy, en homenaje al más grande Monarca hispano, a los cuatro siglos de su deceso, aquella Casa de Dios se está reconstruyendo en toda su prístina suntuosidad y es sitio de peregrinación de las personas que buscan en su estancia la huella espiritual del imperial cenobita que lo adoptara como su última morada en la tierra.

Lo fortuna ha deparado a quien estas reminiscencias escribe, la satisfacción de visitar recientemente aquel recinto sagrado del Monasterio de Yuste, donde recordó, conmovido, deambulando por sus claustros austeros y fríos, la grandeza —humillada por la Parca— del más grande soberano de España, aquella gloriosa España que bajo su gobierno imperial engendró en nuestra América tantas naciones que tienen a orgullo haber sido hijas y conservar, con su idioma, su fé y su excelsa cultura.

PANAMA, 1958.

Palabras Sobre la “Decadencia de Occidente” de Spengler

Por JOSE ANTONIO MONCADA LUNA

Oswaldo Spengler, es una de las grandes figuras del pensamiento filosófico-histórico. Pensador maravilloso, era como Nietzsche, un cerebro aislado, metódico y sagaz para bucear y rastrear los acontecimientos históricos y decidido a profundizar sobre ellos.

Pero Nietzsche venía de la filología y Spengler parte de la biología. Por otro lado la influencia de Goethe es ya predicha por el mismo Spengler en la introducción.

Estos, según él mismo lo dice, fueron sus Virgilio conductores, y de ellos tendrá la aristocracia y el sentido de selección de los pueblos.

Así, definía la civilización como el extremo y más artificioso estado a que puede llegar una especie superior de hombres. Como buen teutón, discípulo de Zarathustra y muy estudioso de Darwin, defendió la selección de la especie aria, o mejor para él, alemana.

De ahí que las bases de lo que Spengler llama una “filosofía alemana” se encuentran en lo que concibe como la única filosofía posible en esta época decadente.

Pero el de Spengler, es un cerebro universal. No creía en la Historia como mero recuerdo de hechos. Comprendió que todos los aspectos de la inteligencia del hombre deben ser conocidos por el historiador, y así las ciencias naturales, la matemática, la filosofía, la antropología son campos de su investigación y de allí hace sus grandes conclusiones. Pero el fundamento de toda su filosofía viene de las grandes corrientes irracionales, biológicas, pragmáticas y naturalistas.

Concibe la historia o, mejor dicho, las diferentes culturas en ella insertadas como organismos biológicos sometidos por su propio desgaste interno a una consunción y decadencia.

Y es por eso que para él todo el método histórico es morfológico. Ahora bien. En biología se llama morfolología el estudio general de las formas de los seres vivos, es decir, no sólo de su estructura, sino también de su evolución, así como de la comparación entre las distintas especies animales y vegetales.

Y con esa premisa, afirma que la historia es un organismo. Y se sabe que todo organismo tiene su ritmo, su figura, su duración determinada, e igual sucede a todas las manifestaciones de su vida.

Y así las culturas deben tener un límite. Para Spengler la humanidad no tiene un fin, una idea, un plan; como no tiene fin ni plan la especie de las mariposas o de las orquídeas.

Es imposible negar todas estas cosas así sentadas. Pero si es cierto que la historia es un organismo, también es cierto que es un organismo especial, y que no puede ser solamente visto con los ojos del biólogo.

Esto me hace pensar en un médico, que cada vez que hablaba en público o era nombrado para un cargo decía: "Primero voy a hacer el diagnóstico y después meto el bisturí." No todas las cosas se pueden ver desde el punto de vista con que un médico ve a los pacientes.

Pero Spengler afirma categóricamente. Humanidad es un concepto zoológico o una palabra vana.

Su afirmación ha debido ser a la inversa, porque es la única que explica las grandes conquistas del hombre desde el mero estado de antropoide hasta los más altos estadios de la cultura: La humanidad es "mucho más" que un mero concepto zoológico o una palabra vana. Porque no existen razas humanas. Existe la raza humana. No existen culturas. Existe la cultura humana, con diferentes aspectos y formas, definidas por el tiempo y por el espacio. Así como no existen hombres, sino que existe el hombre. Lo demás puede ser el andamiaje de una gran hipótesis filosófica, pero la realidad es que la historia no es un organismo animal, sino que es un organismo formado por el pensamiento humano. Un organismo que se renueva, pero que no muere. Transformarse no es morir.

Esa filosofía Spengleriana, de un profundo sentido escéptico, que debe aplicarse exclusivamente a una morfología de la historia universal destinada a abarcar por segunda vez todas las formas y todos los movimientos del universo en su última y más íntima significación, es en realidad una interpretación naturalista de la historia y de la cultura.

Según Spengler, el Occidente ha llegado a su período de decadencia, a la fase de la civilización como última y caduca etapa de la cultura.

Porque para Spengler la Historia es una constelación de formas de

cultura, de intuiciones del mundo, de emanaciones cósmicas, siendo cada una propia del modo de sentir de una época. Según las formas de civilización son las de filosofía, de moral de religión, etc. Todas tienen la muerte por denominador común; unas después de otras se deslizan por el río de la Historia, alcanzando su apogeo para después ceder el puesto a otras a las que aguarda el mismo destino ineludible. Por esto es posible profetizar la historia, y por eso profetiza la "Decadencia de Occidente".

Esta decadencia equivale morfológicamente a otras decadencias análogas del pasado, pues cada fase histórica tiene con otras homólogas una correspondencia formal.

De ahí nacerá la teoría de las cuatro edades de la cultura, examinadas en Oriente, en la Antigüedad, en el mundo Árabe y en Occidente. La independencia de cada cultura no impide en ningún caso la identidad morfológica, del hecho de que por ser todas organismos hayan de pasar por las mismas fases.

Por eso para Spengler, el número de las formas en que se manifiesta la historia es limitado. La historia se repite. De ahí que deba crearse una teoría, un método de la comparación. Sin saberlo, afirma el "eterno retorno" de los griegos.

Cada cultura posee sus propias posibilidades de expresión que germinan, marchitan y no reviven jamás. Éste es su error, pues según él. "la historia se repite".

Para Spengler, no existen pues, los valores eternos, los conceptos universales. Para él cada cultura posee sus propias posibilidades, y por lo tanto existen muchas plásticas, muchas físicas, muchas matemáticas, cada una de ellas en su profunda esencia distinta de las demás. La Historia Universal es así, la imagen de una eterna formación y deformación de un maravilloso advenimiento de formas orgánicas. Pero el propósito fundamental de la introducción es la de formular la oposición que existe entre historia y naturaleza, y cuya solución emprenderá en su obra.

Es indudable que la posición de Spengler es original, pues plantea definitivamente la historia desde un punto de vista ignorado hasta entonces. No es que no hubiera una filosofía de la historia. Pero esa filosofía de la historia, no era una cuestión vital, planteada como el pensamiento del hombre estudiado no en su concepto universal, sino como dueño de un espacio y de un tiempo determinado. Es decir, se habló de hombres y no del hombre.

Spengler escribió su libro con la vista atenta a una crisis mundial, y con el sueño teutón de una dominación alemana del mundo.

No se puede negar la aculturación, es decir la influencia de que una

cultura en otra. Las culturas no existen aisladas, y esto es otro error de Spengler. Tienen su origen de otras culturas, pero naturalmente tomando parte de otras culturas a su vez dan elementos para nuevas culturas.

Lo que se llama Cultura Occidental, es una amalgama de religiones de la India y de los valles del Jordán; inventos salidos de los monasterios egipcios y de las tierras del Gran Kan en la China: formas estéticas y filosóficas de todas las demás culturas. Y cómo es posible afirmar que esas grandes culturas nacieron sin influencia extraña, sin base fundamental?

Ahora bien, se puede afirmar que esas culturas realmente murieron? Las culturas poseen ciertos elementos que les son comunes. Ciertos elementos innatos en ellas, mejor dicho ciertos valores, y esos son los que pasan a otras culturas, y forman una nueva. Y lo mismo sucede en el mundo natural, en el campo de la morfología, para hablar de Spengler. ¿No es acaso eso lo que sucede con la herencia?

Es indudable que Spengler se planteó el problema al contemplar los fenómenos de crisis, dados en correlación social y humana y que trazan los perfiles biográficos de nuestra época.

Y hoy más que nunca, la crisis se ha convertido en drama en el lenguaje filosófico de Ortega y Gasset.

Naturalmente, Spengler vislumbró esta crisis, en términos de temor e incertidumbre, afectado por la analogía que existieron en épocas pasadas, creyó llegado el final de este gran andamiaje de la cultura occidental.

Mejor dicho, no es en realidad una decadencia, sino una crisis, es decir, una prueba. La crisis, dice Carlos Zelada, es un mundo en transformación profunda, una quiebra de las convicciones que rigieron la vida del pretérito y la ausencia de un nuevo sistema de convicciones que se haya instalado real y definitivamente como estructura de la sociedad.

Pero evidentemente, son los hombres y no las circunstancias quienes deciden los rumbos de la historia.

Esto significa que los acontecimientos sociales no son propiamente el resultado de leyes mecánicas como las que gobiernan el mundo físico y natural —y es ahí donde deriva el error de Spengler—, sino antes bien, esos acontecimientos son producidos por motivos hondamente humanos y derivan causalmente del cúmulo de necesidades, intenciones y propósitos que latén en el alma del hombre.

De ahí que ninguna estructura social evoluciona autónomamente ni vive en sí y por sí, como si respondiera a una dialéctica propia, sino que, al contrario, toda estructura en realidad se transforma por la interferencia o el accionar de nuevos impulsos humanos, esencialmente vitales e históricos.

Si es posible predecir el porvenir, pero no partiendo de la muerte de las culturas, sino de su transformación; de la seguridad de que en todas ellas hay algo perpetuo, que trasciende a los demás, porque en todas ellas hay un fondo de auténtica realidad humana y que de ella depende que los destinos de los pueblos tengan o no un sentido, se orientan en dirección valiosa o se convierten en puro forcejeo mecánico de la convivencia entre fuerzas o instintivas o ciegas dedicadas a la tarea de neutralizarse las unas a las otras.

Creer que nuestra cultura ha llegado a su etapa final, es negar las grandes conquistas en la medicina, en las ciencias y en la misma convivencia humana.

Pero naturalmente, existe una transformación cultural. Y una transformación que está haciendo crisis.

En tránsito sucesivo de los distintos pueblos o civilizaciones egipcia, grecorromanas, occidente europeo, etc. no son meros sistemas de sucesión temporal de los acontecimientos humanos, sino como ciclos determinados, del acontecer de una Cultura, toda la cultura, regida por los módulos propios de incrementación y diversificación, vale decir, sometida al ritmo inexorable de una doble evolución en el espacio y en el tiempo.

El Sentimiento Amoroso en “La Celestina”

Por DEMETRIO FABREGA

Recuerdo que de mi primera lectura de “La Celestina” había conservado la impresión de que Calisto y Melibea ocupaban un sitio elevado entre los grandes amadores de la ficción literaria, y que no eran otra cosa que dos jóvenes bellamente enamorados a los que había unido una vieja ladrona hechicera. Así, cuál sería mi sorpresa al hacer una segunda lectura y ver que ninguna de mis opiniones de entonces salía indemne.

Me gusta estudiar y meditar sobre la evolución o naturalezas del sentimiento amoroso en cualquier cultura o manifestación artística, y me apasiona sobre todo la relación entre amor y literatura en las distintas épocas, la influencia que el uno tenga en las características de la otra, y recíprocamente. Así pues, tengo muy clara en el recuerdo la idea de Arnold Hauser en su “Historia Social del Arte” en relación con la literatura provenzal, y que dice que los trovadores de aquél entonces configuraron el sentimiento amoroso de los siglos posteriores. La creación del amor cortés traspasa los límites de la poesía y se interna en el espíritu para informarlo a su manera y trazar los rasgos esenciales del sentir en amor. Pero, paralelamente y desde todos los tiempos, el amor corría acompañado de lo corporal y deleitoso, de la aspiración exclusiva de la posesión y el goce subsiguiente.

Tengo hoy día, luego de una cuidadosa disección del texto de “La Celestina”, la certeza de que lo que determina los sentimientos de Calisto es una confusión de la realidad y la fantasía libresca, favorecida por sus cortos años e inexperiencia. Esto salta a los ojos nuestros tan pronto abrimos el libro y vemos que Calisto se expresa con las más convencionales fórmulas del amor cortés. La amada es un dios, inasequible y dotado de perfecciones de forma e ingenio. No es mencionada nunca como fuente de posibles placeres, y más aún la aspiración de Calisto es paciente próxima de aquella trovadoresca que se limitaba a un saludo, una

mirada, un gesto, una cinta o pañuelo, puesto que estos cantores se encontraban en una situación de sometimiento a la amada de sus cantos que era casi siempre la mujer del noble la que les daba hospedaje o protección.

Provenza envía a Italia su literatura amorosa, y los espíritus italianos preparados por el neoplatonismo la abrazan y continúan, muchas veces retóricamente, algunas como en Cavalcanti, con un sentimiento nuevo que la enriquece y magnifica. Pero para Petrarca que es el que riega por las letras europeas esta actitud poética, son ya meros temas y arquetipos literarios que recoge magistralmente, pero que llevan ya las rémoras de la forma vacía, de lo que en una sociedad distinta se toma de otra tan sólo en el vestir externo, sin que las causas sociales y espirituales concurren en identidad. Y de allí pasa a las manos del joven Calisto que, ignorante del amor y la vida, la hace su credo y su personalidad.

Busquemos en toda "La Celestina" un sólo momento en que se hable del amor como algo tangible, como una fuerza de reproducción y placer y que sea hecho por boca de Calisto. Siempre son los criados o las protegidas de Celestina los que hablan de estos aspectos, y aun lo rodean todo de una grosería nacida de que para ellos el amor es sólo el contacto sexual, como lo fué en otra dimensión para los hombres de la antigüedad, y lo es aún para la mayoría de los hombres, cada uno adjuntándole lo que su particular fantasía le inspire o exija.

Los criados, y Areusa y Elicia, y la propia Celestina se burlan de los extremos a que llega Calisto en sus lamentaciones, y éste prueba de un modo indiscutible el carácter de su pasión cuando le es dicho por la vieja que Melibea está dispuesta a entregársele:

*es más tuya que de sí misma; más está a tu mandato
e querer que de su padre Pleberio.*

Y Calisto que no puede creer que su amada descienda al nivel animal ferino de los amores, responde con una indignación de novela de caballerías:

*Habla cortés, madre, no digas tal cosa, que dirán
estos mozos que estás loca. Melibea es mi señora,
Melibea es mi vida; yo su cautivo, yo su siervo.*

Pensemos que usa incluso la palabra cortés que invita a las fórmulas, al disfraz y huida de lo que es la realidad como tal. Calisto, terminando su amor con la posesión, nos podría llevar a pensar en el niño que entrara a un parque ignorante de los boscajes y diversiones que encierra,

atraído tan sólo por el verdor y las puertas de hierro, y que al descubrir lo que es en verdad tiene que darse al goce de ello.

Pasemos ahora a lo que siente Melibea. En dónde está su tan nombrada virtud? En dónde su candor e inocencia? La primera respuesta que da a Calisto está llena de promesas.

*Pues aun más igual galardón te daré yo,
si perseveraras.*

Esto en los primeros requiebros. Aunque la torpeza de Calisto y su coqueta reticencia de Melibea la hacen estallar al momento en cólera y echarlo de su lado. Luego, cada vez, vedlo claramente, cada vez sin excepción en que se defiende de Calisto con Celestina, menciona el peligro en que está su honra, el daño que a su nombre podría sobrevenir. Es esta la manera de hablar de una mujer virtuosa y recatada? O lo es más bien la de una joven interesada en tener a Calisto como amante, y temerosa de que el temperamento febril y desmesurado del joven la traicionen? Pensemos en que ambos son de igual condición, y ricos ambos, y que ninguna vez se menciona entre ellos el matrimonio que sería el curso indicado a seguir para dos enamorados en condiciones tales, y que ni siquiera después de la posesión Melibea, como reparación de su doncellez perdida, lo menciona. Antes bien indica que lo que quiere es prolongar la aventura sin ningún cambio.

Calisto se despeña accidentalmente y muere, y cuáles son las exclamaciones de Melibea, una mujer deshonorada en el siglo XV?

*Tan tarde alcanzado el plazer, tan presto venido
el dolor!*

y luego:

*Cómo no gocé más del gozo? Cómo tuve en tan poco
la gloria entre mis manos tuve?*

Melibea se quita la vida, culminando la cadena de muertes con que Francisco de Rojas cierra su libro. Pero no puedo evitar sentir que en su intención estuvo la de condenar la separación que entre fantasía y realidad pueden crear las tradiciones literarias retóricas, y que Calisto es un antecedente del otro gran enloquecido por los libros que nos dejó Cervantes.

Quisiera contar con más documentación para ahondar históricamente estas opiniones aquí apenas esbozadas y que todavía están al borde de las cosas intuitivas, así como para estudiar el personaje de Celestina que se erige entre los amantes como la presencia llana y sobrecogedora de lo real.

PENSAMIENTO PANAMEÑO:

BREVES APUNTES PARA UNA HISTORIA DEL PENSAMIENTO PANAMEÑO

Por Alfredo Castellero C.

Trabajo presentado como contribución al curso de "Historia de las Ideas en América", que dicta el Doctor Ricaurte Soler. Universidad de Panamá. Verano de 1958.

PRIMERA PARTE

Preliminares.

No queremos insistir en la dificultad que implica toda historia del pensamiento humano, cuando se pretende ahondar en la entraña viva de sus radicales estructuras y de sus vitales contradicciones; sobre todo, si se trata, no ya de filósofos, en un sentido estricto y riguroso, sino sólo de pensadores. Así, la cantidad ubérrima de datos —en nuestro caso panameño, un pensamiento sumamente diluido en innúmeras obras— hace menos fácil el delineamiento de las diversas tendencias y la captación de la dinámica histórica y social en que se agitan las ideas. De ahí que no hayamos podido satisfacer a cabalidad esas tres etapas, que de haberse tratado de una investigación etnológica, Manouvrier las habría llamado, descriptiva, comparativa y filosófica. Con todo, aparte de las consideraciones generales, filosóficas, y filosófico-políticas, de nuestros pensadores, no hemos querido olvidar las líneas de fuerza culturales, tanto de Hispanoamérica como de Panamá, a fin de no perder de vista la compleja estructura de la realidad socio-histórica, indispensable en esos casos. Esto explica que nos hayamos detenido a señalar, entre otras cosas, la importante función de nuestra Universidad, durante la colonia, y, ya en los albores de la Independencia, la introducción de la Imprenta. Solo así se podría captar la significación intelectual de los siglos de la colonia y subsiguientes, y no se perderían los contornos de su dinámica histórica.

Otra dificultad plantea la posibilidad, o probabilidad, de una filosofía, o de un pensamiento americano. Se ha querido ver una solución del problema en la fórmula que expresa al hombre inmerso en su circunstancia. "Como americanos, escribe Leopoldo Zea, tenemos una serie de problemas que sólo se dan en nuestra circunstancia y que, por lo tanto, sólo nosotros podemos resolver".

Casualmente, la circunstancia panameña es harto peculiar. Una cultura, un "*Volkgeist*", esto es, el espíritu de un pueblo, no se comprende sin esa atadura secreta y profunda entre hombre, historia y —¿por qué no?— naturaleza. La impronta circunstancial condiciona, en alguna forma, la especial estructura del hombre inmerso en la tierra. Ni más ni menos que una respuesta a los reclamos del "espíritu territorial" resuelto en la ecuación hombre y naturaleza. De ahí que las naciones se rijan por el "*anake*" que encuadra su paisaje secularizado e inamovible. Sólo la voluntad del hombre, su autodeterminismo, es capaz de romper las ligaduras que su fatalidad geográfica le impone.

Nuestra geografía de "país de tránsito", ha aplanado, con los ventarrones foráneos, los arbustos de una naciente auto-conciencia nacional. Hemos mantenido, con tradición secular, esa "mentalidad abierta a todos los vientos y a todas las ideas". Un paisaje natural, sin maquinarias, sin de la patria" y hacia el rescate de nuestra esencia como pueblo, orientada a "desentrañar la intimidad del carácter social panameño". Y he ahí justamente el problema clave de nuestro pensamiento. Hoy, sin embargo, y ya a hora tan avanzada, seguimos todavía a la expectativa de formulaciones teóricas y de pautas capaces de indicarnos sin titubeos el camino seguro a nuestra reintegración como "país profundo".

Francisco Romero ha señalado una creciente dedicación filosófica en el presente cultural de Hispanoamérica. La realidad panameña no parapodadoras, sin agricultura, ha crecido selvático, exuberante, y ha dominado al hombre, lo ha aplastado. Con todo, se ha dejado ver en nuestra vida nacional, tras esa conciencia de puente interoceánico, y su reacción consecuente, una jamás abandonada tendencia hacia la "teorización" que contradice la afirmación del argentino. Con todo, la tarea de registrar en un esquema de comprensión histórica la trayectoria de las ideas, aparte de algunas magníficas, pero limitadas monografías, falta todavía entre nosotros. En realidad, no resulta demasiado fácil despejar con nitidez los contornos que contempla la peripecia de un pensamiento que cubre un lapso de siglos. Por eso, al abocarnos al problema, sin pretender otra cosa que una simple esquematización histórica, lo hemos hecho contentiendo, para otras ocasiones, las "notas emotivas" y los "detalles cautivadores". Y es que se nos ha impuesto aquel renunciamento que, para

estos casos, reclamaba el gran sabio alemán del XIX Theodor Mommsen. *La Colonia.*

Durante los primeros siglos de la Colonia, "siglos de indisciplina y lucha", como los llamaría Francisco García Calderón, hubo que importar directamente de la Península instituciones de orden político, social, económico, religioso y cultural. Seguro de su derecho sobre estas tierras, el Conquistador pretendió justificar el avasallamiento y sumisión de la masa aborigen con la evangelización cristiana. De allí que instaurase también la estructura propia del estado teocrático a sus colonias de Ultramar y encargase a la Iglesia, por necesidad ineludible de los imperativos histórico y seguridad de su propia subsistencia, la dirección espiritual y cultural del Nuevo Mundo.

Imprenta y Universidad fueron en América, por aquel entonces, y durante casi tres siglos, de corte eminentemente escolástico. Impresos de cánticos religiosos, sermones y lecturas piadosas por un lado, y en la docencia, el manido curriculum de las siete artes liberales, a eso se limitó nuestra cultura. Vivíamos, dirá García Calderón, "nuestra Edad Media".

Pero esa filosofía, vieja de siglos, demasiado ligada a otras disciplinas, no alcanzó las riberas americanas con pureza teórica. Primero, con las disquisiciones jurídicas y teológicas; más tarde, ya con desahogo, proyectase en tareas pedagógicas y científicas; y en fin, nuevamente encubierta, se insinúa en el movimiento ascético y místico de la época (1). Pasado este período, que ha dado en llamar Francisco Larroyo, de "transplante y recepción de la filosofía" (2), afloró una nueva etapa de "pugnas de ideas": la renovación de los sistemas escolásticos, la enseñanza de la filosofía judía, el auge del Protestantismo, la vigorosa reacción de la Contrarreforma católica, y, con toda seguridad, el conocimiento de la filosofía moderna y del enciclopedismo francés en América, dieron alas a las nuevas corrientes ideológicas. No olvidemos que, por otra parte, las ciencias naturales, que adquieren en esta época un mayor reconocimiento, habrían de contribuir enormemente a la reforma de los estudios. El clima se iba haciendo propicio para la gestación de grandes intelectualidades.

En los albores del siglo XVII, es decir, en plena Colonia, se anuncia la figura del panameño Fernando de Rivera. Primer hijo del Istmo que diera nombradía y esplendor a su cultura. "Espadachín, tenorio, aventurero, poeta, escritor, y dado al arte de la pintura (3), viaja a Quito y

(1).—Francisco Larroyo, *La Filosofía Americana*. Universidad Nacional Autónoma de México. México 1958, pág. 65. . .

(2).—Idem. Pág. 60.

(3).—Concha Peña. *Fernando de Rivera. Lotería. Segunda Epoca*. Vol. 1, N° 4. Marzo de 1956, pág. 25.

allá, envuelto en un episodio galante, hiere de muerte a un caballero quiteño. A fin de rehuir los tribunales busca protección en un convento de jesuitas. Y avergonzado de su vida de disipación y pecado se entrega a la carrera eclesiástica, adoptando el nombre de Hermano Hernando de la Cruz.

De su obra literaria de juventud quedan solo las cenizas, a las que redujo cuantas páginas escribiera en horas de inspiración mundana. Conserve en cambio, una *Oración* y la *Canción de Bienaventurada Virgen Mariana de Jesús*, pieza poética que dedicara a la Bienaventurada Azucena de Quito, de quien fuera consejero espiritual. Y entre sus pinturas, los cuadros que adornan las columnas de la iglesia de la Compañía de Jesús en Quito y que representan los Profetas. A esto se reduce cuanto nos resta de su obra.

Corrían para entonces los años de la segunda década del XVII. Un número desconocido de escuelas y una suma plural de alumnos ha sido toda la información que hemos recogido de aquella época. A partir del terremoto del domingo dos de mayo de 1621 —del que fueron testigos Antonio Vásquez de Espinoza, autor de un *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*, el licenciado Juan Requejo Salcedo, conocido autor de aquellas interesantes *Relaciones histórico y geográfica de la provincia de Panamá*, y Fray Juan de Fonseca, quien nos dejara de aquel insuceso una “relación bien abigarrada y cierta” (4), de colorido impresionante — hasta la destrucción de la ciudad, por Morgan, en 1671, ninguna novedad parece irrumpir en nuestro clima intelectual.

Así y todo, es lícito suponer que la actividad educativa fué conservada y mantenida con toda normalidad pues, como advierte Juan Antonio Susto en su opúsculo *Panameños de la Época Colonial*, y confirma Rodrigo Miró (5), vemos en Lima, enseñando Prima de Leyes en la Universidad de San Marcos, a Alonso de Coronado y Ulloa, acaso el primero de tantos panameños que habrían de poner su saber al servicio de las universidades americanas. Entre ellos, los doctores Francisco Boniche y Mateo Joseph de Aizpuru, a Antonio de la Cueva y a Francisco Flores Lauscarín.

El siglo XVIII ve nacer a Juan Prudencio Osorio (1713-1790). Diecisiete años después de su natalicio vistió por primera vez el hábito domi-

(4).—Cfr. Requejo Salcedo. *Relación histórico geográfica de la provincia de Panamá*. Incluida dentro de las *Relaciones histórico y geográficas de América Central*. Tomo VIII. Oficina Tipográfica de Idamor Moreno. Madrid, 1908. ..

(5).—Rodrigo Miró. *La Cultura Colonial en Panamá*. Edit. B. Costa-Amic, S. de R. L., México, D. F. 1950.

nicano en el convento de Panamá, su ciudad natal. Osorio sería, con el correr de los años, Prior del Convento de Santa Rosa de Lima.

Se ha pensado durante mucho tiempo que la Orden Dominicana se opuso siempre a la creencia de la Inmaculada Concepción de María, y que tuvo que "tascar el freno" el 8 de diciembre de 1854 con la Bula de Pío IX. Pero eso no es cierto. Varias fueron las obras de dominicos destinadas a defender el singular privilegio mariano. Fray Osorio fué uno de ellos. Así, vemos que publica en Lima su obra *Triunfos de la Verdad* de 360 páginas; y más tarde, a instancias de Don Diego Escardón, Comandante General del puerto de Guayaquil, y con ocasión de la *Disertación* del célebre Dr. Castro, un valiente opúsculo que intituló *Verdad Vindificada y Teológicamente Definida*, con lo que se abre una encendida polémica. Desconocemos el contenido sustancial y las proyecciones de esta huracanada disputa; con todo, es interesante observar cómo, un hijo de nuestro suelo, con criterio escolástico medieval y en pleno siglo XVIII — el de las "Luces"—, dedica toda la fuerza de su razón a desarrollar esta temática fundamentalmente teológica, en torno a la concepción de la Virgen (6).

Entre los contemporáneos de Fray Osorio están los panameños López Ruiz —hermano de aquel otro López Ruiz, el de la quina— autor de una "*Política Moral*". Y José de Antequera y Castro, héroe entre los comuneros paraguayos de quien es aquel soneto escrito en la cárcel en vísperas de su ejecución cuya primera estrofa damos aquí:

El tiempo está vengado, Oh suerte mía
el tiempo, que en tiempo no he mirado.
Yo me vide en un tiempo en tal estado,
que al tiempo en ningún tiempo le temía (7)

Después de la agresión del Pirata, y trasladada ya la ciudad de Panamá, la vida civil vuelve a la normalidad y se reorganiza lentamente. De esta manera, al mediar la centuria, en 1749, por Real Cédula firmada en Aranjuez a 3 de Junio, se autoriza la fundación de la Universidad de San Javier. Empieza aquella con solo dos cátedras, la de Filosofía y Escolástica. Pero ya en el año 1758, la cátedra de Filosofía implicaba también la enseñanza de Artes, Física, Metafísica, Animística y Lógica. La vida de nuestra Universidad fue sin embargo efímera. Y el 2 de Agosto de 1767, expulsados los jesuitas por real disposición de Carlos III de España, sus puertas se cierran definitivamente.

(6)—Véase, Fray A. Mesanza. *Dominicos en América*. Lotería. Segunda Epoca. Vol. II Nº 22. Sept. 1957. págs. 80-82.

(7).—Citado por R. Miró, Op. cit. . .

Así y todo, en las dos breves décadas de su funcionamiento, la Universidad logró crear un ambiente favorable a la cultura. Y en sus aulas cultivaron sus inteligencias personalidades de la catadura de un Manuel Joseph de Ayala --“el más grande jurista indiano de su época”, en sentir de Ricardo Levene— autor de *Comentarios a la Recopilación de Leyes de Indias* y del célebre *Cedulario Indico* en que recoge en 146 volúmenes las disposiciones legales de la legislación indiana junto con un *Diccionario* destinado a facilitar su manejo (8). Un Sebastián López Ruiz, discípulo de Manuel Joseph de Arroyo; maestro de Antonio Nariño en Colombia, y autor de numerosos tratados de Botánica entre los que se encuentra su conocida tesis sobre *Bálsamo rubio o peruano* escrita, según los usos de la época, en la lengua de Tácito. El doctor Isidro Arroyo, dedicado también al cultivo de las ciencias particulares y autor de una *Disertación Histórica sobre la fiebre amarilla*. Y, por último, como representación jurídica y científica, a Víctor de la Guardia y Ayala, cultor de las letras y autor de *La Política del Mundo*, tragedia en tres actos y en verso. Acaso la primera pieza escrita y representada en Panamá. (9)

Algo más tarde habrían de distinguirse en la docencia el Dr. Rafael Lasso de la Vega (1764-1831) y Miguel Chiari —autor del *Código Civil Colombiano*--; ambos profesores en el Istmo, el uno de Teología y el otro, una vez Vice-Rector en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario.

Por último, y como manifestación postrera de la vida intelectual de la colonia —ya en sus últimos destellos el régimen monárquico en América— aparece en el Istmo, hacia 1820, la primera imprenta. Habría de corresponderle por orden cronológico, en Iberoamérica, el número 27, desde la fundada en México en 1535 (1536?), a la de Caracas, de 1808.

Un problema interesante sería determinar hasta qué punto tuvo participación la Masonería en la emancipación americana. Esto nos atañe por cuanto Don José María Goytía, quien fuera el que introdujo aquí la imprenta, era nada menos que Masón grado 33. Además, como era de esperarse, la Masonería no podía ser mal vista por los revolucionarios; toda vez que era capaz de propiciar, con su ideario liberal y democrático, la remoción de los lazos --largo tiempo sufridos— que nos ataban al cetro español. Nuestra primera imprenta habría pues de se-

(8) Ver. Carlos Manuel Gasteazoro. *Introducción al Estudio de la Historia de Panamá*. Edit. Azteca, S. A., México, D.F., 1956. Pág. 157.

(9) Sobre estos autores véanse: R. Miró, op. cit.; J. A. Susto. Sebastián José López Ruiz. De la serie *Panameños Ilustres*. Imprenta Nacional. Panamá. 1950; Manzano y Manzano Juan. Manuel José de Ayala, de la misma serie; O. Méndez P. *Historia de la Instrucción Pública en Panamá*. Tipografía Moderna. Panamá, 1916.

ñalarse, desde el comienzo, como un instrumento decisivo de orientación progresista y liberal. Pronto, un grupo de jóvenes intelectuales valientes: los Argote, los Arosemena, los Ayala, los Calvo, y los Goytía, se encargarían de difundir los anhelos patrióticos, ya de todos sabidos, preparando así los ánimos para el sacudimiento del yugo peninsular. Fué así como nació la *Miscelánea*. “Con este periódico —nos dice el autor de los *Apuntamientos*— se hizo tanto a favor de la independencia general de la América Hispana y de los principios republicanos, que las autoridades del Istmo se alarmaron y llegaron a pensar en impedir su publicación si no se escribiera en él de otro modo” (10). Se anunciaba, pues, la primera clarinada al crepúsculo matutino de nuestra libertad y de nuestra emancipación definitiva de España.

Para aquellos que comulgan con el sentir aquel según el cual “Hispanoamérica no ha pensado”, no les será demasiado difícil comprobar que, a lo largo de su pesada tradición colonial, Panamá no lo haya hecho. Apesar de la aguda comprensión que ha reclamado alguien para el estudio del fenómeno cristiano, sobre todo en lo relativo a la formación y despliegue del pensamiento hispanoamericano, nada puede, por lo pronto, hacer pensar que hubiese aquí, para aquel entonces, un auténtico filosofar. Con todo, es indisputable la función histórica de aquellas aisladas manifestaciones que supieron mantener y transmitir, a través de los Fray Osorio, los López Ruiz y los Lasso de la Vega, sin líneas de interrupción, aunque tal vez sí en el tiempo —hasta los Nicolás Victoria y los Ponce Aguilera— la corriente escolástica de base tradicional —como reacción y contrapeso a las innovaciones utilitaristas y positivistas—, expresada materialmente con el conservatismo político y educativo. Y de aquí casualmente su importancia.

Se ha pretendido que la mentalidad colonial constituye, “sin auténtico filosofar”, un obstáculo polarizante a la asimilación de las nuevas corrientes; y aun, un manifiesto peligro a la revolución que presenciara Hispanoamérica a fines del XVIII y a principios del XIX. Pero este pensamiento “obstaculizante y retrógrado”, quíerase o no, hay que engarzarlo en el devenir del filosofar americano; es la única manera de explicar la evidente simultaneidad de corrientes divergentes que se dieron en un mismo momento histórico: había sabido continuar con cierta secuencia, como en general se continúan las líneas del pensamiento de la Historia de la Filosofía, la tradición cristiana entre nosotros; de ahí que su función histórica estuviera tan perfectamente justificada como aquella otra

(10) Mariano Arosemena, *Apuntamientos Históricos* (1801-1840). Publicaciones del Ministerio de Educación. Panamá. 1949. Pág. 107.

corriente ideológica adversa, que nutriera los sentimientos patrióticos en la gesta libertaria. Pero esto es ya del próximo capítulo.

EL SIGLO XIX

La primera mitad del siglo XIX marca la hazaña libertaria, por la que los países hispanoamericanos adquieren su independencia política. La anarquía y el desorden administrativo que trajo consigo el advenimiento de los nacientes Estados, no fueron clima propicio para la gestación de eminencias filosóficas. A la zaga de las corrientes ideológicas, y aún sordos al compás que marcara la modernidad, debíamos por fuerza —en la imposibilidad de encontrar para la acción docente y el establecimiento de los nuevos ordenes social, económico y político una tradición cultural americana, como no fuese la colonial, desacreditada ya por los aires de la Revolución— sistemas y pensamientos filosóficos-políticos capaces de justificar nuestra independencia.

Temas iluministas son ahora adaptados a temas americanos; además. Wattel, Labage, Constant y Bentham, entre otros, especialmente este último; “desde los ominosos tiempos del antiguo gobierno, según nos dice el Dr. Vicente Azuero, eran objeto de los estudios y las meditaciones secretas de los Camilo Torres, de los Camachos y los Pombos, ilustres mártires y primeros fundadores de la independencia” (11).

Enciclopedia, frenología, utilitarismo benthamista, saintsimonismo, etc., etc., todo aquel bagaje de ideas de importación europea levantó tienda en estas tierras. La autonomía intelectual de América no quería ser, en sus orígenes, una ruptura con Europa. Con todo, ya había llegado la hora de formular una segunda independencia intelectual, y crear la cultura americana.

Dos eran los problemas que se planteaban las corrientes innovadoras. Por una parte, en el orden práctico y moral, enfatizaban su interés en la felicidad del hombre. El utilitarismo decimonónico se encargaría de llevar esto a sus últimas consecuencias con la tesis de la “greatest happiness of the greatest number”; se trataba pues de una moral sin coyuntura metafísica. Además —dice Peñalver Simó (12)— “el siglo XVIII también representa el apogeo de la concepción científico-natural para la que la realidad entera es susceptible de una concepción racional analítica.

(11) Ver Hoenigsberg, Julio. *Santander, el clero y Bentham*. A. B. C., Bogotá, 1940. Página 166.

(12) Peñalver Simón Patricio. *El Pensamiento Panameño*. Separata No. 43 de Estudios Hispanoamericanos. Sevilla. 1955.

Concepción, que precisamente a principios del XIX es sustituida por otra puesta, no analítica, capaz de entender la movilidad histórica". Ni más ni menos que una actitud intelectual, basada exclusivamente en impulsos emotivos: nada más a propósito para las conciencias de los primeros independientes. A esta primera etapa, de vagas generalizaciones, de definición y de delimitación de contornos, habría de seguir, no obstante, un clima intelectual más riguroso orientado hacia concreciones positivas y sistemáticas. Era la hora de los Comte y los Spencer; también de los Justo Arosemena y de los Sarmiento. Pero no nos adelantemos.

El Istmo, a fines de la primera mitad del XIX, en 1844, ve la clausura del Seminario, que a partir de 1823 había trabajado adjunto al Colegio Provincial, preparando en armónica hibridación a religiosos y seculares. Quedaba así reducida la enseñanza pública de tipo superior a "las gramáticas castellana, inglesa i francesa, jeografía, teneduría de libros i algunos ramos de matemáticas". (13)

Con todo, gracias a la laudable preocupación por la instrucción pública, sumada al espíritu progresista de las administraciones del Coronel Herrera y de don Anselmo Pineda, se revelaron en el Istmo evidentes conatos de renovación cultural. De esta manera cuatro años después de decretada la separación del Seminario, se ordena su reincorporación al Colegio Provincial, así como "la sujeción de este Colegio al régimen Universitario" y la creación de una cátedra de Jurisprudencia (14). Se enseñaban, además de Moral y Derecho Natural, Lógica y Teología, en lo que respecta a la educación filosófica; y a partir del Decreto de 7 de Octubre de 1842 de la Cámara, la *ideología* de Destutt de Tracy, de honda repercusión en las ideas iberoamericanas. Es de aquella época casualmente, aquel plan utópico que ideara el propio Pineda y que llevara a ejecución, aunque quizás un tanto ineficazmente. El plan, acaso demasiado vasto, quería moralizar e instruir a las masas populares: escuelas dominicales para obreros, escuelas de zapatería en Panamá y Parita, escuelas de sombrerería en las poblaciones de Penonomé, Los Santos y Panamá, publicaciones de periódicos docentes y fundación de una Sociedad Filantrópica "cuyo objeto era promover el mejoramiento de las clases populares, su educación intelectual, moral y religiosa, extirpar los vicios.

(13) Citado por Soler Ricaurte. **Pensamiento Panameño y Concepción de la Nacionalidad durante el siglo XIX**. Imprenta Nacional. Panamá. 1954. Página 46s.

(14) Ordenanzas y Peticiones de la Cámara Provincial de Panamá. Imprenta de José Angel Santos. Por José María Bermúdez. Panamá 1848, páginas 24-25. En Soler, op. cit. página 47.

hacer la condición económica de la provincia, propagar el hábito del ahorro y el amor al trabajo" (15). Algo así como la preocupación que embargara a Don Justo Arosemena en la célebre carta que enviara desde Lima, en 1844, al Gobernador de la Provincia de Panamá; y, posteriormente, en sus trabajos sobre el *Cultivo del Tabaco e instrucciones para el cultivo del Cacao*, plantas que, según él podrían reportar grandes beneficios al Istmo —compenetrado como estaba de la seguridad de nuestro destino, sacudidos de nuestra pereza africana, en el cultivo intensivo de la agricultura—. Con todo, para aquel entonces, no contaba el país más que con 39 pobres escuelas de varones y una de niñas, recientemente fundada, y una matrícula de alumnos que no pasaba de las 1465 unidades.

Sin embargo, la situación, comparada con los años anteriores era realmente alentadora. En la Colonia, por ejemplo, como bien advierte Rodrigo Miró la educación era exclusivamente para las clases privilegiadas. Y en tiempos de Don Mariano Arosemena, por allá por 1805, estaba el Istmo "privado de establecimientos de instrucción científica para la juventud, pues de la segunda enseñanza solo existía una cátedra de latinidad i preciso se hacía buscar esa clase de instrucción del país" (16). Como vemos, la situación de a mediados de siglo era francamente prometedora.

De entre las individualidades de la primera mitad del XIX se destaca, sobre todo, Don Mariano Arosemena. Autor de los memorables *Apuntamientos históricos* 1801-1840 —de los que se ha expresado el profesor Ernesto J. Castillero como "la obra más completa y mejor redactada, por el lenguaje, la fidelidad histórica y la sobriedad del juicio que hemos leído sobre esta época turbulenta..." (17)—, el escritor, el político y el patriota, se convierte en el padre de los historiadores panameños.

Liberal por convicción y miembro de "aquella pléyade de vocaciones republicanas y democráticas que surgieron como tendencias revolucionarias frente al escolasticismo colonial y a la teocracia del derecho divino" (18), se resistió violentamente a toda dictadura, incluso a la del propio Bolívar, y luchó denodadamente contra las del general Espinar y del coronel Eligio Alzuru. Patriota de corazón, participó activa y dedidida-

(15) Citado por Méndez Pereira O. *Justo Arosemena*. Imprenta Nacional. Panamá, 1919, página 65.

(16) Mariano Arosemena, op. cit. pág. 22.

(17) Ernesto J. Castillero, *Boceto Biográfico de Don Mariano Arosemena*. En *Apuntamientos Históricos*. pág. XVIII.

(18) Ricaurte Soler, op. cit. pág. 112.

mente en las gestas separatistas del 21, el 30, el 31 y el 40, ésta última, a favor del coronel Herrera.

Juega, de la misma manera, papel preponderante en la orientación del "anseatismo" istmeño que propendía a la anexión del Istmo al Ecuador, bien de una manera abierta, bien solapadamente. Pero no fué esto lo más importante de su función histórica. Lo fué más bien, el profundo amor a su patria, que le hizo abocarse a *exagerados desvarios* —no olvidemos ese, su especial carácter violento y apasionado que lo llevó a odiar con delirios de poseso a un Bartolomé Calvo, hombre de "un carácter conservador, amante de la libertad y de su patria, modesto y sincero" (19); y aquella su constante preocupación a veces desbocada, por afirmar los destinos de su tierra en la determinación de su nacionalidad. En sus propósitos nacionalistas campearon sin embargo, la imprecisión y la inmadurez. No muy lejos anduvieron otros próceres de su época abocados a la común problemática nacional. Vale la pena recordar entre estos, al patriota mártir Santiago de la Guardia, a Mariano Arosemena Quesada y, más tarde, ya en la época de Don Justo, el propio José de Obaldía. "La idea del Istmo, ha dicho Ricaurte Soler, se va perfilando durante el siglo XIX con rasgos nítidos en razón de la natural evolución histórica de la nacionalidad" (20). No obstante, todavía con los Arosemena y los Santiago de la Guardia no había llegado la hora de las formulaciones teóricas en torno a la nación panameña ya nuestra determinación como "país profundo", problema clave del pensamiento istmeño.

La segunda parte del XIX recibe un impulso ciclópeo en cuanto a la cultura. Se empiezan a formar varias sociedades literarias y se multiplican con asombroso entusiasmo. Para 1888, existen ya la "Sociedad Progreso del Istmo", la "Sociedad de la Escuela Literaria", y, en el lejano Boecus, la sociedad "Soles de Bolívar". A esto agréguese la celebración de certámenes literarios que mantenían despierta la inquietud espiritual y los afanes de superación cultural. "Se palpaba, nos refiere Carlos A. Mendoza, un movimiento literario inusitado. Es el comienzo del despertar de un pesado sueño, (...) se ve, hace poco tiempo, brillar aquí y allá, puntos luminosos cuya intensidad va creciendo" (21).

Era la edad de los Gerónimos de la Ossa, de Manuel José Pérez, de Gil Colunje, de Federico Escobar, de Gaspar Arosemena, etc., etc. Al periodismo en auge le correspondería en aquella hora una enorme importan-

(19) Ernesto J. Castellero. op. cit. pág. XIV.

(20) Soler R. op. cit. pág. 115.

(21) Mendoza Carlos A.; Porras, Belisario: **Discursos cruzados en la sesión solemne celebrada con motivo de la Inauguración de la Biblioteca y del cambio de Dignatarios el día 28 de Noviembre de 1890.** Tip. de F. R. de la Torre. Panamá. Pág. 7. En Soler R. op. cit. pág. 50.

cía en su papel de difusor cultural. Diarios y periódicos se sucedían y multiplicaban incesantemente introduciendo en el Istmo artículos y reproducciones originales tendientes a popularizar a autores americanos y europeos. “En 1858, nos dice Ernesto J. Castillero en su reciente opúsculo sobre la *Imprenta en Panamá*, hubo en el Istmo por lo menos 16 periódicos que salían casi simultáneamente” (22). “Panamá, decía el *Star and Herald*, comentando la norme proliferación periodística, con una población de menos de diez mil habitantes está suplida de un número más que suficiente de periódicos. Hace veinte años no más que en toda la América del Sur con dificultad se publicaban tantos” (23). “Cada día, dice *La Estrella* por su parte, se hace más notable la actividad de la prensa aquí. Esto parece surgir de las circunstancias altamente favorables en que se encuentra el país y de las ventajas positivas que ofrece al que se dedica a las tareas periodísticas. En contacto con las naciones civilizadas del mundo por medio de comunicaciones regulares, y en relación con todos los pueblos del globo, el periodista encuentra en este país elementos de que disponer para realizar la empresa que acomete. (24) No fué por pura casualidad que Don Justo Arosemena dijera que “los pueblos ilustrados no lo son porque tienen muchos periódicos, sino que tienen muchos periódicos por que son ilustrados”. (25).

(22) Castillero Ernesto J., *Origen y Desarrollo de la Imprenta en Panamá*. Publicado por el Departamento de Bellas Artes de Ministerio de Educación. Panamá, 1958. Pág. 26.

(23).—Idem.

(24).—Idem.

(25) Citado por Méndez P. Octavio. *Justo Arosemena*. Pág. 66.

Costumbres Interioranas:

E L S O P L O

Por MOISES TEJEIRA

Era típicamente pastoril la vida en mi pueblo hasta hace pocos decenios.

El ganado pacía por las calles con la tranquilidad de las vacas sagradas de que nos dan cuenta los viajeros de las remotas tierras indostánicas. Eran, por lo general, reses de pequeños propietarios que medraban del ordeño en las huertas inmediatas al poblado.

Pernoctaban las vacas en las calles y plazas del pueblo esperando el tempranero requerimiento de los hijos cautivos en los chiqueros.

Beber leche acabada de ordeñar era práctica corriente y tenida por muy sana.

Vecinos y vecinas mañaneaban provistos de vasos y se encaminaban a los puestos de ordeño, defendiéndose del frío con un apretado cruzar de brazos.

Rehuían cuidadosamente la humedad del rocío menudo que perlaba la grama, molesta e insalubre al impregnar el zapato de sencilla manufactura regional. Era espectáculo divertido ver a las mujeres andar a pequeños saltos para esquivar la hierba.

Los ordeñadores se aprestaban a atender la clientela. Las vacas maternas se acercaban mugientes al chiquero. Los terneros respondían con balidos de urgencia, tirando de las breves sogas que los limitaban estrechamente. La técnica del ordeñador era tan efectiva como tradicional. Dejaba acercar la vaca, permitía que el becerro llegara ansioso hasta las ubres y que hiciera en ellas breves succiones. Luego procedía a asegurar el ternero con un cabo de sogá a una de las patas de la vaca. Encucillábase entonces junto a las ubres y comenzaba el ordeño.

Las clientes alargaban los vasos al ordeñador por estricto turno, sin que a nadie se le ocurriera alegar influencias en qué apoyar una ruptura del orden.

Las voces de los clientes en espera se confundían con el cacareo alborotoso de las gallinas del vecindario, requeridas por el gallo sultán. Había ambiente de égloga. A medida que los vasos se iban llenando del líquido blanco y espumoso, los reales caían al menudeo en las manos del ordeñador, de donde pasaban a esconderse en las profundidades de su bolsillo.

Ordeñador hubo, sobrado de malicia y precisado de lucro, que encontró recurso para sacar al ordeño de sus dos vacas un máximo rendi-

miento. Y fue ello que tomando el vaso en la mano izquierda, rodilla en tierra para su aparente comodidad, presionaba alternativamente las tetas de las vaca mientras que alejaba el vaso a larga y bien calculada distancia.

El resultado, era incluídible: la leche caía en pequeños chorros, produciendo un ruido silbante muy peculiar y sobre una débil base líquida se formaba abundante espuma. Un tercio de líquido, dos de materia espumosa, llenaban la copa. El cliente apuraba aquello y se llenaba más de aire que de líquido. La boca quedaba adornada de un blanco bigote lácteo y el despachado regresaba a casa soltando por el camino frecuentes regüeldos.

Pronto cayeron en cuenta los vecinos del recursivo arbitrio del lechero, pero en verdad no encontraban forma de contrarrestar el engaño.

Mas es regla invariable que no hay tramposo que no encuentre su medida. Y no tardó en presentarse quien diera punto y raya al ingenioso ordeñador.

Tocó tal destino a una señora de alta distinción, muy respetada y querida en todo el pueblo por su sentido de caridad, maneras amables y conocimientos médicos.

Alta y menuda, iba siempre entre las primeras al ordeño que explotaba nuestro hábil comerciante. Y penetrada de su malicia, se dispuso a ponerle fin.

Una mañana al llegar el turno a doña Bienvenida, que así quiero llamar a la discreta señora, extendió ésta el vaso al ordeñador. El practicó su acostumbrada táctica, mas la dama al recibir la copa llena de burbujas, sopló sobre ella suavemente. Voló la espuma al anhelo del pulmón para ir a desvanecerse sobre la grama. Dos tercios del vaso habían quedado vacíos, pues sólo resistió el impulso del soplo la parte líquida.

Sin pronunciar una palabra, mas con expresión asaz elocuente, la señora extendió el vaso al ordeñador quien, cogido de sorpresa, procedió a llenarlo de nuevo, esta vez con menos espuma. Pero la implacable alentó otra vez la espuma y dejó vacío un tercio del vaso. Repitió ella su mudo requerimiento y el ordeñador hubo de poner tan sólo la cantidad de burbuja legal.

Volvió doña Bienvenida a la mañana siguiente. El ordeñador, que la víspera vió mermado el negocio en varios reales, miróla con inquieto reojo. Temía no tan sólo al soplo de la cliente, sino a que los otros, impulsados por su ejemplo, recurrieron al para él ruinoso arbitrio.

Para evitar el escándalo, esta vez hizo para ella un ordeño legal, pero al entregarle el vaso volvióse hacia la dama con un esfuerzo de me-

dio cuerpo, mientras le decía en voz baja, tan baja como para que los otros no lo oyeran:

—Sabe, señora, que he resuelto dejar este negocio porque si todos mis clientes se ponen a soplar como usted, esto no me deja y no gano nada.

—A mí tampoco me deja que me den espuma por leche— dijo la muy diestra.

Y se fue para no regresar más.

El caso fue conocido y comentado en todo el pueblo, lo que dió lugar al retiro de la clientela, que volvió sus pasos hacia otros puestos de ordeño, donde los dueños fueran menos dados a dar en burbujas lo que cobraban como leche.

“LOTERIA”

Organo de la Loteria Nacional de Beneficencia de Panamá

Desea a sus lectores

Felices Pascuas

y

Próspero Año Nuevo.

DR. CARLOS E. MENDOZA
Director.

PABLO A. PINEL
Administrador

DOMINGO H. TURNER
JUAN ANTONIO SUSTO
Editores

1958

—

Panamá

—

1959

NUMEROS FAVORECIDOS POR LA SUERTE DE ENERO A DICIEMBRE DE 1957

Fecha	Sorteo N°	Primero	Segundo	Tercero
Enero 6	1974	8992	2291	3279
Enero 13	1975	5329	4167	7077
Enero 20	1976	1617	2492	2312
Enero 27	1977	3528	6895	3649
Febrero 3	1978	5726	3631	1395
Febrero 10	1979	0158	0632	5085
Febrero 17	1980	8061	3245	0908
Febrero 24	1981	0141	2249	6692
Marzo 3	1982	1357	8743	8184
Marzo 10	1983	8085	8265	3893
Marzo 17	1984	5385	4992	1440
Marzo 24	1985	4082	0921	5967
Marzo 31	1986	6479	1561	3782
Abril 7	1987	6217	0443	2300
Abril 14	1988	1196	5993	4638
Abril 21	1989	6175	1516	2464
Abril 28	1990	9646	5746	3714
Mayo 5	1991	2384	1579	6262
Mayo 12	1992	2134	8109	5945
Mayo 19	1993	5220	9479	2126
Mayo 26	1994	1216	9460	1040
Junio 2	1995	6006	8343	3743
Junio 9	1996	0046	9028	5613
Junio 16	1997	6511	9674	8015
Junio 23	1998	0296	3863	5085
Junio 30	1999	0990	8203	6137
Julio 7 (Ext.	2000	1153	2098	4084
Julio 14	2001	3324	5154	0431
Julio 21	2002	9360	5565	8087
Julio 28	2003	8192	8814	8949
Agosto 4	2004	9340	0946	0487
Agosto 11	2005	9390	8009	5974
Agosto 18	2006	6737	3224	9980
Agosto 25	2007	2321	2700	0289
Septiembre 19	2008	8302	9090	0655
Septiembre 8	2009	5901	0805	7573
Septiembre 15	2010	6115	4419	6338
Septiembre 22	2011	6694	3507	1325
Septiembre 29	2012	8516	7619	3810
Octubre 6	2013	3765	0127	8361
Octubre 13	2014	1366	4790	2317
Octubre 20	2015	7032	3292	1970
Octubre 27	2016	4351	8671	9962
Noviembre 3	2017	6768	6787	2908
Noviembre 10	2018	2756	3752	4418
Noviembre 17	2019	3133	6086	8294
Noviembre 24	2020	2822	4673	4205
Diciembre 19	2021	2897	4324	0402
Diciembre 8	2022	4081	9446	4357
Diciembre 15	2023	9110	6018	5328
Diciembre 22	2024	1296	6386	7284
Diciembre 29	2025	9846	4961	8067

La República, por medio de las leyes 5a. de 1912 y 25 de 1919, exaltó a Hurtado, ordenando la erección de su busto, frente al Instituto Nacional, y le rindió homenaje en el centenario de su nacimiento, en 1921.

Siendo Presidente de la República el doctor Belisario Porras y Secretario de Instrucción Pública el doctor Octavio Méndez Pereira, se dictó el Decreto número 67, de 19 de Noviembre de 1923, que declaró el 1º de Diciembre de cada año, como "DÍA DE LA ESCUELA Y DEL MAESTRO", en honor a la memoria de Manuel José Hurtado, fundador de la instrucción pública en el Istmo.

En la primera Reunión de Ministros y Directores de Educación de las Repúblicas Americanas, celebrada en Panamá en Septiembre de 1943, se acordó que se celebrara en toda la América el día 11 de Septiembre, fecha del fallecimiento en 1888, del educador argentino Domingo Faustino Sarmiento, como "DÍA DEL MAESTRO". Con tal motivo, el Presidente de la República, don Ricardo Adolfo de la Guardia y el Ministro de Educación Licenciado Víctor Florencio Goytía, expidieron el Decreto número 328, de 10 de Diciembre de 1943, transfiriendo la fecha del "DÍA DEL MAESTRO" al 11 de Septiembre de cada año, a partir del año de 1944 y modificando el Decreto 67 de 1923, en el sentido que el 1º de Diciembre se celebrara en Panamá el "DÍA DE LA ESCUELA", en memoria de Manuel José Hurtado.

Ahora, por el Decreto número 398, de 14 de Noviembre de 1958, que lleva las firmas del Presidente de la República, Don Ernesto de la Guardia Jr., y del Ministro de Educación, Licenciado Carlos Suec Calvo, "Declaró que el 1º de Diciembre de cada año se celebra el "DÍA DEL MAESTRO PANAMEÑO", por ser la fecha del natalicio de Manuel José Hurtado, instaurador de la Educación Pública en Panamá".

En efecto, en su testamento de 18 de Julio de 1886, el ingeniero, educador y filántropo, declaró: "Que me llamo MANUEL JOSE HURTADO: que nací en Panamá el 1º de Diciembre de mil ochocientos veinte y uno: que fui el primero que nací en esta ciudad cuando se juraba la independencia de España".

Al exaltar la figura de Hurtado, en "Día del Maestro Panameño", no podemos de dejar de mencionar a la de esos otros conductores de la juventud, cuyas efigies publicamos en la presente portada: Nicolás Pacheco, Isabel Herrera Obaldía y José Daniel Crespo.

Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia

PRINCIPALES

SR. DON HERACLIO BARLETTA B.
*Ministro de Trabajo, Previsión
Social y Salud Pública.*

SEÑORA DOÑA
MERCEDES G. DE LA GUARDIA
*Presidenta de la Cruz Roja
Nacional.*

SR. DON RAÚL ARANGO N.
*Comandante Primer Jefe del
Cuerpo de Bomberos.*

SR. DON HENRIQUE OBARRIO
*Gerente General del Banco
Nacional.*

DR. VÍCTOR M. PAREJA
*Director Médico del Hospital
Santo Tomás.*

SR. DON GUSTAVO TRIUS
*Presidente de la Cámara
de Comercio.*

RVDO. PADRE MARINO MORLIN
*Director de la Escuela
"Don Bosco".*

SUPLENTES

SR. DON GAVINO SIERRA G.
*Vice-Ministro del Ministerio de
Trabajo, Previsión Social
y Salud Pública.*

SRTA. GRACIELA REMÓN
*Secretaria de la Cruz Roja
Nacional.*

SR. DON LUIS CARLOS ENDARA
*Comandante Segundo Jefe del
Cuerpo de Bomberos.*

SR. DON EUGENIO BARRERA
Gerente del Banco Nacional.

SR. DON ALFREDO L. SINCLAIR
*Sub-Director para Asuntos
Administrativos del Hospital
Santo Tomás.*

SR. DON FEDERICO HUMBERT
*Vice-Presidente de la Cámara
de Comercio.*

RVDO. PADRE CONSEJERO
JUAN D'ANDREA
*Prefecto de la Escuela
"Don Bosco".*

SR. DON PABLO A. PINEL M.
Secretario de la Directiva.